

A C A N T I L A D O



Gábor Schein  
**El sueco**

TRADUCCIÓN DE ADAN KOVACSICS

# **EL SUECO**

**GÁBOR SCHEIN**

TRADUCCIÓN DEL HÚNGARO  
DE ADAN KOVACSICS



ACANTILADO  
BARCELONA 2019

TÍTULO ORIGINAL

*Sved*

Publicado por  
ACANTILADO  
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 – 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2015 by Gábor Schein  
© de la traducción, 2019 by Adan Kovacsics Meszaros  
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-17346-82-9

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL

*junio de 2019*



Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente

prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro— incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos

# 1. EL CATÁLOGO

Diez días antes de su muerte, el señor Grönewald envió un mensaje a Budapest, concretamente a la doctora Bíró, pidiéndole que cogiera cuanto antes un avión y fuera a verlo de inmediato, sin avisar a nadie del objeto del viaje. Como era lógico, él asumiría hasta el último céntimo de los gastos del vuelo y del alojamiento, y la resarciría de las pérdidas que pudieran ocasionarle los dos días de estancia. Explicaba en el mensaje que se veía obligado a pedir que fuera con tanta urgencia porque el médico jefe de la sección de medicina interna del Instituto K., a quien lo unía una amistad de varias décadas, le había comunicado el día anterior un avance preocupante del cáncer de hígado. Una operación quedaba descartada, la quimioterapia carecía de sentido, y el tumor sólo permitía elegir entre diferentes formas de tratamiento para paliar el dolor. Su amigo le recomendó ingresar por el tiempo que le quedaba en la clínica, donde recibiría los cuidados necesarios por parte de profesionales y expertos y se lo atendería de día y de noche. Él agradeció la oferta pero la rechazó, pues se aferraba a la idea de pasar los últimos días en su propio nido. Dignamente, como un animal que vive en libertad. Sólo pidió los servicios de una enfermera que lo ayudara y, a pesar de los dolores difícilmente soportables que a buen seguro irían a más, insistió en la decisión de no aceptar que se le administrara morfina mientras no resolviera su asunto con la doctora Bíró.

Como no se conocían personalmente, pues sólo habían intercambiado unas cartas, a la doctora Bíró no le costó en absoluto reaccionar con la misma serenidad que transmitía el mensaje recibido. Llamó uno a uno a sus pacientes, canceló las citas apuntadas para los dos días venideros en su agenda, organizó una sustitución en el centro en el que trabajaba y compró un billete para el avión que salía a la tarde siguiente a Estocolmo. Una vez todo resuelto,

comunicó al señor Grönewald la hora exacta de su llegada y preguntó de forma imprudente si se encontraría también con Ervin. «Le he prohibido que venga», fue la respuesta desde Estocolmo.

La doctora Bíró durmió durante todo el vuelo y como sólo tenía una maleta pequeña que pudo llevar a bordo como equipaje de mano tardó escasos minutos en salir del edificio del aeropuerto. Hacía frío. Cuando se puso en marcha caían ya gotas de una lluvia que se presagiaba desagradable, fastidiosa, y que se transformó en granizo al llegar ella en autobús al centro de la ciudad. La doctora Bíró se subió la cremallera del abrigo hasta el mentón. El señor Grönewald le había explicado exactamente cómo llegar desde la estación de autobuses hasta su casa. A pie se tardaba un cuarto de hora; a paso tranquilo, veinte minutos como mucho. Teniendo en cuenta la inclemencia del tiempo, lo recomendable habría sido tomar un taxi; los coches amarillos se alineaban ante el edificio de la estación, pero la doctora Bíró era más ahorradora con el dinero ajeno que con el propio. De modo que, por muy espantoso que fuese el tiempo que hacía, tomó el camino a pie. Hacia las diez de la noche, en el centro de la ciudad, sólo se topó con figuras presurosas que se calaban la capucha hasta los ojos o luchaban con el paraguas contra el viento. El camino ascendía ligeramente. Ella también apretó el paso todo lo que pudo a pesar de la maleta, para acortar los minutos bajo el granizo otoñal. Las gotas transparentes, heladas, caían en abundancia sobre el paraguas y se acumulaban también en torno al asa de la maleta. Torció en una calleja, por donde ya no transitaba nadie; sólo un coche pasó a su lado.

La doctora Bíró observaba los números de las casas y escuchaba los golpes del granizo sobre el paraguas. No tardó en encontrar el edificio. Tocó largo rato el timbre. Al señor Grönewald seguro que le costó levantarse de la cama y llegar al vestíbulo. La dejó entrar sin comunicarse con ella por el interfono. Cuando la doctora Bíró entró en el edificio, enseguida se encendió la luz. Ya que había llegado caminando, no se detuvo ante el ascensor. Sólo tenía que subir a pie hasta la segunda planta. Arriba encontró la puerta entornada.

—¡Entre!

Por la llamada telefónica del día anterior, la doctora Bíró ya conocía la voz ronca, enfermiza, que se dirigía a ella desde el interior de la vivienda.

—¡Venga!

Según sus documentos personales, Ervin Grönwald había nacido el 13 de octubre de 1957 en Budapest. No cabía ninguna duda respecto al lugar. La fecha de nacimiento, sin embargo, no era correcta. Empezó a asistir a la escuela en 1960 en Estocolmo, de modo que en ese momento no podía tener menos de seis años ni mucho más de siete. Por tanto, su año de nacimiento debía ser 1954 o 1953. La fecha consignada en los documentos era la de su llegada a Estocolmo. Hasta el momento no se había conseguido encontrar su certificado de nacimiento.

Al cabo de unos años, Ervin no recordaba ya en absoluto su paso por el campo de refugiados ni guardaba recuerdos de su anterior vida ni de su huida, sin duda no carente de vicisitudes. El señor Grönwald y su esposa decidieron criarlo como si fuese su propio hijo. Lo cual significaba que no estaban dispuestos a hablarle de lo poco que sabían de ese estrecho segmento de su vida. Y el señor Grönwald se atuvo a ello incluso cuando, después de jubilarse y tras la muerte de su esposa, se topó una y otra vez con esas lagunas en los antecedentes de su hijo. ¿En qué circunstancias había huido de su país? ¿Cuál había sido la causa? ¿Por qué se había separado de él la persona que lo traía, como si hubiera cortado por segunda vez el cordón umbilical? Fue entonces cuando el señor Grönwald contactó con la doctora Bíró. Ella creía entender el motivo de su silencio como también el hecho de que años después, sobre todo tras el fallecimiento de su esposa, se interesara cada vez más, casi en exclusiva, por el destino de Ervin.

—¡Venga ya!—repitió, impaciente, la voz.

En 1957, el señor Grönwald tenía cuarenta años, y Teresa, su esposa, dos años menos. Su matrimonio se contrajo bajo una mala estrella, pues no pudieron tener hijos. El señor Grönwald, quien por aquel entonces trabajaba ya para el Ministerio de Asuntos Exteriores sueco, viajó a Kapfenberg, Austria, para informar a sus superiores, tras interrogar a los refugiados, sobre lo ocurrido en Hungría en octubre del año anterior y en las semanas y meses siguientes. Por tal motivo, estuvo varias veces en el campo de refugiados. Los informes se ceñían sobre todo a casos individuales y sólo de manera muy cautelosa sacaban conclusiones de carácter general. El interés del informador se refería a toda clase de detalles. A la composición y los objetivos de los grupos de la resistencia, a la postura del ejército y de las fuerzas de seguridad del Estado durante la revolución y después de ésta, así como a qué base social

podía tener el nuevo poder, qué dimensiones había alcanzado la represión y cómo funcionaba la justicia. Ervin, quien años más tarde encontró esos informes, no halló ni uno solo que pudiera relacionar con su propia historia. El señor Grönewald evitó concienzudamente cualquier mención de los niños no acompañados, a pesar de que el asunto de su colocación o de su posible devolución desempeñó durante meses un papel en las negociaciones internacionales.

Si se quiere reconstruir lo ocurrido, habrá que suponer que Teresa y el señor Grönewald hicieron todo lo posible por tener un hijo. Ni por un instante pudo su matrimonio calificarse de feliz, si se considera la felicidad de la pareja un estado en que dos personas tan cercanas la una a la otra, al mirar atrás y adelante, al contemplar su pasado y sus expectativas comunes, vuelven a decir sí a todo lo bueno y lo malo que les ha dado la vida, así como a lo que aún les promete. Tal vez no todo el mundo sea capaz de semejante paz interior. Ambos pensaban que no estaban hechos para ella, que para eso deberían volver a nacer. Quizá no eran dignos de tal serenidad, pensaban, y, de ser así, los menos culpables eran ellos mismos. La historia del mundo en el que vivían y en el que se habían criado estaba escrita por las leyes del asesinato aunque no se percibiera a cada instante. Si bien el mundo toleraba la felicidad individual, sólo lo hacía para, en el momento menos esperado, mofarse de ella, y con razón. Nadie podía aspirar a la felicidad fuera de esas leyes, aunque viviera en un lugar tan resguardado de los vientos como Suecia; sólo dentro de las leyes, las leyes del asesinato. Con estos complejos y sofisticados argumentos responsabilizaban ellos al mundo de su desdicha.

Cuando hablaban de ello, lo cual ocurría con frecuencia, sobre todo a altas horas de la noche, después de repasar los acontecimientos del día, siempre se mostraban de acuerdo. Teresa solía llevar la voz cantante, y el señor Grönewald asentía con un murmullo hasta que entre murmullos conciliaba el sueño. Por supuesto, esas explicaciones tenían su razón, aunque ambos sentían que la realidad era algo mucho más sencillo. Desde el comienzo, faltó en su relación la intensidad del olvido de sí mismo, faltó también la ligereza y la serenidad que con el tiempo se asienta entre los enamorados. No habían sido creados el uno para el otro. Se acostumbraron el uno al otro, se aceptaron mutuamente, y quién sabe, pensaban ambos, a lo mejor eso era lo máximo a lo que podían aspirar. ¿No era lo demás que los hombres suelen desear sólo una

dádiva del momento y de la imaginación, que se disuelve rápidamente como la niebla matutina?

Cuando quisieron un hijo, sabían lo que emprendían. Recurrieron a todas las ayudas médicas posibles, mas sus esfuerzos no se vieron coronados por el éxito. La idea de conseguir un niño en Kapfenberg debió de surgir en la mente de Teresa después de la primera visita del señor Grönwald al campo de refugiados y de lo que contó al volver a casa. Emprendió el segundo viaje a Austria ya con la intención de elegir allí a un niño. Teresa le encareció que fuese un varón, pues le daba la sensación de que con una niña no podría. Le pidió también que fuese rubio, porque así no llamaría la atención entre los suecos; y que fuese, además, fuerte y sano en la medida de lo posible. Y Ervin lo era; una criatura rubia, fuerte, rechoncha, que no presentaba ningún problema a primera vista.

A alguien debía de pertenecer, sin embargo. Un niño de tres años no pudo haber cruzado solo la frontera. El señor Grönwald negoció. Pagó el precio del niño a la persona a la que pertenecía, pagó un precio alto y lo hizo trasladar a Suecia con la ayuda de la Iglesia evangélica. No había motivos para los escrúpulos. Coincidieron en que habían salvado a Ervin de la completa desesperanza, en que le regalaban una vida que, cuando nació, nadie podía esperar para él. Lo mismo consideró también la persona de alto rango en la iglesia que por parte de los evangélicos gestionó el asunto con prudencia y, lo más importante, con discreción.

Tanto el señor Grönwald como Teresa procuraron olvidar cuanto antes las circunstancias y las dificultades con que se toparon a la hora de conseguir el niño. Jamás consideraron su relación con Ervin el resultado de un negocio, es decir, de una simple apropiación. Tanto menos cuanto que la confianza y el riesgo también desempeñaron un papel en lo ocurrido. Si se cree en que ciertas inclinaciones se heredan, no podían saber a quién acogían, si el niño poseía buenas o malas cualidades. Por otra parte, la adopción otorgaba a Ervin determinados derechos de los que luego quizá no se haría digno. Por tanto, resulta comprensible que para garantizar una relación imperturbada y la tranquilidad del propio Ervin, el señor Grönwald y Teresa nunca le revelaran nada, y lo más probable es que el señor Grönwald se hubiera llevado a la tumba la historia de su hijo si la vida de Ervin no se hubiera derrumbado de forma inopinada.

—¿Es usted? ¿Por qué no entra?

La doctora Bíró necesitó unos minutos para prepararse para el encuentro. Apoyó la maleta contra la pared, colgó el abrigo en un perchero, maniobró torpemente con el paraguas, pues no quería dejarlo todo mojado. El vestíbulo daba a una sala oscura. Sólo pudo ver el mobiliario al día siguiente, pues en ese momento estaba ocupada en no chocar con nada. Una luz se filtraba a través de una puerta situada al otro lado de la sala.

—¡Por fin! ¡Ya ha llegado! ¿Qué hora es?

—Faltan dos minutos para las diez y media.

—Tráigame agua. Está aquí al lado, en el baño.

La doctora Bíró encontró un vaso en el baño y lo llenó hasta la mitad.

—¡Deme de beber!

El señor Grönewald trató de incorporarse, pero no lo consiguió. Dejó que la doctora Bíró le apoyara la espalda. Ella contaba con un cuerpo mucho más pesado. A buen seguro, el hombre había adelgazado tremendamente en las últimas semanas. Despedía un olor desagradable, amargo. La doctora Bíró sabía que la muerte olía, que se presentaba con cierto olor cuando nadie sospechaba aún de su proximidad. Primero se instala bajo el mentón y detrás de las orejas, luego espera durante un tiempo, a veces durante años, puesto que ha marcado ya el cuerpo, y luego se pone en marcha, desciende hasta las axilas, se esparce por el tórax y baja hacia la ingle, y cuando ésta huele a muerte no hay nada que hacer, el botín le pertenece, no merece la pena luchar con ella. Un buen médico constata con el olfato si cabe aún alguna esperanza.

—¡Es usted torpe!

El señor Grönewald tragó mal y le costó dejar de toser. La doctora Bíró le enjugó el mentón con un pañuelo. El anciano enfermo le apretó con fuerza la muñeca. Le dolió, y el dolor le llegó de forma inopinada. El nexo entre ellos se había vuelto demasiado directo, hasta el punto de afectarle los nervios, cosa que ella deseaba evitar a toda costa. En el instante siguiente, la doctora Bíró movió el brazo para aflojar la presión de la mano. Al apoyar la espalda del señor Grönewald, le dio a entender con la postura de su cuerpo que estaba dispuesta a hacer lo que le pedía la situación, cualquier cosa salvo dejar que afloraran los sentimientos. Lo cual desde luego no era fácil de evitar. Recorrió el rostro del señor Grönewald con la mirada. Un cráneo de imponente forma arqueada, pómulos salientes, labios delgados, ojos pequeños y sumamente

inteligentes. La doctora Bíró podía estar segura de que el señor Grönewald había pensado muy bien lo que esperaba de ella y no le molestaba el contacto de esas femeninas manos cuidadoras; de que no creía que ese contacto se dirigiera a él y no a ese cuerpo pesado, difícil de mover con el que se había vuelto idéntico.

Finalmente amainó la tos convulsa.

—Estoy cansado—dijo el señor Grönewald—. Hoy ya no haremos nada. Dormirá usted fuera, en el sofá. No hay sábana, pero el edredón está preparado.

¿De dónde surge la simpatía, sobre qué base nace en un abrir y cerrar de ojos, como una decisión, como un reconocimiento?

La doctora Bíró se cambió en la sala y se acostó en el sofá. Durmió mal porque el sitio era estrecho, se despertó varias veces durante la noche y a la mañana siguiente tenía la sensación de que sus huesos se habían roto en pedazos. Aún reinaba la oscuridad en el exterior. Por el ventanal que daba a un jardín sólo se filtraba la tenue luz de una farola. Miró el reloj; apenas habían pasado las siete. Volvió a repasar el día anterior, el repentino viaje y la llegada a esa ciudad en donde la esperaba un moribundo para, antes de morir, solucionar con ella el único asunto importante que había quedado a medio resolver. Hasta esta fecha, sólo conocía al señor Grönewald por unas cartas y por la llamada telefónica de la noche anterior. Carecía él de cuerpo para ella. Lo asociaba a una letra sumamente pulcra, al flujo tranquilo de las palabras escritas con una hermosa caligrafía, a la belleza impersonal que transmitía su escritura en general. Una tranquilizadora impersonalidad se instaló de entrada entre ambos, y de ella formaba parte también la distancia en el espacio; jamás se le había ocurrido que fuese algo positivo cambiar este hecho, es decir, conocer personalmente al anciano al que pertenecía esa letra. Con su llamada, el señor Grönewald había roto la relación directa libre de indiscreciones e importunaciones, la voz ronca, que no encajaba en absoluto con la escritura, ya sólo suponía un añadido. La doctora Bíró no podía rechazar la petición, que era más bien una orden, pero luego, tumbada en la sala, se dio cuenta de que el moribundo anciano la había violentado, se había adentrado en un ámbito de su existencia en el que cuanto ocurre no sólo es cuestión del oído, de la vista, del olfato, del tacto o de los sentidos a los que no podemos nombrar con tal claridad, sino de todo ello al mismo tiempo. Estaba allí, en aquella vivienda,

oía la respiración entrecortada y maquinal del señor Grönewald y percibía el espacio ajeno a su alrededor; no sólo la habitación con sus muebles, sino el entorno en general, la ciudad entera, desconocida para ella. Y recordó que la noche anterior había tocado sin resistencia, con la naturalidad propia de la situación, el cuerpo de ese moribundo, le había apoyado la espalda, le había dado de beber, le había enjugado los labios y, a todo esto, había notado el olor de sus efluvios, el olor de la muerte.

A la doctora Bíró le costaba tolerar la proximidad de otra persona cuando no se trataba de un paciente. En tal caso había de desempeñar un papel cuyas reglas conocía y que podría haber desempeñado también otra persona. Disponía de recursos y al fin y al cabo era ella quien lo dirigía todo, porque en eso consistía su trabajo: en poseer recursos y en dirigir de forma imperceptible. En esta ocasión no se preguntó a sí misma si quería aceptar esa proximidad. Hizo lo que otra habría hecho en su lugar. No ella. Encerró a otra, no a ella, en el mundo de ese anciano desconocido, a otra a quien aún no conocía.

Volvió a mirar el reloj y se alegró de que apenas hubiera transcurrido el tiempo. Sólo unos minutos. La luz amarillenta que se filtraba por la ventana le permitía constatar que la habitación rectangular estaba equipada a la manera continental, con un tresillo, un televisor, una biblioteca. En cambio, se quedaba uno corto si afirmaba que la mesa de comedor para ocho personas con sus respectivas sillas, que ocupaba como mínimo una tercera parte de la sala, no encajaba en ese esquema. Simplemente, hacía estallar el esquema, hacía estallar cualquier esquema. Para una mesa así, lo propio habría sido construir otro tipo de casa, vivir otro tipo de vida, pensó la doctora Bíró. Una mesa así exigía sentarse a ella, no se la podía dejar mucho tiempo desierta, debía haber al menos dos personas y, si era posible, incluso más conversando y comiendo a su alrededor. Y también unos ojos. Una mirada que situara la mesa tanto en el pasado como en lo personal. De lo contrario comenzaría a crecer con su vacío y su inutilidad, se convertiría en algo así como una boca abierta, como un bostezo que lo absorbería todo.

A buen seguro, la comida estaba rodeada de gran respeto en la familia del señor Grönewald. Sin duda, los Grönewald invitaban a cenar a mucha gente, pensó la doctora Bíró; aun así, no conseguía imaginar a hombres y mujeres conversando relajadamente entre esas paredes. Entonces no sabía aún que esa

mesa de roble para ocho comensales—porque era de roble, no de nogal—había ido a parar a la casa como dote de Teresa, con otros objetos, de los que Teresa habría deseado desprenderse, pero a los que el señor Grönewald se aferraba. O eso al menos pensaba Teresa. El señor Grönewald, por su parte, creía que su esposa se aferraba a todo. Eso sí, ni el uno ni el otro querían desprenderse de la mesa. Era una pieza ciertamente considerable, fastuosa, pero desproporcionadamente grande para ese piso. Había que limpiar el polvo que se acumulaba encima. Desconcertados iban y venían a su alrededor, como si esperaran a que comenzara a encogerse con el tiempo o a que las paredes se fueran separando. No ocurrió ni esto ni aquello. La gigantesca mesa de madera de roble seguía allí, tal un monumento, delante de la ventana. Cuando Teresa no estaba en casa y el señor Grönewald se encerraba en su habitación, Ervin se escondía con un mapa debajo y viajaba mentalmente a ciudades conocidas y desconocidas: Quito, Calcuta, Madrid, Teherán, Bujará, Budapest, Wellington, Tianjin, Nairobi. Descubrió en la cara de abajo del tablero un sello un tanto desdibujado. No era fácil identificar lo que representaba, pero le pareció ver un pájaro, lo cual le alegró, porque los pájaros volaban a lo lejos. Nunca preguntó qué hacía allí un sello. Creía que, en una mesa así, la otra cara del tablero siempre traía un sello con un pájaro. De repente, el tiempo de los viajes debajo de la mesa se terminó. Poco a poco terminaron muchas otras cosas. Tras la muerte de Teresa, el señor Grönewald casi nunca se sentaba a esa mesa de madera de roble, pero ni se le pasó por la cabeza regalársela a alguien o pedir que se la llevaran. La mesa continuó en su sitio y allí esperó a que la doctora Bíró se levantara.

Ella, sin embargo, tumbada en el incómodo sofá, aplazaba el momento de incorporarse, de renunciar finalmente a su encierro frente a ese espacio extraño, frente a la mañana que comenzaba a vislumbrarse. Supuso que la habitación se estrecharía de pronto y que a partir de ese momento los objetos extraños y el orden de los muebles extraños no estarían determinados por la imaginación en estado de duermevela, sino por su utilidad. En el exterior no clareó mucho. Escuchó los ronquidos entrecortados y maquinales del señor Grönewald, tiró del edredón y se tapó hasta la nariz y se tomó un poco más de tiempo.

Luego, hacia las nueve, le preparó el desayuno al señor Grönewald, y cuando él se levantó le ayudó a lavarse. Había trabajado bastante con

enfermos, con personas que no podían valerse por sí solas. No le daba miedo. Lo más importante era sentirse segura. Introdujo las piernas delgadas como palillos en el pantalón que colgaba de manera desfavorecedora sobre las nalgas enflaquecidas por la enfermedad y que sujetaba el cinturón, ceñido hasta el último agujero para que no se le cayera. Ponerle la camisa resultó ser una operación fatigosa acompañada de gemidos. Al señor Grönewald volvió a darle tos. Por eso no conseguía introducir el brazo en la manga de la camisa, lo cual lo irritó.

—¿Lo hace usted a propósito? ¡Ponga esa maldita manga donde corresponde!

A continuación les tocó el turno a los calcetines. Mientras se sentaba, el señor Grönewald se quejó de que su hijo llevara semanas sin preguntarle cómo se encontraba.

—¿No le ha prohibido usted que viniera?

—Jamás ha cumplido lo que le pedía. Y menos aún las prohibiciones. Al menos podría llamarme.

—¿No lo ha llamado ni una sola vez?

—Una vez sí. Me culpa a mí.

Mientras la doctora Bíró trataba de introducir el pie del señor Grönewald en el calcetín, se percató que ese pie era sumamente delgado, casi femenino. Debido a un mal gesto, el señor Grönewald se enfadó:

—¡Déjeme! ¡No me tiree!

Ya sólo quedaba la chaqueta de *tweed*, que todavía le quedaba magníficamente al señor Grönewald y permitía hacerse una idea de su apariencia de antaño. Después de que la doctora Bíró lo vistiera, cobró un poco de fuerza y su voz recuperó algo de color.

—Quiero mostrarle a usted todo.

Arrastrando los pies y casi apartando de un empujón a la doctora Bíró, el señor Grönewald se puso en marcha y abrió la puerta de la habitación a la que Teresa jamás podía entrar y Ervin sólo con una autorización expresa.

—Venga.

En la habitación había estanterías hasta el techo, repletas de toda clase de objetos. Durante toda su vida, el señor Grönewald había sido uno de esos hombres a los que los objetos se aferran. Y él se aferraba a todo bolígrafo, a

todo mapa, a la última entrada de cine, incluso al asa rota de una jarra de cerveza como si al aferrarse atara a sí una parte del mundo y la arrebatara de tal modo a la muerte, que sin embargo ahora se disponía a hacerlo desaparecer a él también, a quitarle el tiempo.

—Para los demás, estas cosas carecen por completo de valor. Seguro que también usted creerá que deberían haber ido a parar hace años a la basura.

Retiró de uno de los estantes un reloj despertador verde que se había quedado sin manecillas.

—De hecho, este reloj viene de allí, lo traje de un contenedor de basura. —Esbozó una sonrisa forzada—: No pude resistirme. —Volvió a poner el reloj en el estante—. Es bonito, ¿no le parece? Teresa los odiaba.

En efecto, Teresa odiaba la pasión coleccionista de su marido. Aunque no podía negar la belleza de algunos de esos objetos, se equivocaba al creer que el señor Grönewald iba en pos de ellos. La verdad era justo lo contrario: los objetos lo buscaban a él. Y aunque en la cabeza de los coleccionistas parecidos a él se instalaban con el tiempo los pequeños espíritus empeñados en que la posesión se convirtiera en el nexo más profundo que los ataba a las cosas del mundo, el destino le ahorró al señor Grönewald ese proceso. No coleccionaba toda clase de trastos para que los objetos muertos cobraran vida a través de la posesión, sino para residir él en ellos y para despertar a través de ellos su imaginación. Para él, su hogar era esa habitación. Al principio ocurría a veces que Teresa se presentaba allí con un paño en la mano, con el propósito de quitarles el polvo sin mover, lógicamente, ni uno solo de su sitio, pero eso bastaba para llevar al señor Grönewald a la más profunda desesperación. Decía Teresa que no se había casado ella con un anticuario, con un vendedor de artículos usados, con un quincallero. Estaba convencida de que su marido estaba enfermo, cosa que él, por supuesto, negaba. Decía ella que resultaba más fácil mantener limpio el depósito de un museo que esa habitación y temía, no sin razón, que toda suerte de mohos venenosos se instalaran en los estantes. Al final, el señor Grönewald le prohibió terminantemente poner el pie en el lugar.

A decir verdad, la habitación parecía una tienda de antigüedades. Oscura y sin ventilar. La cortina estaba corrida incluso de día ante la ventana para que la luz no dañara los objetos, en su mayoría completamente carentes de valor. Había de todo, miles de ingenios, quién sabe cuántos: puntas de dardos, hojas

de afeitar rotas, herraduras, estribos, botones de latón y botones de acero, pájaros disecados, avisperos, huesos hechos trizas, muelas petrificadas, una lagartija de dos colas conservada en alcohol, trozos de tejas, cráneos de pájaros, cacerolas, piedras de las más diversas formas y colores, minerales, fragmentos de lava, infolios, escritos, fotografías, sellos, monedas antiguas y cortapuros, todo aquello con lo que la imaginación podía poblar las estanterías de un buscador de antigüedades. Una lámpara de luz amarillenta estaba encendida sobre el escritorio. La doctora Bíró no tocó nada. Le repugnaba. Como si el mero contacto con esos desdichados objetos reunidos en el curso de décadas—pues sin duda había entre ellos algunos que acompañaban al señor Grönewald desde la infancia o la juventud—hubiera podido ensuciarla. Tenía la sensación de que sus dedos se volvían ásperos incluso sin tocarlos. Habría preferido salir corriendo a lavarse las manos. El señor Grönewald, en cambio, se animó, como si su enfermedad hubiera desaparecido de golpe.

—Ya ve usted, querida, aquí cada objeto tiene su historia. Y yo me conozco la historia de cada uno. Aquí está, por ejemplo, este nivel.

Cogió un cilindro de cobre de un palmo de largo fijado a un soporte metálico en cuyo centro una burbuja se deslizaba hacia la derecha o hacia la izquierda según la inclinación de la superficie sobre la que se ponía el soporte. El nivel no carecía de cierta belleza.

—¡Cójalo! Venga, ¡cójalo!

A la doctora Bíró no le quedó más remedio que cogerlo.

—Recibí este nivel de un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores polaco. Se llamaba Andrzej Swietelski. Recuerdo el nombre. Negociábamos un asunto sin importancia en Varsovia. Al cabo de dos minutos quedó claro que no llegaríamos a un acuerdo. Aun así, seguimos con los formalismos hasta el final. Con su postura, Andrzej pretendía demostrar que alcanzar un acuerdo entre bandos enfrentados era una señal de debilidad y que su país podía permitirse actuar conforme a este razonamiento tanto en los asuntos de importancia como en los insignificantes. Nuestros papeles no exigían ningún esfuerzo intelectual. Ese tipo de negociaciones sólo tenían por objeto no pasar de ninguna manera del primer punto al segundo, pero al mismo tiempo permitir que los asuntos siguieran su curso sin sorpresas, reconociendo la fuerza y los intereses del otro. Ambos nos aburríamos, yo tal vez un poco más. Me

apretaban los zapatos, tenía ganas de quitármelos.

»Al final de la negociación, Andrzej se mostró sumamente satisfecho consigo mismo. Sin rodeos ni ambages me desaconsejó que me reuniera con personas no recomendables mientras permaneciera en Varsovia. No me pareció correcta esa amenazadora advertencia. Tenía claro que habría de comunicarla luego a mis superiores, pues, junto con otros datos, podía provocar un repentino cambio en las relaciones. Por otra parte, también podría pasarla por alto. Como me sentía hastiado e irritado, le pregunté con quiénes no debía reunirme, si existía una lista de esas personas. Me respondió con una sonrisa. No había una lista, por supuesto, pero tampoco la necesitaban. Estaba convencido de que yo sabía perfectamente, sin lista alguna, en quiénes pensaba él y de que a mí, como a él, me importaba conservar imperturbada la relación entre nuestros respectivos países.

»Me molestó que mi irritación le hubiera permitido colocarse en una posición de superioridad. No pude hacer más que darle las gracias por la advertencia y decirle que podía estar tranquilo. Me levanté y me dirigí hacia la puerta, donde, sin embargo, se plantó ante mí. Si no me molestaba, me acompañaría hasta abajo, dijo. No era lo habitual. No me molestaba, le respondí, a pesar de que lo único que deseaba era librarme de él. No me di cuenta que aferraba algo en la mano. Salió conmigo del edificio de ladrillo de tres plantas y dimos unos pasos por la avenida Jana Chrystiana Szucha. ¿Hasta dónde quería acompañarme? ¿Qué nuevo juego era éste? Pronto me di cuenta de que deseaba algo más. Hice como si no me hubiera percatado de nada y le di a entender que daba por concluido nuestro encuentro. Pese a ello, antes de que pudiera despedirme, me puso la mano sobre el brazo. “Soy consciente de que mi petición resulta insólita y quizá no sabrá usted cómo interpretarla después de nuestra conversación, pero supongo que me entenderá. Permítame que le dé esto. Lléveselo a Estocolmo y, si puede, consérvelo”, dijo, y me entregó una cajita de cartón. Cuando me recobré de la sorpresa, él ya había desaparecido tras la puerta de madera de su Ministerio de Asuntos Exteriores.

»Dos esquinas más allá abrí la caja. Contenía un nivel de un palmo de largo y una carta escrita en alemán: “Distinguido señor Grönewald: el nivel que encontrará en la caja pertenecía a mi padre. Falleció hace diez días. Durante toda su vida, mi padre quiso abandonar Polonia; su sueño era llegar a Suecia. No sé por qué eligió precisamente su país. Tenía planes de huida

precisos que, sin embargo, pecaban de cierta ingenuidad. Si no se marchó, fue por mí y luego porque le flaquearon las fuerzas. Por fortuna, porque a buen seguro lo habrían detenido; es más, yo mismo me habría visto probablemente obligado a denunciarlo. Aquí envejeció, pues, en nuestra pobre Varsovia. Por favor, llévese este nivel. Me tranquilizará saber que algo de mi padre se encuentra allí adonde deseaba ir”.

»¿Lo entiende ahora?—La mirada del señor Grönewald esperaba el asentimiento de la doctora Bíró—. Estos objetos que usted ve aquí me han sido encomendados. Da igual que yo conserve su historia o se la quite.

La doctora Bíró volvió a colocar el nivel en el estante, la burbuja situada en el centro se desplazó ligeramente hacia la izquierda de la raya.

—¿Por qué me muestra estos objetos?

—Tenga usted paciencia. Me dedicará el día a mí, ¿no es así? Mañana se marchará y ya no volveremos a vernos.

La doctora Bíró habría deseado huir de esa habitación oscura y de techo bajo. No obstante, tenía también la sensación de que salir de allí implicaría consecuencias y, además, le interesaba la continuación. Se apoderó de ella cierta inquietud, como cuando alguien conduce en la oscuridad y sólo ve el tramo más cercano de la carretera y una estrecha franja del entorno apenas iluminada por los faros del automóvil. Alrededor del cono luminoso, el mundo desaparece en la uniforme oscuridad y aunque se vislumbren las vagas luces de un asentamiento, de una granja o de una fábrica no se puede determinar su distancia.

La habitación del señor Grönewald estaba serenamente separada no sólo de las demás dependencias de la vivienda, sino, por así decirlo, de todo el mundo alrededor. No penetraba allí ni una sola voz, ni una sola luz. En el centro del cuarto se alzaba, sobre una tarima de unos treinta centímetros de altura, su escritorio, que era a la vez su lugar de trabajo y su trono, algo así como una atalaya desde la cual se podía recorrer con la mirada ese nido situado en ninguna parte. El escritorio macizo y oscuro se apoyaba sobre unas gruesas patas talladas. El centro del tablero estaba revestido de un cuero ennegrecido con el tiempo sobre el cual yacía un salvamanteles duro adherido a él quién sabía desde cuándo. En el borde un tintero y un plumier; dentro de éste, una pluma antigua, de émbolo, que hoy en día resulta cara de conseguir en tiendas especializadas. El tablero del escritorio estaba protegido a derecha e

izquierda por una barandilla para evitar que cayera algún libro o algún escrito. La parte más sobresaliente de esa maciza pieza era, enfrente, una imponente construcción de departamentos y cajones de diferentes medidas. Los cajones y las portezuelas se abrían con tiradores de latón de idéntica forma. Sin embargo, para acceder a su interior había que pulsar un botón oculto a un costado de la construcción. El sistema de cierre del escritorio, ideado con extraordinario ingenio, era realmente una obra maestra de la ingeniería. Moviendo sólo un brazo se abrían una docena o más de cerraduras, y sólo un leve chasquido comunicaba que la operación se había realizado con éxito. Esa construcción únicamente podía sentirla como suya una persona que no sólo abrigaba principios, sino que consideraba obligado tenerlos. El escritorio estaba iluminado por la luz amarillenta de una lámpara de hierro forjado. El señor Grönewald subió a la tarima como un rey que asciende al estrado del trono y pulsando el botón oculto abrió todas las cerraduras.

—Es usted la primera persona que ve cómo se abre esta entrañable bestia. Ni siquiera Ervin lo sabe. Una vez sentí la tentación de mostrárselo, pero por fortuna no lo hice.

El señor Grönewald extrajo de un cajón un gran cuaderno de espiral. Era como los que se utilizan en las escuelas.

—¡Tome, hojéelo!

La doctora Bíró volvió a ver la caligrafía con que estaban escritas las sugerentes cartas que había recibido, redactadas con un estilo exquisito.

—¿Sabe lo que es?

El señor Grönewald hizo un gesto de exaltación, como alguien a quien acaba de ocurrírsele una broma sumamente divertida y se impacienta por saber si le gusta también al otro.

La doctora Bíró hojeó el cuaderno.

—¡El catálogo!

Las hojas a cuadros tenían líneas trazadas con pluma y regla. En la primera columna figuraba el número correlativo correspondiente al objeto, en la segunda el nombre de éste y en la tercera la fecha de registro en la colección. El señor Grönewald apuntó este último dato sólo en el caso de los objetos que fueron a parar a él después de inaugurar el catálogo. En la quinta columna aparecía el lugar de procedencia del objeto, mientras que la última estaba reservada a la descripción de su estado. Podría haber organizado el catálogo

de forma mucho menos trabajosa con un ordenador, pero estaba convencido de que no debía dejar entrar en su vida personal nada que, por así decirlo, lo alejara de las cosas creadas por él y le imposibilitara reflejarse en ellas como en un espejo.

—¿Qué le parece? Todo cuanto ve en esta habitación está registrado. Puede comprobarlo si quiere. Aquí nada—la voz del señor Grönewald, quien se agarró del borde del escritorio, se volvió ronca de nuevo—, aquí nada se ha perdido. ¡Elija usted lo que desee!

La doctora Bíró hojeó el cuaderno por cortesía, sin leer ni una sola de las líneas.

—Una maravilla.

—¡Elija algo, hágame el favor!

—No hace falta.

—Pues sí. Elija usted lo que quiera.

La doctora Bíró señaló el objeto número 169. Era un caleidoscopio. Faltaba la fecha de entrada en la colección. Su procedencia era Moringen, Alemania.

El señor Grönewald se acercó a un estante y extrajo el caleidoscopio de detrás de un tintero.

—Aquí está. ¡Aplíquelo al ojo y mire!

La doctora Bíró cogió el caleidoscopio, lo levantó hasta la altura del ojo, pero no vio nada en la oscuridad.

—¡Acérquese más a la lámpara!

A la luz amarilla de la lámpara se desplegó ante ella un dibujo maravilloso que, sin necesidad de mover el tubo de metal, iba cambiando continuamente.

—¿Ha visto usted algo así? No lo creo. En la mayoría de los caleidoscopios son espejos los que producen el espectáculo. En este han puesto un pequeño recipiente lleno de aceite en el que flotan los minúsculos fragmentos de cristal de distintos colores y poco a poco se van hundiendo; de ahí que el dibujo cambie continuamente. Y esto no es todo. ¡Apártese un poco!

La doctora Bíró alejó el aparato del ojos y dio un paso hacia un lado. El señor Grönewald abrió la portezuela de uno de los pequeños compartimentos de su escritorio y extrajo de allí otro cuaderno.

—Mire usted... Una vez que un objeto viene a parar a mis manos, le

concedo dos páginas marcadas con su número correlativo. Allí escribo su historia. Existen piezas sobre las que he apuntado tres o cuatro historias. Las que he escuchado o inventado. A mi gusto.

—¿Así se renuevan? ¿O se vuelven irreconocibles y falsas?

—Este caleidoscopio perteneció a un muchacho. Un muchacho alemán. Lo recibió de su padre en 1941. Le llegó en el paquete de Navidad. En los años siguientes siempre lo llevaba consigo, lo aplicaba a su ojo una y otra vez y miraba y remiraba sus cambiantes dibujos. Los fragmentos de cristal que flotaban en el aceite. También cuando su tía leyó en voz alta la notificación que comunicaba que su padre había muerto heroicamente por el *führer* en el frente oriental. Luego, en una ocasión, vio en un piso bombardeado a una anciana arrojar un zapato a su gato, el cual tiró de la mesa un florero que se había salvado milagrosamente en el bombardeo y que acabó hecho trizas en el suelo. Entonces, el muchacho dejó el caleidoscopio y nunca más volvió a mirarlo.

—No suena como una historia real.

El señor Grönewald soltó una risa que se ahogó en la tos.

—¿Tan importante es saber qué es real y qué no? ¿Tan importante es distinguirlos?

—Yo creo que sí. ¿Qué había en Moringen?

—Un campo de protección de menores. Así se llamaba.

—¿A quiénes llevaban allí?

—Ahora ya da igual. Por la tarde le diré lo que tiene que hacer. Ahora me siento cansado. Salga, vaya a almorzar a algún sitio. Aquí tiene el dinero. Para el viaje y para los gastos. No importa adonde vaya a comer, porque todos cocinan igual. ¡Ayúdeme a volver a mi dormitorio! Quiero descansar.

La doctora Bíró ayudó al señor Grönewald a acostarse. Al cabo de unos minutos salió del edificio, y el viento frío le acarició benéficamente la cara. Ya no quedaba huella alguna de la granizada del día anterior. Torció a la izquierda, hacia abajo, por donde había venido la anterior noche, y tomó una calle lateral donde encontró un restaurante de apariencia agradable. Una familia hindú almorzaba en la mesa contigua. La doctora Bíró la observó de reojo. Bajo la muda supervisión del padre, la madre aleccionaba en voz baja, pero severa, a su hijo. Cada uno de sus gestos transmitía respeto hacia el hombre joven que el muchacho acabaría siendo al cabo de unos años.

Después de almorzar, la doctora Bíró no regresó de inmediato a la casa del señor Grönewald. Que descanse, pensó. Le convenía, porque estaba agotado. Un gélida neblina se había posado sobre el casco antiguo de la ciudad. Paseó un rato por la ribera del lago Mälär; el viento amainó ligeramente. Como si un grabado de otros tiempos hubiera cobrado vida ante sus ojos, con los barcos, la Casa de los Caballeros y la iglesia alemana, cuyas campanas se sumaban tres veces al día al ruido de la ciudad para saludar «al Señor, quien realiza grandes obras en la tierra, nos anima desde el nacimiento y nos bendice. Que alegre nuestros corazones y dé paz en nuestro tiempo a Israel para que por su gracia eterna vivamos redimidos». En esta ocasión, la iglesia alemana callaba. La doctora Bíró consiguió olvidarse de casi todo. Eso sí, no podía quitarse de la cabeza a aquel muchacho que miraba el caleidoscopio en medio de las ruinas.

Hacia las dos y media regresó a la vivienda. La encontró a oscuras, con las cortinas corridas. Se movió con sigilo. Apoyado sobre varias almohadas, el cuerpo enfermo yacía en la cama como el pesado y oscuro cadáver de un animal. El pecho subía lentamente y bajaba luego de golpe, como cuando a duras penas levantamos un objeto pesado y lo dejamos caer de repente porque no somos capaces de sostenerlo. El señor Grönewald roncaba respirando de forma entrecortada. La doctora Bíró no se le acercó. Recordó los refunfuños de su padre cuando ya no conseguía levantarse de la cama. Su madre había muerto unos años antes en un accidente de coche. Iba sola en el vehículo. Quiso evitar un perro que cruzó la carretera y un camión que venía por el carril contrario la arrolló. Su hermano se ocupó de los trámites del entierro. Le estaba indeciblemente agradecida. Ni por un instante tuvo que mostrarse fuerte; enseguida pudo entregarse a las sombras que la asaltaron en tropel. Tardó meses y sólo lo consiguió hasta cierto punto. Por entonces vivía con un ingeniero, al que echó mes y medio tras la muerte de su madre. No se arrepintió, el tipo era un auténtico desastre, debería haberse separado de él mucho antes. En el entierro fue incapaz de llorar. Tenía la sensación de que todo se desintegraba, se pudría, se extinguía poco a poco a su alrededor, y de que correspondía dejarlo deliberadamente a la podredumbre, a la desintegración. Lo que quedara, sería ella. Sabía que no podía seguir así, pero carecía de fuerzas para empezar nada. Como cuando alguien regresa agotado de un largo viaje, deja la maleta detrás de la puerta y pasa días sin tocarla,

incapaz de deshacerla.

El señor Grönewald se movió finalmente. La doctora Bíró se sobresaltó, no quería que se despertara aún. Tal como lo veía, tumbado en la cama como el oscuro cadáver de un animal, hasta sintió algo así como compasión por él. Ese sentimiento la asustó. Ya estaba segura de que haría cuanto el anciano le pidiera. Sin embargo, le aterraba tener que tocarlo en el instante siguiente. Aun así, se acercó a la cama y le ajustó la manta sobre su pierna.

—¿Está aquí?—El señor Grönewald se había despertado—. Ha llegado usted tarde.

—No quería despertarlo.

—No dormía. ¿Por dónde ha ido?

—Por la orilla del lago.

—Sí, es muy bonito, pero no por estas fechas.

La doctora Bíró ayudó al señor Grönewald a levantarse. El cuerpo era más pesado que la noche anterior. Aunque también podía ser que ella maniobrara con más torpeza. Al principio no consiguió ponerlo de pie, el señor Grönewald volvió a caer sobre la cama de tal forma que casi la arrastró a ella. Ninguno dijo nada. El señor Grönewald estiró el brazo para intentarlo de nuevo. A la segunda resultó.

—Si tuviéramos más tiempo, hasta podríamos acostumbrarnos el uno al otro.

En la otra habitación, el señor Grönewald volvió a recuperar sus fuerzas.

—Ya no nos queda mucho por hacer. Prométame que hará todo cuanto le pida.

La doctora Bíró no respondió. El señor Grönewald subió a la tarima y sacó una caja metálica del escritorio.

—Quiero que se la quede usted.

La doctora Bíró no cogió la caja.

—¿Por qué no se la da a su hijo?

—Eso no puede ser. Usted será mi mensajera. Usted le dirá lo que tenga que decirle. La he elegido.

—¿Así que me ha elegido? Genial. En el campo de refugiados también examinó, seguro, a los niños que entraban en consideración. ¿No ha comprendido que no se puede elegir? Allí en el campo tampoco debería

haberlo hecho. Debería haber cogido al huérfano que encontrara. Usted, sin embargo, se comportó como si estuviera en una tienda de quesos.

—¿Imagina usted dónde estuve? ¿Ha estado alguna vez en un campo de refugiados? No tenemos tiempo para hablar de eso.

—¿Por qué cree usted que seré capaz de hacerlo? ¿Y que quiera ser capaz?

—A usted le interesa esta historia. Encontrará en la caja cuanto quiera saber. Fotografías, así como una carta que mi hijo escribió hace dos años. He hecho algunas anotaciones al margen. Usted, lógicamente, no lo entenderá porque está en sueco, pero si quiere puede mandar traducirlo.

—¡No acepto el encargo!

El señor Grönwald aferró las esquinas del escritorio y cerró los ojos por unos instantes. Luego, sin decir palabra, acercó la caja al vientre de la doctora Bíró. Casi se la encajó, con todas las fuerzas que le quedaban.

—No la abriré. Se la entregaré tal como está a Ervin.

—Como usted quiera.

El señor Grönwald bajó agotado de la tarima. La doctora Bíró quiso cogerlo del brazo para ayudarle, pero él rechazó el gesto.

—Y ahora le pido que rompa todo cuanto encuentre en esta habitación. Todos los objetos, todas las estanterías. Rompa también los cuadernos. No quiero que nadie los lea. Sólo deje intacto el escritorio.

Pasó la mano por encima como si acariciara un perro o un gato.

—Y esto también queda—añadió señalando un estante bajo situado al lado del escritorio—. Lo demás, por favor, destrúyalo. Si tuviera fuerzas para ello, lo haría yo mismo.

El señor Grönwald, vestido con su pantalón negro pasado de moda y su chaqueta de *tweed*, salió arrastrando los pies de la habitación oscurecida por el cortinaje. Ya fuera, llamó a alguien brevemente por teléfono. Después de colgar el auricular, se acostó haciendo crujir la cama. La doctora Bíró se quedó sola en la penumbrosa habitación, llena de objetos. Pasó largo rato sin tocar nada. Después de haberse esforzado toda la vida no sólo en eliminar la necesidad del recuerdo, sino en llenar incluso esa ausencia de recuerdo con historias inventadas, ¿por qué decidió el señor Grönwald eliminar incluso aquellas que suplían las verdaderas? ¿Por qué decidió borrar toda huella de su locura empeñada en ocultar su propia vida? Y si lo decidió, ¿por qué se apiadó de la historia de Ervin, quizá la única historia verdadera con la que

guardaba una relación? La doctora Bíró siempre había pensado que lo que un hombre le hace al otro sólo puede ser violento. Consideraba que no existían las palabras inocentes, como tampoco los gestos y los roces inocentes. Y siempre había querido evitar que alguien se encontrara ante ella en una situación que le permitiera violentarla. Aun así, no consideró violencia—a pesar de que lo era y no podía ser otra cosa—lo que hizo el señor Grönwald al invitarla a Estocolmo y al pedirle luego o, mejor dicho, ordenarle que destruyera cuanto encontrara en esa habitación oscura de cuya existencia nadie salvo Ervin sabía.

Trabajando durante dos horas, la doctora Bíró destruyó cuanto había en la habitación. Dejó los cuadernos para el final. Les arrancó las hojas una por una y las rasgó todas. Terminó a tiempo. No entró a ver al señor Grönwald cuando se dispuso a partir rumbo al aeropuerto. Se estaba poniendo el abrigo cuando llegó la enfermera para administrar la primera inyección de morfina. Preguntó a la doctora Bíró si era la hija del señor Grönwald. Tras una breve pausa, la doctora Bíró asintió con la cabeza. La enfermera le dijo entonces que ya no sufriría mucho tiempo.

Bajando la escalera tuvo una enorme sensación de calma: por primera vez en su vida, no la entristeció la idea de que llegamos a este mundo como ejemplares originales y nos marchamos sin dejar rastro.

No volvió a hablar con el señor Grönwald. Luego supo por Ervin que falleció seis días después, completamente debilitado. En esos días, sólo volvió en sí durante unos minutos, aturdido como estaba por la morfina.

## **2. AVIONES EN EL ESPACIO AÉREO DE UNA HABITACIÓN**

Aunque intentaron ahorrarse a los enfermos las noticias, éstas les llegaron también a ellos, y como nadie supo explicarles qué les ocurriría, el estado de todos empeoró. En los últimos días, un avión atravesaba ya cada diez minutos la habitación, pasaba junto al gancho del que colgaba un trapo para fregar el suelo e impactaba contra la pared a menos de un palmo de la jabonera. La doctora Bíró sólo había conseguido que los aviones no hicieran tanto ruido al entrar en el espacio aéreo de la habitación momentos antes de tomar tierra, cuando a simple vista ya se divisaba la pista de aterrizaje. Aunque a partir de entonces los aviones zumbaban menos que antes, la escena acabó resultando aún más terrorífica si cabía. Los aparatos volaban por debajo del techo y descendían zumbando sobre las cabezas de los enfermos, empapadas de sudor. Redujeron el sonido hasta tal punto que al final apenas se los podía oír, de manera que los enfermos habían de prestar entonces más atención para escuchar el ligero zumbido, pero cuando lo oían ya era tarde, el aparato pasaba volando junto a sus orejas como si les hubieran puesto un diapasón sobre las sienes. El terrible zumbido venía a la vez de dentro y de fuera. Desaparecía pronto, pero el terror quedaba grabado en los rostros. Como si los hubieran despellejado vivos. Luego venía otro ruido, ligeramente más bajo que el anterior. De nuevo, todo el mundo se inquietaba porque apenas se oía. La doctora Bíró había de dar una vuelta por la habitación, colocar en su sitio los vasos de plástico y los pañuelos que no estaban en su lugar habitual y salir al jardín para mostrar a los enfermos lo que allí encontraba. Como si así ahuyentara los aviones, levantaba una tras otra las ramas y las hacía oscilar ante su rostro. La acogida era indescriptible. Todos gritaban a la vez. No

sabían por qué. Gritaban, tenían que gritar.

Sólo una persona no se inmutaba por la irrupción de los aviones. Entre las dos ventanas, un hombre de edad indefinida, probablemente ya mayor, permanecía sentado, en posición recta, con las manos sobre las rodillas. Calvo hasta la coronilla, tenía el pelo largo y blanco en las sienes. Desde su ingreso, ocurrido hacía casi tres meses, observaba detenidamente con sus ojos grises y penetrantes todo cuanto ocurría en la sección de terapia ocupacional. Se instaló en un lugar entre las dos ventanas, desde allí veía todos los rincones, no escapaba a su atención ningún movimiento, ningún gesto. No se habría perdonado dejar escapar un mínimo detalle, pues se había dado cuenta de que fijarse en las cosas aparentemente insignificantes significaba reconocer que nos encontramos desprotegidos en el enclenque y mal construido puente entre la desintegración y el orden inteligible. Hasta ese momento había permanecido mudo. Pero cuando la doctora Bíró empezó a mostrar las ramas a sus espaldas, comenzó a murmurar asintiendo con la cabeza gacha. Siempre murmuraba lo mismo, con voz profunda, tono amenazador, como una profecía a la que, por supuesto, nadie dispensaba atención: «Ayer es un día, hoy son dos días, mañana son tres, y mañana más mañana son cuatro. Pobrecitos, pobrecitos. Ayer es un día, hoy son dos días, mañana son tres, y mañana más mañana son cuatro. Pobrecitos, pobrecitos».

Ese hombre calvo, de pelo largo y blanco a los costados, se llamaba Tamás, a nadie se le ocurría llamarlo Tomi o Tomáska. Los enfermeros lo querían. Al menos era tranquilo. En los demás, la irritación crecía y se intensificaba hasta las diez de la noche. La enfermera del turno nocturno, que ya había recibido la carta de despido y que de todos modos no mostraba mucha comprensión en estas situaciones, los calmaba diciendo que el gobierno estadounidense no contemplaría impasible lo que allí estaba ocurriendo. Pronto lanzaría a sus paracaidistas; unidades de marines adiestrados específicamente para este fin habían partido ya de sus bases, venían de aquí y de allá; en Trieste habían atracado ya los portaaviones, de eso podían estar todos muy seguros. Esas aseveraciones surtían su efecto durante un rato y se confiaba en que el grupo acabara durmiéndose mientras esperaba. Sin embargo, nadie se dormía, y cuando los enfermos volvían a la carga, ahora furiosos, exigiendo ver cómo caían los paracaidistas del cielo como copos de nieve, la enfermera del turno de noche aducía primero que, según parecía, la

operación se había aplazado, la intervención no podía llevarse a cabo debido al mal tiempo, pero que al día siguiente todos se despertarían con una maravillosa nevada, con una nevada nunca vista; vestidos de blanco, con paracaídas semejantes a edredones blancos, caerían del cielo los marines estadounidenses.

Pero como no conseguía apaciguar la inquietud generalizada, al final también la enfermera perdía la paciencia. Se ponía a gritar pidiendo que la dejaran en paz, diciendo que ella no tenía la culpa de nada, que los aviones no existían, que los esperaban en vano, que Estados Unidos a lo mejor no existía y tampoco existía el mar, alguien lo había inventado, y Trieste había sido destruida hacía tiempo por los godos y, además, la semana siguiente todo el mundo se iría para casa, allí se cerraría todo, se desmontaría el tinglado. Los enfermos no entendían ni una palabra de lo que decía, pero aun así callaron de golpe, se produjo un profundo silencio, sólo se oyó el murmullo de Tamás procedente de un rincón: «Ayer es un día, hoy son dos días, mañana son tres, y mañana más mañana son cuatro. Pobrecitos, pobrecitos. Ayer es un día, hoy son dos días, mañana son tres, y mañana más mañana son cuatro. Pobrecitos, pobrecitos».

Así pasaban dos o tres minutos, hasta que alguien empezaba a toser. Y luego estallaba el caos. Todos comenzaban a imitar a los aviones. Estiraban los brazos como si volaran y se ponían a hacer zumbidos, silbidos, a chillar, a gemir, a emitir las voces más horripilantes. Había quien no aguantaba mucho tiempo y de repente se venía abajo, se encogía o se tiraba al suelo y permanecía allí donde se había quedado sin fuerzas. Quien aguantaba, gritaba con más ahínco aún, evitando o pasando por encima de los enmudecidos. Así transcurrían las últimas noches.

A todo esto, en el exterior las manifestaciones se habían convertido en un fenómeno cotidiano. Participaban en ellas los médicos, los enfermeros y el personal de servicio junto con los pacientes que habían recibido el alta. Protestaban contra el cierre. Por los altavoces se oían numerosas voces tristes e inteligentes que se referían a los ciento treinta y nueve años de historia de la institución, a la tradición húngara en psicología y psiquiatría vinculada a ese edificio y sobre todo a los enfermos que quedaban desatendidos, aunque nadie confiaba en que se revocara la decisión de clausurar el centro, es más, ni siquiera en que alguien prestara oído a los argumentos contrarios al cierre. En

las noticias de la noche, el ministro declaró que el edificio no estaba en condiciones de albergar y atender a los pacientes, que técnicamente era del todo obsoleto, que en invierno sólo servía en la práctica para caldear la calle, que resultaba imposible hacer funcionar de manera rentable esa institución sobredimensionada. Muchos sacaron la conclusión de que alguien le había echado el ojo al terreno, lo codiciaba, suspiraba por hacerse con él. Pues sí, asentían con la cabeza, no había nada que hacer. Entretanto, los periódicos publicaban artículos explicando que la psiquiatría estigmatizaba a los enfermos y los trataba con métodos carentes de base científica. Los medicamentos actuales, por cuya utilización los psiquiatras, como era bien sabido, decían, se embolsaban miles de dólares, se derivaban, según ellos, de los instrumentos de tortura del siglo XVIII, de los baños de hielo, de los shocks de insulina y de la lobotomía y se preveía una generación que, gracias a los médicos inventores de la depresión, sería drogodependiente durante toda la vida.

—Es una locura—dijo la doctora Bíró—. ¿Sabe esta gente lo que está destruyendo?

Desde que a la entrada principal se le pusiera un candado, ya sólo los buenos y los malos recuerdos residían en los pasillos del edificio de cuatro plantas y en sus diversos departamentos. Quedaron entre las paredes ruinosas los instrumentos, las radiografías, las historias clínicas. Quien entraba podía llevarse lo que quisiera. Parte de los pacientes habían sido trasladados a otros centros, la mayoría devueltos a sus casas con la promesa de recibir tratamiento, y muchos fueron a parar simplemente a la calle. Durante mucho tiempo después de que se cerrara el centro psiquiátrico, algunos enfermos volvían, permanecían contemplando el parque desde detrás de la verja, iluminaban con linternas los hierbajos, lo cual enloquecía a los perros abandonados que se habían instalado allí y que se abalanzaban contra las barras mostrando los dientes. Los enfermos los miraban desconcertados, no entendían cómo habían ido a parar esas fieras a su jardín y no sabían si huir o quedarse.

El señor Grönewald escribió la primera carta a la doctora Bíró cuando el cierre de la institución estaba ya en el orden del día, de modo que permaneció durante una semana sin ser leída. La doctora Bíró la cogió más de una vez, leyó el nombre desconocido, examinó la dirección para ver si realmente iba

dirigida a ella y miró el retrato del rey de Suecia. Debe de ser tranquilizador vivir en un país, pensó, que tiene un rey tan simpático. Un rey es como tener delante de la ventana un gran árbol que todas las mañanas, sea invierno, sea verano, esté con hojas o sin ellas, se puede contemplar y medir así el tiempo que pasa. Recordó también que en su infancia había mirado repetidas veces la placa conmemorativa en el muro de la escuela de la calle Váci, según la cual el rey sueco Carlos XII había pasado allí una noche en el año 1714 cuando, huyendo de los rusos, cabalgó durante veinte días para llegar de Turquía a Stralsund, donde los rusos lo alcanzaron y asediaron la fortaleza. El pobre rey fugitivo llevaba una peluca negra, se había pintado un bigote y cambiado el abrigo azul por uno marrón para que no lo reconocieran. Por lo visto, hasta un rey ha de alquilar un día un disfraz para sobrevivir.

El señor Grönewald se remitía a una conocida común de Budapest, a través de quien había conseguido la dirección de la doctora Bíró. Y pedía autorización para explicarle con detalle los antecedentes de su petición y contarle cómo su esposa y él habían acogido a un niño húngaro en 1956 y lo habían criado como si fuese su hijo. Le contaba también qué lo impulsó a comenzar a indagar, después de tanto tiempo, en busca de la familia de Ervin. Sabía ya con total seguridad que en Kapfenberg no fue la madre quien renunció a su hijo, sino su tía. Era su firma la que figuraba en la declaración oficial de renuncia, que luego podría haberse impugnado ante los tribunales, cosa que la madre de Ervin, sin embargo, no hizo. Nunca dio señales de vida y probablemente tampoco se interesó de manera indirecta por el destino de su hijo. Cuando se abrieron las fronteras, dejó al niño a cargo de su hermana. ¿Por qué no huyó con ellos? ¿Por qué no se mantuvo junto a su hijo, qué la retuvo? Debía de ser consciente de que no volvería a verlo nunca más, de que no sabría dónde se criaba, ya que bien podía intuir—y según el señor Grönewald necesariamente debía suponerlo—que su hermana, ante tantas vicisitudes previsibles, no se ocuparía ni se responsabilizaría del pequeño. ¿Era esto lo que quería? ¿Quería alejar a Ervin y le venía de perillas que se abrieran las fronteras por un breve lapso de tiempo? Sea como fuera, lo dejó a ciegas en manos de la buena o mala fortuna, y la ceguera debía entenderse literalmente, pues no podía tener ni remota idea del mundo que esperaba a su hijo al otro lado de la frontera y sólo podía saber que ese mundo se lo ocultaría para siempre.

Mirando atrás en el tiempo desde el otro lado de la frontera, el señor Grönewald no conseguía dar una explicación racional a la actuación de la madre de Ervin. Eso sí, estaba convencido—e hizo particular hincapié en ello—de que no quería de ningún modo adornar la historia con accesorios de su imaginación. Precisamente eso lo impulsó a escribir la carta y a proyectar luz sobre todos los detalles, incluso sobre algunos que no pertenecían tal vez a nadie salvo a él. No obstante, apartaba por el momento esta suerte de consideraciones y quizá por primera vez en su vida se daba libertad para prescindir de las reglas de la cortesía. Su carta, advertía de entrada a la doctora Bíró, sería desagradablemente extensa, y se preguntaba, receloso, con conciencia desdichada, si se permitía semejante prolijidad porque una psicóloga leería esas líneas. En efecto, después de argumentar su propia exoneración, escribía una sinuosa frase en la cual explicaba que había vivido los hechos de su vida cual si le hubiesen ocurrido a un objeto, cual si pertenecieran a una cosa tan sencilla como un clavo o el bolígrafo con el que escribía esas líneas. Sin embargo, aunque fuese demasiado tarde, ahora, como si un amo moribundo liberase a un esclavo, quería rescatar a Ervin de entre los objetos que habían roto el contacto entre él y el mundo, quería devolverlo a sí mismo, fuese lo que fuese lo que eso significara para él. En vano decidió, no obstante, que desde ese momento ya no lo guiaría su imaginación, porque no podía partir de nada que no fuese mera imaginación, cálculos y suposiciones. No consideraba probable que la madre de Ervin abandonara Hungría más tarde. Sólo los motivos más graves podían obligar a una madre a desprenderse de un hijo que acababa de ingresar en la infancia, repetía una vez más en la carta. Motivos tan graves no solían desaparecer, sino a lo sumo agravarse. Estaba seguro de que las huellas de la madre de Ervin habían de buscarse en Hungría, pero desconocía su nombre. Si no estaba casada, supuso al comienzo de sus pesquisas, sólo faltaba su nombre de pila, ya que su apellido coincidía entonces sin duda con el de su hermana. Pero si Ervin era fruto de un matrimonio o si ella se casó más adelante, a buen seguro había adoptado el apellido de su marido, y en tal caso comenzaría sus indagaciones con las manos vacías.

De ahí que el señor Grönewald no empezara a investigar en busca de la madre de Ervin, sino de su tía. Tenía su nombre. Si la encontrara con vida, podría saberlo todo. Consideró la búsqueda un asunto privado, por supuesto.

No quiso involucrar a ningún funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores como tampoco a nadie de las embajadas de otros países en Suecia, lo cual tampoco habría resultado fácil por cuanto habían pasado más de diez años desde su jubilación y en ese tiempo se había reemplazado a casi todo el personal. En el registro de la Cruz Roja en Ginebra no había rastro de la persona buscada. El asunto enfervorizó al señor Grönewald, quien por aquel entonces estaba ya a punto de cumplir los setenta y un años y desde hacía un tiempo no llenaba su vida más que con la dedicación solitaria a sus objetos y con la creciente y tenebrosa amargura por Ervin.

Después de recibir la respuesta de la Cruz Roja, la primera idea que le vino a la cabeza fue dirigirse a las oficinas de Estocolmo de una compañía de teléfonos sueca y revisar allí por orden alfabético las guías telefónicas europeas occidentales y luego, si hiciera falta, las estadounidenses y las australianas. Sólo había llegado hasta Bélgica cuando, a pesar de su testarudez, tuvo que admitir que la empresa carecía de sentido. Muchas horas de trabajo se fueron así al garete. Regresó a casa como si lo hubieran apaleado. Conocía los sitios, las causas y las intensidades de todos sus dolores en el cuerpo, los registraba, estudiaba su naturaleza, pero en esta ocasión sintió en el costado derecho, encima de la cadera, una punzada que nunca antes había percibido. ¿Qué podía ser? ¿Qué estaba ocurriendo en su organismo? Ya era viejo, ¿qué locura suponía ocuparse de esta historia a su edad! ¿Por qué tenía la sensación de deberle esto a Ervin? Después de descansar media hora en casa, el dolor pasó. El señor Grönewald se calmó.

Al día siguiente, escribía, ahuyentando su rechazo, basado en sólidos y abundantes argumentos, a los ordenadores y a internet, se registró en diversas páginas colectivas por ver si encontraba algún rastro de la tía de Ervin. Sin éxito. Los buscadores más frecuentados tampoco ofrecían datos útiles. El silencio de los archivos significaba, pensó entonces, que o bien la tía de Ervin había muerto hacía tiempo, o bien, si vivía, tenía otro apellido que aquel que utilizaba cuando se desprendió de su sobrino en Kapfenberg.

Tuvo que afrontar la posibilidad de que, aunque la investigación acabara de comenzar, hubiera llegado ya a su fin. Tuvo que admitir para sus adentros que no tenía ni idea de a quién buscaba. La tía de Ervin se llamaba Ilona Stiller; ese era al menos el nombre que escribió hacía cuarenta y siete años en los documentos de Kapfenberg. Todo apuntaba a que la madre de Ervin

también se apellidaba Stiller. En 1957, Ilona Stiller debía de tener unos veinte años, y cuando el señor Grönewald, que encontró sus apuntes referidos a aquella estancia, le preguntó en el campo de refugiados si había participado en las manifestaciones y qué había hecho en los días de la revolución, respondió —turbada y asustada, según consignaban los apuntes— que no había salido de su piso. Luego fue imposible hacerla hablar. Sólo confesó que vivía en Budapest, en el distrito de Újlipótváros, pero no dio el nombre de la calle.

También era posible, pensó el señor Grönewald al comienzo de la indagación, que cuando conoció a Ervin en el campo de refugiados su madre ya no viviera. Le resultó extraño que no se le ocurriera esa posibilidad ni entonces ni décadas más tarde. En todo momento imaginaba que la madre había decidido desprenderse de Ervin, a pesar de que no poseía ninguna prueba de ello. Por lo visto, su imaginación había realizado una selección entre diversas posibilidades y precisamente esa selección le había impedido conocer la historia de Ervin. Le aterraba pensar que, mientras deseaba dar con ella, lo perdiera a él definitivamente. No sólo al niño emigrado de Hungría sino también al que Teresa y él habían criado juntos y que ahora—sí, tuvo que confesárselo a la doctora Bíró—no quería saber nada de él. ¿Bastaban un nombre y un lugar para que el señor Grönewald diera con una pista de lo sucedido, de los hechos reales, para que ensamblara la historia que pensaba ofrecer como regalo de despedida al hijo que había criado, como reparación si es que realmente había algo que reparar?

Sabía perfectamente que todo esto debería haberlo hecho hacía décadas. ¿Hacía décadas? Recordó el señor Grönewald que Teresa, después de la adopción de Ervin, declaró que ellos eran los padres de ese niño, ellos lo criaban allá en Suecia después de haberlo rescatado de la más absoluta desesperanza—y repitió estas palabras: la más absoluta desesperanza—y le regalaban una vida que, cuando nació, nadie podía esperar para él. Por eso mismo tenían el derecho a decidir qué era bueno para el niño y qué no; es más, no sólo el derecho sino la obligación de evitarle cargas superfluas. Y precisamente saber la verdad supondría para él una carga superflua, ni más ni menos. De repente se confundiría, no sabría quién era, adónde pertenecía, hasta podría llegar a derrumbarse.

—Lo hemos comprado, Teresa, hemos dado dinero por él—dijo en su día el señor Grönewald, que volvió a repetir la frase para sus adentros mientras

con las rodillas doloridas y con una punzada en la cadera regresaba a casa procedente de las oficinas centrales de la compañía telefónica—. Con eso no nos hemos ganado el derecho a decidir qué puede saber sobre sí mismo y qué no.

—Pues sí—sentenció Teresa, dando por zanjada la discusión—, y es justamente esto lo que ni siquiera deberá llegar a intuir jamás: que nosotros hemos decidido incluso qué puede saber sobre sí mismo. Porque si se entera nos perderá también a nosotros.

El señor Grönewald tampoco lo deseaba, de modo que ni siquiera llegó a preguntar qué ocurriría si Ervin sospechaba algo, si alguien, por un descuido o por una insinuación deliberada, sembraba en él la duda. Al fin y al cabo, no podían exigir olvido y silencio a todo el mundo.

El señor Grönewald decidió viajar a Budapest. Dio por concluido el acuerdo con Teresa, el cual—si era eso, y no una imposición tiránica por parte de ella y mera obediencia por parte de él—lo obligaba a una huida permanente y los inundaba a ambos con una serie infinita de acusaciones, ofensas y malentendidos. Sólo podía recuperar la libertad si contradecía a Teresa, si, estando él ya solo, conseguía modificar las estipulaciones de aquella decisión que, mirando atrás sobre la siempre activa y bulliciosa vida de ambos, aunque ahora ya en apariencia carente de acontecimientos, había sido su única verdadera decisión: comprar a Ervin y criarlo en la mentira, como si Teresa lo hubiese parido.

El señor Grönewald recordaba la cantidad de mentiras y silencios a la que los había obligado aquella decisión. Había que explicar, por ejemplo, a Ervin por qué no se habían tomado las habituales fotografías familiares en que el niño aparecía al año o a los dos años de vida. Le dijeron que eran entonces tan pobres que ni siquiera les alcanzaba para una cámara fotográfica. Al principio, Teresa intentó inventar historias como las que toda madre suele contar sobre los primeros años de su hijo; cómo había sido el darle de mamar, tenerlo en brazos, sujetarle la mano, cuáles habían sido sus primeras palabritas comprensibles, cómo se había puesto en pie, cómo había aprendido a andar, y a punto estuvo de creer incluso que todo eso había sucedido realmente, casi aguardaba ya el momento de añadir el siguiente detalle a esa vida no vivida, pero de pronto la inundó el dolor, aunque no supo por qué precisamente en ese momento. Cada una de sus palabras y cada una de las

preguntas de Ervin vertían un torrente de amargura y de dolor sobre ella, y entonces calló, renunció a seguir inventando esa suerte de historias, pues ya no era capaz de participar afectivamente en ellas. Para Ervin, los dos o tres primeros años de su existencia eran un agujero negro. El señor Grönewald no podía saber, lógicamente, qué recuerdos aflorarían en él al enterarse de la verdad después de tantos, tantos años, pero tenía la sensación de que debía devolverle lo que entonces le habían negado y confiaba mucho en que la doctora Bíró no quisiera hacerlo retroceder. Tampoco en el caso de que ella considerase que ese tardío apasionamiento previo a la muerte ya sólo servía para aliviar la conciencia, aun al precio de despojar a Ervin de lo poco que le quedaba. ¡Qué cruel y oscura es el alma del hombre cuando se dedica a su propia salvación! Pero no se trataba de eso, recalcó enseguida el señor Grönewald. Podía asegurar a la doctora Bíró que no se trataba ni de la salvación ni de los ardidés propios del orden moral de unos pequeños y miserables mentirosos, sino única y exclusivamente de la historia. Sólo de una historia, de una desgracia, de un accidente.

En este punto, escribía, había de ser absolutamente sincero. Por supuesto, jamás había estado sometido a la voluntad de Teresa en la forma y en la medida que antes había descrito recordando su relación. Quién habría sido él si su esposa le hubiera interesado lo más mínimo. Por fortuna, nunca le interesó en absoluto. La fastidiaba, a veces llegó a estar a punto de cometer algo irrevocable contra ella, pero acababan siendo esos juegos mentales con los que se entretiene todo aquel que convive más de lo debido con otra persona. Por lo demás, era inofensivo, como un ausente. Para facilitar las cosas, evitaba a Teresa siempre que podía. Por eso necesitaba los objetos, así como los relatos que tejía en torno a ellos, y un rincón en la vivienda en el que pudiera permanecer solo, imperturbado.

Ervin le interesaba muchísimo más, pero no podía hacer nada por él. De hecho, sólo después de la muerte de Teresa surgió en él el convencimiento de que le debía algo y de que había de saldar esa deuda. Resulta ridículo tratar de saldar tardíamente una deuda, cuando ya nada se puede reparar. Era como si se tratara de una tema crediticio, aunque precisamente este caso nada tenía que ver con colocar cantidades de dinero a interés, ya que en un principio nadie sabía quién sería el prestamista y quién el prestatario; aun así, no se podía pensar en esto de otro modo. Por otra parte tampoco se debía olvidar, escribía

él a la doctora Bíró, que Ervin en ese momento no concebía ni remotamente la posibilidad que llegaría a tener; de poder elegir entre querer conocer su historia o no. Se mirara como se mirara, el señor Grönewald quería de todas maneras llegar hasta el final de la historia, de eso estaba seguro; o, mejor dicho, hasta el principio. Una vez que supiera cómo había ido a parar Ervin a Kapfenberg tendría tiempo para decidir si se lo contaba o no. Esta idea lo tranquilizó. ¿Por qué había de comunicar a Ervin lo que sabía? Cuando tomó la determinación de viajar, sus dolores casi desaparecieron. Lo consideró una buena señal. Al calmarse los dolores, ¿no le estaba dando a entender su organismo que su actuación era la correcta? Vio justificada la esperanza de que, aunque supiera muy poco, al cabo de unos días vislumbraría alguna señal.

Carecía de planes concretos sobre lo que haría en Budapest, pero procuró prepararse adecuadamente. Previó una estancia de diez días. Se alojó en un hotel situado en la ribera del Danubio; la ventana de su habitación daba a la isla Margarita. La primera tarde, paseó entre las casas del distrito de Újlipótváros. Había leído en una novela, que había sacado de una biblioteca como parte de los preparativos, que siglo y medio antes una ciénaga inaccesible cubría los terrenos que ahora ocupaban las calles y los bloques de viviendas de la zona. Allí depositaba el río sus sedimentos, escombros que traía del norte, troncos de árboles y cadáveres de animales. La ciénaga era propiedad de los peces y de los pájaros. Bajo un césped traicionero acechaban el agua y el limo, que llegaban a varios metros de profundidad. Según leyó, quien allí se adentraba, no hacía más que tambalearse y, si de pronto se hundía, la ciénaga acababa devorándolo. Cuanto más luchaba, cuanto más se resistía, tanto más se hundía, las algas y las raíces de las plantas acuáticas le abrazaban las piernas hasta que el limo negro que residía bajo las hierbas verdes, las flores acampanadas y las anchas hojas del nenúfar se cerraba encima de su cabeza.

Mientras el señor Grönewald caminaba por la calle Pozsonyi, echaba un vistazo al Danubio y a los montes de enfrente; dobló luego por la calle Csanády, y se dio cuenta de que quien trabajaba seguía siendo su imaginación, única y exclusivamente su imaginación, pero al menos ya en un terreno real. El primer día, eso lo satisfizo plenamente. La novela explicaba también en sus primeras páginas que la ciénaga había sido drenada en la década de 1870 y que en los terrenos así ganados al río se construyeron al cabo de un tiempo una

serie de fábricas, un lavadero de lanas, una fábrica de cerveza, una de entarimados, otra de armas, así como seis molinos. La pesada y asfixiante nube de humo nunca se marchaba del cielo. El lugar lo habitaban pobres, hacinados en viviendas de diez o quince metros cuadrados. Agujeros oscuros y sin caldear daban a patios construidos en perpendicular a la calle. El alquiler se pagaba al señor Suhajda, el propietario de todas esas casas; por él, la antigua ciénaga se llamaba «los terrenos de Suhajda». Para un extraño, no era recomendable entrar allí. Las epidemias eran devastadoras y se cometían muchísimos asesinatos. Los cadáveres eran arrojados al río, porque en el antiguo cementerio situado al norte de la ciénaga, al que se accedía desviándose de la carretera, la última tumba se había cavado hacía veinte años y los rectores de la ciudad no habían asignado aún otro cementerio a los habitantes de aquellos terrenos. El antiguo cementerio se seguía utilizando, aunque no para el fin al que en un principio estaba destinado. A menudo aparecía en los recodos de las parcelas algún personaje consumido y andrajoso. Nadie prestaba mucha atención a esos visitantes o al menos todos fingían no percatarse de su presencia. Allí se retiraban también, en la última fase de su actividad, las prostitutas que no eran acogidas ya ni siquiera en los burdeles más desastrados. Ellas conocían los lugares más recónditos del cementerio, donde eran húmedas las zanjas y espeso el licopodio.

Quien veía al señor Grönewald doblar por la calle Pozsonyi hacia la calle Csanády enseguida se daba cuenta de que no pertenecía a ese barrio. Si no hubiera paseado por allí, sino por un distrito más pobre de la ciudad, donde nunca habían visto telas como la de su vestimenta ni zapatos como los suyos, su aspecto severo no lo habría protegido de miradas de extrañeza o de que algunos incluso reaccionaran con odio a su presencia. Llevaba el jersey de otra manera, la caída de la tela de su abrigo era diferente, así como diferente era también el rechinar de las suelas de sus zapatos en el asfalto; no tenía nada que ver con quienes habían envejecido en el barrio. Los dolores no habían roto todavía su complexión bajita y proporcionada hasta el punto de hacer desaparecer su porte militar, esa combinación natural de disciplina, rigor y adustez que en su caso toleraba el desorden del cabello ralo, que recordaba a paja mojada y que no cuadraba en absoluto con el anciano que era. Ese peinado desarreglado y los ojos pequeños y grises que resaltaban el color rubio del pelo hacían de contrapeso a la adustez militar de su complexión, de

tal manera que el aspecto del señor Grönewald resultaba agradable e incluso le daba un aire un tanto travieso y juguetón. Por desgracia, la verdad era, sin embargo, que, si bien los dolores en las rodillas y en la cadera no hacían mella en su apariencia de militar hasta el punto de borrar por completo la elegancia y distinción de su presencia, que a pesar del peinado sólo por poco evitaba que se interpretara como una gélida hostilidad a la vida, sí dificultaban bastante sus movimientos, de modo que quien lo veía de frente podía considerarlo más viejo de lo que en realidad era.

Allí, en las inmediaciones del parque de Szent István, el señor Grönewald no había de temer que lo miraran de arriba abajo. Allí, a comienzos del siglo XX, la ciudad no eliminó con crueldad la miseria transida de olor a moho que caracterizaba los terrenos de Suhajda y las vidas relacionadas con esos muros derribados, sino con alegría y con entusiasmo, como correspondía a un comienzo esplendoroso. En 1911 se construyó en ese tramo de la ribera del Danubio el primer bloque de viviendas en torno a un patio central. Los constructores eran en su mayoría judíos, los proyectos arquitectónicos corrieron a cargo de húngaros y de austriacos, y los andamios estuvieron ocupados por trabajadores eslovacos. Sobre todo artesanos judíos se trasladaron al barrio. Con ellos empezó allí la vida urbana. Por aquel entonces, la fiebre de la construcción se había apoderado de las avenidas y de los bulevares. Los precios del suelo alcanzaron niveles estratosféricos, se procuraba aprovechar hasta el último palmo de terreno. La propiedad inmobiliaria se consideraba la mejor inversión. La Primera Guerra Mundial, sin embargo, no ayudó a ese tipo de especulación. En los edificios construidos antes de 1916, la carcoma no menoscabaría durante cien años las vigas de la cubierta y las tuberías de plomo se mantendrían durante ocho décadas con apenas dos o tres roturas anuales, mientras que en las casas construidas después de la Gran Guerra o en tiempos de la crisis mundial se rompían dos o tres veces al mes.

Sin embargo, el recuerdo de los primeros ciudadanos verdaderamente metropolitanos se extinguió casi igual que el de los habitantes de los antiguos terrenos de Suhajda, ya que, poco más de tres décadas después de mudarse allí, la gran mayoría acabó asesinada: unos murieron en el curso de los trabajos forzados, otros en los campos de concentración, y otros fueron asesinados a tiros y arrojados al Danubio. Los pisos, a su vez, redistribuidos y

divididos después de 1948. La memoria de los habitantes de finales del milenio y de comienzos del nuevo a lo sumo podía retrotraerse a los años cincuenta: cuándo había nacido fulano, cuándo se había mudado allí, cuándo había emigrado de Hungría, cuándo se había suicidado. Al construirse un edificio nuevo en el terreno de una casa demolida, lo cual ocurría con frecuencia, porque había que crear espacio para satisfacer la demanda de nuevas viviendas, había que cavar hondo para anclar bien los fundamentos, puesto que el suelo seguía blando, los edificios se hundían con facilidad y se abrían grietas en los muros.

El señor Grönewald dobló por la calle Csanády hacia la calle Hegedűs Gyula. Pasó por delante de una tienda de comestibles en cuyo escaparate pudo observarse a sí mismo como en un espejo empañado. Se quedó satisfecho con lo que vio. Se acomodó y se arregló el abrigo sobre los hombros. Al andar, levantaba mucho el pie, como si quisiera mostrar la suela del zapato a quien venía de frente, y golpeaba el asfalto duramente con el tacón, como antaño. Los golpes, sin embargo, debieron de afectar a la cadera del señor Grönewald. Al principio no se dio cuenta del dolor que se presentó en forma de diminutos pinchazos, pero luego, cuando éstos arreciaron, se vio obligado a detenerse. Pensó en Teresa y en que, si bien él contaba con que le quedaban aún cuatro o cinco años de vida activa, tal vez fuera mucho menos tiempo. Alzó la vista hacia la casa de la acera de enfrente, hacia la hilera de balcones con las barras de sus barandillas y con los bajos descascarados, hacia la fachada antaño verde y ahora sucia y carente de revoque, una fachada seductora y efectista a la que, sin embargo, le costaba ocultar que el edificio se había construido con tacañería, con materiales baratos, aunque no podía negarse que el arquitecto poseía cierto sentido de las proporciones, suficiente para que, a pesar de la decrepitud, el tiempo ennobleciera incluso los fallos. A Grönewald le sorprendió la facilidad con la que se dejaba llevar por la atmósfera de la calle. Con pasos más menudos que al principio, dedicó media hora más a recorrer la zona con la extraña sensación de estar muy cerca de lo que buscaba. Por algún portal, echaba un vistazo al interior, repasaba los nombres de los habitantes en las listas junto a los timbres del portero automático, sin saber qué casa escondía la vida con la que en su momento se relacionó por el hecho de comprar a Ervin en Kapfenberg.

Al día siguiente se levantó temprano. Tomó un copioso desayuno en el

restaurante del hotel, no le dio vergüenza llenar varias veces su plato y luego se dirigió a una peluquería. Se sentó en el sillón, pidió que le lavara el pelo a un hombre rechoncho a lo sumo diez años menor que él, el cual, cosa extraña en estos días, se dedicaba también a afeitarse. La luz matutina inundaba la pequeña peluquería, en la que sólo estaban encendidas sendas lámparas junto al espejo. El señor Grönwald se reclinó en el viejo sillón mientras el rechoncho peluquero ponía el reposacabezas, entornó los ojos y dejó que las tijeras chacolotearan a su alrededor. El peluquero trató de hablar con él en una mezcla de varias lenguas, pero como no recibió respuesta, encendió la radio. El señor Grönwald se dejó llevar por los ruidos y cerró los ojos bajo su niebla. No había mucho que cortar en su cabello ralo, sólo tratar con cuidado los mechones para que no quedaran clapas en la cabeza. Antes de que el peluquero le retirara las dos capas de fibra sintética, le solicitó con un ligero gesto que le arreglara también las cejas.

Cuando salió de la tienda, la brisa matutina le rozó agradablemente la nuca.

—¡Soy hombre nuevo!—pensó, aunque luego enseguida añadió—: ¡Pero no creas, viejo amigo, que esto será fácil!

Decidió visitar los cementerios en busca de la tumba de la madre de Ervin. Consideró que, como el apellido Stiller no era demasiado frecuente, no supondría un obstáculo para encontrarla. En la guía telefónica no había hallado ninguna persona con ese nombre. La madre de Ervin debió de nacer entre 1920 y 1930 y morir o en 1956 o a lo sumo a finales de los años setenta. No la imaginaba longeva. Si encontrara la tumba, conocería también su nombre de pila y quizá algún dato más que pudiera ayudarle. Supuso, por el apellido, que la madre de Ervin era judía. Sin embargo, nunca antes se le había ocurrido pensar que entonces el hijo también lo era.

—¿Lo pensaste alguna vez, Teresa?—preguntó para sus adentros y no pudo contener la risa.

Pronto se percató de que en la ciudad sólo había tres cementerios en los que la madre de Ervin podía haber sido enterrada como judía; y otros tres entraban en consideración si había sido comunista. En la calle Kerepesi lo atendió una mujer de unos cincuenta años en una estrecha y fría oficina. De pelo rubio teñido feamente decolorado y uñas rotas pintadas de rojo, tenía no obstante un tono de voz tan agradable que, en cuanto sonó, hizo que el señor

Grönewald se avergonzara de su desconfianza. Las estrellas parpadeantes de la buena disposición tampoco desaparecieron del rostro de la mujer cuando entendió qué quería, lo cual, a falta de una lengua común, no resultó fácil. Tenía también una sonrisa para ese señor situado al otro lado del escritorio escasamente iluminado o al menos un gesto en el rostro que bien podía interpretarse como sonrisa. La buena disposición, sin embargo, desapareció igual que la sonrisa, y el señor Grönewald vislumbró, tras las estrellas que se apagaban, la oscuridad propia del fin del mundo que tampoco se disipó cuando, con sorprendente habilidad, dejó caer un billete de mil forintos sobre la mesa. Aun así, consiguió que la mujer de pelo rubio decolorado, con repelentes muestras de sentirse ofendida, dando a entender que ese dinero, viniendo de un extranjero, era poco para aceitar el candado oxidado, empezara a hojear los libros de registro hasta lanzar, al cabo de unos diez minutos, un «¡No!» al señor Grönewald, que no solamente significaba que no había en el cementerio ningún difunto apellidado Stiller, sino que no había lugar para más preguntas y peticiones y que a partir de ese momento la oficina resultaba demasiado estrecha para los dos.

Con el mapa en la mano, el señor Grönewald cogió el tranvía de la línea 28. El vehículo pasó traqueteando por barrios periféricos terriblemente abandonados. Después del cementerio cristiano se quedó solo en el vagón hasta llegar a la última parada. Cogió en la entrada una kipá de papel. Allí también, primero se dirigió a la oficina. Subió por las escaleras a la planta situada bajo un tejado ondulado de material sintético. Buscaba a alguien con quien hablar, pero la oficina estaba desierta. Al cabo de un rato asomó la cabeza un hombre. Era a buen seguro alguien encargado del cuidado de las tumbas y, al darse cuenta de que el señor Grönewald no sabía húngaro, le dijo: *Serti minit*. El señor Grönewald asintió y bajó las escaleras dispuesto a dedicar esa media hora de espera a pasear.

Detrás de la verja de hierro se alineaban bloques de piedra negros a ambos lados del sendero flanqueado por castaños. Cada vez que el señor Grönewald ponía el pie en un cementerio tras el fallecimiento de Teresa, sentía una alegría: por el momento había sorteado la muerte. Para su sorpresa, sin embargo, en esta ocasión le aterró la idea de no poder morir a tiempo. Quien en ese mismo instante paseaba por el Skogskyrkogården, el llamado Cementerio del bosque, ya podía leer igualmente su nombre bajo el de Teresa,

aunque todavía sin la fecha de la muerte. Considerando su situación, Teresa y él compraron con suficiente antelación su trocito de tierra e incluso mandaron hacer la lápida de granito, como quien prevé un tiempo de al menos cien años para la memoria o, mejor dicho, para el olvido. Así se aseguraban de que todo se produciría de acuerdo con su voluntad, juzgando conveniente dejar lo menos posible en manos de Ervin, evitarle, por así decirlo, las cargas que suponía un entierro.

Al contemplar los nombres escritos con letras blancas y doradas, no obstante, el espanto se disipó rápidamente, y el señor Grönwald pensó que los cementerios eran, en realidad, las mejores bibliotecas, llenas de libros no escritos. Como si de una biblioteca sólo hubieran quedado las fichas del catálogo o incluso solamente la portada de los libros, nada más. Cada nombre que aparecía en la portada remitía a una historia, pero esas historias nadie nunca las escribiría. Serían señales del olvido, y tal vez fuera mejor que cada vida fuese acogida por el olvido, porque las vidas son indefensas y nada puede impedir que las caras que las examinan con curiosidad dibujen con el tiempo muecas aterradoras.

El señor Grönwald abandonó el camino asfaltado del cementerio. Tras las tumbas más suntuosas, un camino de tierra conducía hacia las parcelas traseras, más baratas. El traqueteo de un tren se oía desde la cercana estación de ferrocarril y al cabo de un rato la señal sonora de los altavoces de la estación. Era un día laborable, había pocas personas en el cementerio. Entre las tumbas, la hierba y la achicoria común se habían secado hasta el punto de que sus tallos parecían alambres, tanto que quien hubiera intentado arrancarlos se habría cortado los dedos. El señor Grönwald contemplaba las tumbas deseoso de toparse en una de ellas con el nombre de la madre de Ervin.

De pronto, junto a una de las tumbas, alguien se dirigió a él. Una mujer bajita y de pelo cano le preguntó si podía ayudarle, pues veía que estaba buscando a alguien. En la carta enviada a la doctora Bíró, el señor Grönwald informó luego con detalle de esta escena. Al principio, ni siquiera se dio cuenta de que esa mujer mayor le hablaba a él, a pesar de que no había nadie en las inmediaciones salvo ellos dos. La mujer repitió la pregunta, ya inequívocamente vuelta hacia el señor Grönwald, quien, como queriendo dar por zanjada la conversación, le comunicó en inglés que no entendía lo que le preguntaba. Ni siquiera se detuvo ante esa persona de aspecto gris, pero ella

insistió, ya en inglés. Comenzaron a hablar y pronto se descubrió que la mujer viajaba regularmente a Estocolmo, a visitar a un húngaro que había emigrado hacía cincuenta años.

—Un encuentro tardío. Una suerte.

Pasaban allí juntos unas semanas en invierno y en primavera y luego, en verano, más tiempo en la casa de la mujer en Nagymaros. Cualquiera persona razonable lo haría al revés, sonrió la mujer, porque los inviernos son soportables en Hungría y los veranos lo son más en Suecia, pero ¿por qué actuar siempre como hacen las personas razonables? En ese momento, la mujer le pareció más joven al señor Grönewald. Dio unos pasos y se quedó ante una tumba. Leyó el nombre que ponía: Béla Szigeti 1921-1995. Supuso que era el marido. La mujer bajita y de pelo cano se percató de lo que estaba pensando, pero no le ayudó. En cambio, comentó con asombro que el mundo, tal como solía decirse, era realmente un pañuelo. El señor Grönewald sólo habló en términos generales de las gestiones que deseaba realizar en Budapest, sin revelar detalles. La mujer le dio su número de teléfono y le pidió que la llamara mientras estuviera en la ciudad.

—Si tiene usted ganas, claro.

El señor Grönewald asintió con la cabeza, seguro de que no la llamaría.

Regresó a la oficina del cementerio, donde ya lo esperaban. Sin embargo, también de allí se marchó con las manos vacías. Luego, a la noche, consideró que se había equivocado al pensar que encontraría las huellas de alguien cuyo nombre de pila desconocía y que probablemente había muerto hacía tiempo. Lo tranquilizó, no obstante, que no se hubiera intensificado el dolor en la cadera a pesar de que había pasado varias horas andando. Sólo la rodilla se le había hinchado un poco más de lo habitual, pero la inflamación se reduciría sin duda por la noche gracias a las compresas.

Esa tarde, le resultó difícil regresar al hotel. Varios puntos del centro de la ciudad estaban bloqueados por coches de la policía, se oían sirenas, él tuvo que bajarse del tranvía en la parada del Oktogon. El señor Grönewald no sabía lo que estaba ocurriendo. Por todas partes se percibía el rumor del miedo y del nerviosismo. Ante la estación Nyugati vio a un gran grupo de jóvenes equipados con banderas y cubiertos con capuchas que gritaban y desfilaban rumbo al Danubio. Él también había de ir en esa dirección para llegar al hotel. Muchos de ellos se tapaban el rostro con bufandas. Ya había

visto esa clase de escenas, de manera que no se encendió en él ni una chispa de curiosidad. Tenía motivos para preocuparse considerando el estado de su rodilla y de su cadera. Sucediera lo que sucediera, lo único que le interesaba era volver cuanto antes a su habitación y descansar. Pronto notó en la nariz el picor del gas lacrimógeno que fue en aumento en la dirección a la que iba. Abandonó el bulevar y procuró acercarse por calles laterales al Danubio. Sin embargo, la mayoría de esas calles estaban bloqueadas por los coches de la policía. Se vio obligado a dar una vuelta mucho más grande incluso de lo que tenía previsto. Por fortuna, no se hizo daño pero, cuando vio el letrero del hotel, ya sólo se arrastraba y maldecía la estupidez de haber emprendido, viejo y enfermo, ese delirante peregrinaje por Ervin.

Al día siguiente, al principio quisieron echarlo de la oficina del Nuevo Cementerio, porque, según el reglamento al que el director administrativo se remitió en un inglés bastante aceptable, ellos sólo podían dar información a familiares y no podían atender a extranjeros que no guardaban relación con la persona fallecida. El señor Grönewald preguntó si eso realmente figuraba en el reglamento. El director administrativo le respondió si creía que lo había inventado él. El señor Grönewald lo calmó diciendo que por supuesto que no y sugirió que, teniendo en cuenta que a él le resultaba sumamente importante saber si la persona a la que buscaba había recibido sepultura allí, no se mostraría ingrato si el director hacía en su caso una excepción y no lo consideraba un extranjero. Mientras pronunciaba esa frase, puso un billete de veinte euros sobre la mesa, pues ya había aprendido de la experiencia del día anterior. El director administrativo echó un vistazo al billete, lo guardó con un rápido gesto, se levantó sin decir palabra y se dirigió a la estantería que tenía detrás. El señor Grönewald no tardó en enterarse de que Anna Stiller había sido incinerada el 2 de julio de 1969, pocos meses después de ponerse en funcionamiento el crematorio.

En aquella época era el único crematorio de la capital, los periódicos también informaron de su inauguración. Por el libro se supo también que el cadáver había sido llevado allí desde el instituto patológico-forense, el director administrativo, deseoso de compensar de manera adecuada los veinte euros recibidos, incluso creía saber que antes había sido utilizado para prácticas de los estudiantes de medicina. Como no se presentó ningún familiar, se esparcieron las cenizas, como siempre en tales casos. La fecha exacta de la

muerte aparecía borrosa en el registro, en el que no figuraba la fecha de nacimiento; aun así, el señor Grönwald estaba convencido de haber encontrado a la madre de Ervin. En un primer momento tuvo la sensación de haber dado con el tesoro en cuya existencia ya ni siquiera creía en sus peores ratos. Luego, sin embargo, no tardó en tomar conciencia de que lo que sabía era poco más que nada.

Si Anna Stiller murió en 1969 y nació, digamos, en la primera mitad de los años veinte, pensó el señor Grönwald, entonces no había cumplido siquiera los cincuenta años cuando falleció. ¿Qué le sucedió entonces? Por esas mismas fechas, a él lo habían trasladado a la dirección general del ministerio encargada de los asuntos escandinavos, en sustitución de una colega que acababa de jubilarse. Él mismo había solicitado el traslado meses antes, ya que, si bien no podía esperar ningún ascenso en ese puesto, tampoco podía imaginar un ámbito de trabajo más tranquilo. Esa dirección general era llamada la isla del aburrimiento en el ministerio; y quienes allí trabajaban, marmotas. No cabía la menor duda de que esa dirección general era la que se encargaba de los asuntos de menor interés. Las direcciones que se ocupaban de Europa del Este y de la Unión Soviética ofrecían las mejores posibilidades para hacer carrera. Quien abrigaba alguna ambición, procuraba hacerse allí imprescindible para luego ser trasladado a alguna embajada en Europa Occidental o en Estados Unidos. Al señor Grönwald también se le auguraba una carrera respetable y segura, a pesar de no ser uno de los funcionarios más valiosos de la dirección general. Quienes no lo conocían bien no veían ningún motivo razonable para la decisión que tomó. Sólo quienes eran muy cercanos a él sabían que el señor Grönwald siempre había aspirado a la calma y al sosiego en el lugar de trabajo, tanto más cuanto que no compartía el entusiasmo de sus colegas por la política de neutralidad de Suecia.

Para colmo, en la época en que presentó la solicitud, Ervin puso a prueba su paciencia más de una vez. Hubo que ir por él a la escuela. Compasión, comprensión, impotencia. Ervin escribía buenos trabajos, aprobaba los exámenes, no había quejas por sus notas, pero si los maestros no lo ocupaban con tareas escritas durante las horas de clase, no había manera de enseñar nada a los alumnos por su culpa. Ocurría que sin causa alguna se ponía a golpear a diestro y siniestro, les gritaba a los demás, se burlaba de sus compañeros con peor rendimiento escolar, les tiraba de los pelos sin distinguir

entre chicos y chicas y aprovechaba cualquier ocasión para manifestar el poco respeto que le merecían los maestros. Éstos lo trataron con toda su buena voluntad mientras pudieron, pero, según dijeron, se les fueron acabando los recursos y se sentían impotentes. El señor Grönewald no preguntó qué tenía que ver él con eso. Era evidente que los maestros algo esperaban de él y que también lo esperaba Teresa. Procuró cumplir con todas las expectativas, al menos hasta el punto de no dar pie a críticas y objeciones. El señor Grönewald recordaba como terribles aquellos años; consideraba que entonces había perdido a su hijo, si no antes.

Tenía claro que de Anna Stiller lo separaba más que un mundo. No comprendía por qué sentía remordimientos de conciencia por ella. Como si él tuviera que ver algo con esa historia de la que por el momento sólo conocía el final carente de todo significado. Una locura. Total y absoluta locura. Del mismo modo, un mundo separaba el presente de aquel año 1969. Un abismo insalvable, la imposibilidad de entender. Porque he aquí que el 2 de julio de 1969, el día en que se esparcieron las cenizas de Anna Stiller en el Nuevo Cementerio de Rákoskeresztúr y ella huyó de este mundo de la única manera en que realmente se puede, los periódicos húngaros escribían que el Consejo Presidencial había convocado la asamblea nacional, que se ampliaba la democracia universal, que el alcalde de Hanói estaba de visita en Budapest, que se había inaugurado en Zagorsk la conferencia de paz y amistad de las Iglesias de la Unión Soviética, que según decreto del ministro de Agricultura había que presentar ante la comisión nacional de control de trofeos todos los trofeos de ciervos, corzos, gamos y muflones cazados, y que en Checoslovaquia habían de asumir sus responsabilidades según las reglas de la disciplina del Partido quienes habían delinquido contra el sistema socialista. Los periódicos mencionaban particularmente el caso del corredor de fondo Emil Zátopek, tres veces campeón olímpico, quien había puesto su popularidad como deportista al servicio de políticas reaccionarias y como a pesar de numerosas advertencias no estaba dispuesto a desmarcarse de acciones abiertamente radicales, un tribunal militar incoó un procedimiento contra él y su pertenencia al Partido quedó en suspenso.

¿No nos recordaba la huida de Anna Stiller, si realmente podía denominarse así su muerte, escribía el señor Grönewald a la doctora Bíró, que cada instante de la vida no era más que aburrida repetición y que todo

conocimiento que podía adquirirse acababa en aburrimiento? Nada se puede crear que no contenga al menos un día del pasado y algo de futuro. Oímos eternamente el respiro del ayer, no podríamos dejar de oírlo ni siquiera si nos mudáramos a un desierto o al espacio, y en el respiro del ayer está también lo que se nos viene encima. Siendo así, ¿de qué eran repetición esas imágenes que el señor Grönewald vio al comienzo del día en que se enteró del nombre de la madre de Ervin? ¿Qué repetían esos gritos que no entendía, los rostros ocultos tras capuchas y bufandas y los cócteles Mólotov? Aquella noche las sirenas de los coches de la policía aullaban por todas partes, y desfilaban los manifestantes, jóvenes, fuertes y desconsolados. La pantalla del televisor mostraba fotografías del asedio. El centro de la ciudad se había convertido en un zona insegura. Las plazas eran trampas; las calles, fronteras, líneas de fuga que podían bloquearse.

Confiaba el señor Grönewald en que pronto se apaciguara su inquietud, ya que en esos estados de confusión el hombre no hace más que poner a prueba sus fuerzas, lo cual a menudo lo asusta. En este caso, sin embargo, no le convenía renunciar a posteriores excesos que le permitieran recabar más información sobre la vida y la muerte de Anna Stiller. Los enfrentamientos vespertinos y nocturnos entre la policía y los *hooligans* portadores de máscaras y de cazadoras con capucha realmente agotaron a la ciudad, pero la insatisfacción siempre volvía a recuperarse después de las somnolientas horas matutinas y había lugares donde los controles policiales se volvieron permanentes. Al señor Grönewald sólo le quedaban cuatro días en Budapest. Por las tardes y por las noches, sin embargo, quedaba confinado en su habitación. No se le ocurrió mejor idea que acudir al Ministerio del Interior y a diversas oficinas municipales para enterarse de algo sobre Anna Stiller, aunque prácticamente no cupiera ninguna esperanza. Lo mandaban de un sitio al otro, y todos abrían los brazos dando a entender que el asunto no era de su competencia y le sugerían que presentara una solicitud, que ya le informarían y que, en general, los registros no eran fiables. Al anoecer se recluía en su habitación de hotel, a lo sumo bajaba a comer en un restaurante próximo. No le interesaba en absoluto lo que ocurría en las calles. El olor a gas lacrimógeno se filtraba en la habitación, a veces le asomaban lágrimas a los ojos. Para colmo de males, se resbaló en el baño. Al principio le dolía todo, pero no sabía dónde se había hecho daño. Después de levantarse a duras penas

aferrándose al borde de la bañera, se toqueteó por todas partes. Daba la impresión de que, aparte del susto, no le había sucedido nada grave. Por fortuna, no se había golpeado la cadera, sino el codo. Podía doblarlo, lo cual indicaba que no se había roto. Le temblaban las piernas por el nerviosismo.

Después de ponerse hielo durante dos días en el codo y en el antebrazo, sólo un hematoma de considerables dimensiones le recordaba que podría haberse hecho bastante daño. Teniendo en cuenta los altercados, se vio obligado a renunciar a saber nada más sobre Anna Stiller durante su estancia en Budapest. Sin embargo, para no cerrar absolutamente todas las puertas, dos días después del trastazo llamó por teléfono a la mujer con la que se había encontrado en el cementerio y fue a verla a última hora de la tarde con un ramo de margaritas en la mano.

—¡Tome asiento!—dijo Magda señalando un sillón profundo después de traer un florero para las flores y de colocarlo sobre una mesa cubierta con un mantelito de encajes. Ya estaban allí preparadas las dos tazas de café, junto a dos platitos verdes con ornamento de flores; unos magníficos pasteles de hojaldre con crema esperaban sobre una bandeja al señor Grönewald.

—Hay aquí cerca una pastelería donde se consiguen los mejores pasteles de hojaldre con crema de la ciudad. ¿Ha comido usted algo así?

—La verdad es que no.

—Pues tendrá que probarlo.

El señor Grönewald puso uno en su plato y miró alrededor en la amplia habitación. El televisor puesto enfrente, en la biblioteca, mostraba imágenes de los altercados de la tarde y de la noche anteriores.

—¿Mira usted los libros? Mi marido era ilustrador. Ilustró gran cantidad de libros. Debería hacer una selección, pero no me animo.

El señor Grönewald levantó con el tenedor la cubierta del pastel de hojaldre. Miró de reojo la pantalla del televisor, que seguía encendido. La cámara daba vueltas alrededor de un vehículo incendiado, el programa ofrecía una breve entrevista con el jefe de policía y mostraba luego a un manifestante tumbado en el suelo, con la cabeza ensangrentada. El azúcar glas que cubría el hojaldre cayó sobre la alfombra.

—¡Lo siento! ¡Ay, que torpe que soy!

Magda apagó el televisor y sirvió el té. Mientras ponía la tetera sobre la mesa, sonrió al señor Grönewald mirando de soslayo hacia arriba. El mentón

se encogió un poco bajo los labios, una simpática pelusa de color negro apareció bajo la nariz.

«Un ratoncito—pensó el señor Grönewald—, un viejo e inteligente ratoncito».

Magda cogió un libro de la estantería.

—¡Mire usted esto!

En la imagen, una figura oscura avanzaba envuelta en una amplia capa en medio de una nevada y bajo la luz tenue y amarillenta de una lámpara de gas. El viento empujaba los copos hacia su rostro. ¿Era un pobre diablo o un contrabandista de secretos? ¿Qué miedo, intrepidez, esperanza o desesperanza lo impulsaba a recorrer la oscura noche invernal bajo la nieve y con un viento cortante en vez de recogerse cerca de una estufa o de una chimenea?

—Es una obra de mi marido.

Dentro del libro estaba, en efecto, el nombre de Béla Szigeti, el mismo que figuraba en la tumba junto a la cual aquella mujer bajita, ágil y canosa se había dirigido a un extraño. El señor Grönewald formuló algunas preguntas y no tardó en hallarse en medio de la vida de otra persona. Se enteró de que el padre de Magda había sido antaño el médico de dos grandes terratenientes, el obispo de Kalocsa y el hacendado Rosenberg. Recibía la paga no en *pengő*, sino en especie. Así pues, en la casa del médico judío se mataba el cerdo cada año en diciembre. El padre de Magda invitaba a sus amigos para la ocasión. Una vez, un colega médico le avisó por teléfono que no podía acudir a la matanza porque había recibido visita de Budapest. Pues que venga también la visita, fue la respuesta, donde cenan tantos, también puede cenar uno más. Y ese invitado adicional de Budapest se convirtió en el marido de Magda. Tardaron escasos minutos en entablar una animada conversación. Y ese invierno cayó tanta nieve que los trenes no circularon durante semanas. Lo cual significó la perdición para el invitado de Budapest. ¡Ay, lo mucho que Magda se rio de él!

—Rico el pastel de hojaldre, ¿no?

—Muy rico, muchas gracias.

Magda tenía trece años menos que su marido. Cuando se quedó embarazada, le dijeron que tendría mellizos. Pero ella estaba tan delgada y tenía una barriga tan pequeña que le dijo a su marido:

—¡Mira esto! Aquí no hay dos niños.

—Pues no—le respondió su marido—, ¿sabes lo grande que será mi hijo?

De manera que cuando Magda, como todo el mundo en aquella época, parió en casa y nacieron las mellizas y a él le avisaron que tenía dos hijas, se limitó a decir:

—Lo sabía.

Eran diminutas. Dos gatitas. Y también bastante problemáticas, pues padecían una grave anemia. El padre de Magda no dejó que se las llevaran a Budapest. Dijo que con él estarían bien y que Magda y su marido podían regresar tranquilamente a su casa. Las niñas y los abuelos fueron introducidos luego en un vagón de transporte de ganado en Bácsalmás y deportados. Y Magda iba contando y contando la historia de su vida. Mostraba fotografías, así como libros ilustrados por su marido. El señor Grönewald se distraía a veces. De la taza de porcelana verde con motivos florales sorbía el té que se iba enfriando. Se mencionó también a un hijo varón nacido después de la guerra, así como a una prima y la casa del padre, que les fue expropiada, pero todo eso flotaba en una lejanía cada vez más narcotizante, cual si fuese una nebulosa alucinación, y, a decir verdad, el señor Grönewald se habría adormilado si Magda no lo hubiera despertado de su aturdimiento.

—No sé por qué le he explicado tantas cosas. No quiero aburrirlo con mis historias. Preferiría escucharlo a usted. Saber qué lo ha traído a Budapest. ¿Puedo servirle más té?

Mientras el té caliente iba llenando la taza, el señor Grönewald se recompuso un poco. Contó la historia de Ervin, prescindiendo de numerosos detalles: explicó que buscaba a la madre de Ervin, que sabía su nombre e incluso cuándo había fallecido, sabía también que había vivido allí, en ese barrio, pero que a él esos datos le resultaban escasos, quería conocer toda su historia y no sabía cómo avanzar. A todo esto, terminó de beber la segunda taza, lo cual le permitió despertarse definitivamente. Le gustó, aunque no acostumbraba tomar té. Teresa y él preferían el café, bebían un café largo con leche a la manera alemana, aunque por lo visto los gustos cambiaban con el paso de los años; quizá no mucho, ya se vería con el tiempo. Lo cierto era, de todos modos, que sentado junto a esa señora gris parecida a un ratoncito, en ese agradable y profundo sillón, el té le sabía de maravilla.

Magda le prometió averiguar lo que pudiera sobre Anna Stiller. Tenía unas amigas, dijo riendo, que habían montado allí en Újlipótváros todo un servicio

secreto, se enteraban de todo y lo registraban todo. Lo que ellas no sabían, jamás había existido. Quedaba un trozo de pastel, que puso en el plato del señor Grönewald, y éste se lo comió muy a gusto. Esa mujercita semejante a un ratón lo animaba y lo regocijaba. Hacía tiempo que no sentía algo así en compañía de otra persona. Le habría gustado quedarse, pero su visita había superado hacía rato ya los límites de la cortesía. Cuando salió del edificio, la cadera comenzó a dolerle al cabo de pocos pasos, de forma tan intensa como nunca antes. A partir de entonces, el dolor no cesó ni un instante, sólo se atenuaba de vez en cuando, pero jamás olvidaba dar señales de vida.

El señor Grönewald regresó a Suecia. No tuvo que esperar mucho. Sólo había pasado un mes desde su paso por Budapest cuando Magda lo llamó. Estaba en Estocolmo, en casa de ese húngaro al que había conocido hacía unos años. Un encuentro tardío con el que no había contado. Sugirió que se vieran en una pastelería. Dio el lugar y la hora. Magda llevaba un pañuelo de seda de colores y zapatos de tacón alto. A su espalda colgaba un enorme espejo con el marco dorado. De vez en cuando, el señor Grönewald echaba un vistazo a su espalda, a sus hombros, a su nuca, a ese cuerpo viejo y delgado que visto por atrás sólo casualmente pertenecía a la voz que escuchaba. Ante un pastel y un café, porque habían optado por café a propuesta del señor Grönewald, Magda contó que Anna Stiller había sido comunista, pero no sólo formalmente, sino metida hasta el cuello en el Partido, entusiástica seguidora de Rákosi y de Stalin. Había muchas razones para temerla. Luego se le perdió el rastro después de 1956. Nadie supo qué hacía. Cuando reapareció, hablaba de manera confusa. Entonces la temieron más aún si cabía. En efecto, tenía un hijo, al que sin embargo todos olvidaron, nadie preguntó qué se había hecho de él. Según recordaban las amigas de Magda, Anna Stiller fue tratada en 1958 o en 1959 en el psiquiátrico de Lipótmező. Si el señor Grönewald deseaba saber algo más sobre ella, le recomendaba escribir a la siguiente dirección. Y le entregó entonces las señas de la doctora Bíró. Le recomendó que no tardara en ponerse en contacto con ella, aunque la doctora Bíró dispondría ahora de más tiempo ya que estaban a punto de clausurar el centro psiquiátrico de Lipótmező, donde trabajaba. En Hungría se había decretado que todo el mundo era normal. Si hasta entonces ese tipo de personas podían tener motivos para abrigar ideas confusas o delirantes, ahora quedaba garantizado que esos motivos dejarían de existir.

—Por otra parte le diré, y por favor no se ofenda, que los pasteles son más ricos en Budapest.

—No me ofendo en absoluto, Magda. Pero, créame, Estocolmo también tiene sus ventajas.

### **3. LAS INTENCIONES DE LA MÁQUINA**

La doctora Bíró había celebrado no hacía mucho su cuadragésimo cumpleaños. ¿Celebrado? Según costumbre de ella y de sus amigas, empleadas todas en el centro, la festejada invitaba a las otras a cenar, les cocinaba algo sabroso y luego se quedaban charlando hasta el amanecer. Todas se aferraban a esos encuentros. Lo cierto es que tenían de qué hablar. Una de ellas criaba sola a su hijo enfermo, cuidaba, además, a su madre y a cambio de haber recibido tal abundancia de problemas y sinsabores esperaba que los demás, sobre todo las amigas, escucharan a diario las interminables y lúgubres sonatas de violonchelo de sus quejas. Y eso no era todo. En el centro siempre encontraba a alguien dispuesto a asumir su trabajo y, sin embargo, procuraba que todo el mundo se compadeciera de ella por ser tan, tan desdichada. La otra amiga de la doctora Bíró era una eterna niña a punto de cumplir los cincuenta años que acaparaba caricias y abrazos. Su atención estaba completamente absorbida por sus propios sentimientos, todos en verdad muy complicados, que además cambiaban de hora en hora porque llevaba años sin poder decidir entre su segundo marido y un inglés que residía en Budapest, aunque, si quería ser muy sincera, y a veces lo quería, había de admitir que ambos la aburrían y si hubiera sido capaz de tomar una determinación los habría dejado plantados a los dos. Salir volando de su vida cual multicolor mariposa, ése era su verdadero deseo. En cuanto a la tercera amiga, todo estaba en regla; y si no, era capaz de ocultar con habilidad sus preocupaciones. Hablaba poco, sabía escuchar y rebosaba de energía. Creían las demás que nunca se equivocaba en la vida, que en su caso las cosas siempre de alguna manera se recomponían. Emanaba calma y buen humor.

Pese a ello, en esta ocasión se mostraba amargada como las demás, sentada a la mesa puesta en la cocina de la doctora Bíró. Se preguntaban qué ocurriría. No cabía la menor duda de que el centro acabaría clausurado. Brandel, el director y médico jefe, pidió a los trabajadores que no tomaran todavía ninguna decisión personal hasta que se aclararan las circunstancias del cierre y del traslado de las diferentes secciones, pero daba a entender al mismo tiempo que ya no confiaba en una solución. Y eso que precisamente él había levantado los ánimos hasta entonces. Hablaba con todos los políticos a los que podía contactar. Y todos lo tranquilizaban. Le decían que no se preocupara, le aseguraban que era imposible que le pusieran el candado a las puertas del centro psiquiátrico más importante del país. Se hablaba de su significado simbólico y se utilizaban otras frases de ese tipo. Brandel dedujo de ello que el problema era grave. Y cuando le comunicaron en confianza que el ministro ni siquiera consideraba impensable una ampliación del centro dentro del marco del replanteamiento de los objetivos nacionales, reunió al día siguiente al núcleo directivo de la institución y declaró que ya nada ni nadie podría salvar el centro.

Entre las amigas, la que no era capaz de decidirse entre su marido y el inglés, la que acaparaba abrazos y caricias, la niña a punto de cumplir los cincuenta años, declaró con histérica determinación que estaba harta, que ella y su hijo emigrarían a Inglaterra, que hablaba bien el idioma, buscaría un empleo y si no encontraba otra cosa se colocaría como dependienta en una tienda, que lo demás ya se arreglaría por sí solo con el tiempo. La que criaba sola a su hijo enfermo y cuidaba a su madre veía ya el golpe de gracia del destino y, como si el objeto de las gestiones ministeriales hubiera consistido única y exclusivamente en arruinarla y amargarle la vida a ella, exigía la compasión sin reservas de las demás, las cuales de alguna manera se las arreglarían, mientras que a ella, a sus cincuenta y cinco años de edad, nadie la necesitaría. La tercera, en cuyo caso siempre todo estaba en regla y, si no, sabía ocultar con habilidad sus preocupaciones, procuró mantener la calma también en esta ocasión. Dijo que no quería abandonar a sus pacientes, que no descansaría hasta encontrar un sitio para cada uno de ellos y que ella, por su parte, trataría de colocarse en una clínica privada, aunque, si dependiera de su marido, levantarían su tienda al día siguiente y se marcharían a Noruega, donde la vida era más tranquila.

Estudiaron a fondo las posibilidades. Entretanto, se fueron vaciando las tazas de café y sólo quedó un trozo de pastel en la bandeja. Ninguna se atrevía a cogerlo. Al final se rieron y acabaron coincidiendo en que, con todo, quien más fácil lo tenía de las cuatro era la doctora Bíró. Ella al menos no tenía a nadie. Por lo que sabían. A nadie serio.

Nadie serio, nada serio. La doctora Bíró pasó años con un hombre casado. Vivió horas felices con él, pero en ningún momento pudo confiar en que el hombre dejara a su familia por ella. Se encontraban siempre en casa de la doctora Bíró. No podían mostrarse juntos en la calle, no podían ir juntos a ninguna parte. Él pasaba con su familia los fines de semana, incluso aquellos en los que a la doctora Bíró no le tocaba trabajar. En esos días, se cernía sobre ella una espesa oscuridad, cargada de pensamientos negativos. Para colmo de males, en un momento dado de su relación, el hombre se volvió indiferente, de pronto todo se congeló, una gélida distancia los separaba. Está tratando de salvar su pellejo, pensó la doctora Bíró, así las horas que pasamos juntos no tendrán consecuencias para él. O tal vez se había presentado de entrada con esa frialdad, había traído consigo ese yo con el que la doctora Bíró nada tenía que ver. ¿Qué la ataba a él a pesar de todo? ¿Por qué sin él no podía siquiera respirar? Resultaba difícil comprender que el hombre quisiera a su mujer y a sus dos hijas, que se sintiera a gusto con la vida que llevaba. Resultaba difícil no acusarlo, no pedirle explicaciones por aferrarse a ciertos puntos que juzgaba seguros. ¿Saltar a la oscuridad, separarse del suelo, dejarse llevar por el remolino, por fuerzas más poderosas que la voluntad y el cálculo, por la locura al fin y al cabo, que ofusca y enceguece? No, realmente no podía esperar eso de él, ni lo deseaba para ella misma. El resultado del gran salto sólo podía ser que todos acabaran rompiéndose. Por no hablar de los sacrificios colaterales. Accidente múltiple. Sin embargo, por mucha comprensión que abrigara, ¿cómo podía interpretar sino como un permanente fracaso el hecho de que el hombre fuese capaz de vivir sin ella, pero ella no sin él? Trató de buscar toda suerte de soluciones. Según su análisis, el hombre se anulaba a sí mismo continuamente, hacía suyos por completo los papeles y las expectativas de los otros. No era más que un espejo. En un dos por tres se convertía en aquel que los otros proyectaban en él. Sin esfuerzo alguno, hacía funcionar a gusto de los demás las máscaras que creía propias y situaba esa mascarada también en el plano del cuerpo. Y eso era lo sorprendente. Porque,

a pesar de todo, su cuerpo quería ser libre, sentirse libre de inhibiciones. De ello estaba segura la doctora Bíró, que en vano deseaba que apareciera el hombre oculto detrás de las máscaras, porque al fin y al cabo era incapaz de hacerlo, ni siquiera de relajar a la larga el control externo que se había instalado en su interior. Cuando estaban juntos, a menudo tenía la sensación, en medio de grandes anhelos, de que el hombre en realidad sólo estaba presente por unos instantes, a lo sumo por unos minutos, aunque entonces vivía con él un estado de felicidad espontáneo, natural y evidente, el estado que siempre había soñado.

En muchos momentos, la doctora Bíró se acercaba a la verdad, aunque habría preferido mantener los ojos cerrados. El hombre callaba, pues sabía callar tremendamente. Callar con tristeza, callar oscuramente como una vieja y oxidada cerradura y así, con el silencio, atrapaba mejor aún a la doctora Bíró, deseosa de saber qué había detrás de tal silencio. ¿Escondía un desierto interior o una cámara de tortura o un mar de lágrimas o una cámara del tesoro, una riqueza tal que hasta quemaba las palabras? Lo cierto es que, con todo, tras el silencio normalmente no existe nada, sólo el vacío, sólo eso: silencio. La doctora Bíró comprendió finalmente que no quería que la tragara de manera definitiva el remolino de los anhelos y de las decepciones puestos en el hombre, que había de apartarlo, sustituirlo por otra cosa, ocupar la mente con otra cosa. Cuando sus pensamientos no tenían de qué alegrarse, enseguida se ponía a devanarse los sesos en torno a su relación, a las humillaciones que sufría por parte del hombre sin que ella tomara particular conciencia, y volvía a convertirse entonces en su prisionera, continuaba el trabajo ignominioso de la autodestrucción.

La doctora Bíró era tal vez la única a la que no le venían del todo mal las turbulencias en torno del centro psiquiátrico. De todos modos, formaba parte del grupo de médicos más concienzudos de la institución; parecía que sus pacientes ocupaban plenamente sus pensamientos y apenas podía prestar, por tanto, atención a nada más. Para sorpresa de algunos, sin embargo, ahora era la que pedía e incluso exigía de manera insistente que Brandel compartiera con ella los pequeños detalles de la partida de ajedrez que en un principio parecía carente de esperanzas y la iniciara en la estrategia de defensa.

La defensa resultaba difícil porque hasta el último momento los planes de cierre carecían de un responsable. Todo es un invento de la prensa opositora,

decían. Y ya se sabe cómo las gasta la prensa. El gobierno no tiene planes en este sentido, decían, y menos aún se ha tomado una decisión. Puede que exista una propuesta en el ministerio, un informe técnico que plantee el cierre del centro psiquiátrico como posibilidad, pero discutir esa propuesta que en absoluto puede denominarse un informe definitivo, esto es, discutir ese informe no figura en el orden del día del gobierno.

—Y que no figure en su orden del día quiere decir también que tampoco lo descarta, ¿no es así?

—Formalmente es así, claro, pero lo que no está sobre la mesa del gobierno no existe en la práctica, o sea, que no hay que ocuparse del asunto como si fuese una propuesta rechazada, porque cuando el gobierno rechaza algo ya es política, o sea, cosa seria, pero no lo es aún si sólo es asunto de unos pocos que se lo quieren encajar a un ministerio, entonces solamente responde al interés de algún lobby, que se puede recurrir, que se puede atacar, que se puede obstaculizar.

—¿Y a quién puede interesarle el cierre del Centro Psiquiátrico y Neurológico?

—A nadie, por supuesto. ¿Quién estará tan loco como para querer una cosa así? Con perdón. Sólo en términos muy generales es verdad que ese tipo de informes suelen esconder ciertos intereses muy concretos. Pero en este caso no existe ningún tipo de interés detrás. Sobre todo ninguna especulación urbanística. No hay nada que temer. Y eso que entre nosotros no tendría ningún sentido negar que, precisamente, la psiquiatría farmacológica está al servicio de intereses muy evidentes. Pero dejémoslo por ahora. Me dan escalofríos cada vez que oigo hablar de la industria farmacéutica o de la mafia de los psiquiatras.

La doctora Bíró iba a ver a Brandel casi todos los días, por las noches hablaban largamente por teléfono, ella escuchaba sus crónicas bélicas de una guerra que quizá ni siquiera había estallado, aunque lo más probable era que ya se hubiera perdido, sus informes sobre los sucesos en un frente incierto y a menudo totalmente invisible sobre el que incluso en momentos en que el retumbo de las armas se oía con claridad no podía saberse por dónde discurría en realidad ni quiénes se habían metido en las trincheras a un lado y al otro. En consecuencia, Brandel nunca sabía con quién había de aliarse como tampoco qué significaban las palabras y las noticias que le llegaban. Dicho

con suavidad, tampoco lo tranquilizaba que otras personas (aparentemente más cercanas a los puestos en que sin duda ya se había tomado o estaba a punto de tomarse la decisión) proyectaran de buena o mala fe conjeturas, esperanzas y ambiciones sobre unos acontecimientos que en realidad difícilmente podían denominarse acontecimientos. Y sus sensaciones no lo engañaban, puesto que precisamente la ausencia de acontecimientos propició que un buen día el centro acabara clausurado. Hasta llegar a ese punto, Brandel enflaqueció, estuvo a punto de sufrir una úlcera de estómago y una depresión nerviosa, y como otros colegas de la institución que trataban de seguir y de comprender los llamados hechos terminó tan agotado que, habiendo renunciado ya a toda esperanza, recibió con alivio la noticia del cierre del hospital.

La doctora Bíró le estaba agradecida a Brandel, porque confiaba en ella a pesar de que antes no habían estado siempre de acuerdo en muchas cosas. El auricular casi se fundía con su oreja, le sudaba la palma de la mano que lo aferraba, pero no podía ayudarlo, y como no sucedía nada, ellos tampoco podían hacer más que el resto de los implicados, esto es, enredarse en el muy probable desenlace de un proceso invisible, pero tanto más imparable. Aguardaban, mientras iban tejiendo día tras día la red de sospechas, malos augurios, esperanzas y desesperanzas, mientras iban apretando más y más, día tras día, las cuerdas del absurdo que los tenían atados y que, además de dejarlos sin aliento, los amarraban a una realidad irracional y aparentemente única.

Era precisamente esto lo que la doctora Bíró necesitaba. La locura sólo podía ser vencida por otra locura, una fuerza mayor sólo por otra fuerza mayor. Tomó conciencia de que, mientras el centro presentaba un aspecto cada vez más lamentable, ella se aferraba con tanto más ahínco a cada rincón destrozado, a cada trozo de pared desconchado, a cada manilla rota, a cada puerta de dos hojas desvencijada; se sentía cada vez mejor en esos pasillos condenados a muerte o afuera, en el jardín, o bajo el rosetón con una estrella de seis puntas en la capilla entre dos franjas de luz paralelas que penetraban desde atrás; sólo la molestaba que intentaran en vano proteger a los enfermos ante la sentencia, nadie sabía decir qué pasaría con ellos, y ellos lógicamente se fueron enterando de las noticias, de manera que en las últimas semanas el estado de todos ellos empeoró considerablemente.

En esas semanas le llegó la carta del señor Grönewald. La misiva

explicaba con detalle por qué motivo se ponía en contacto con ella y le pedía que averiguara si Anna Stiller había sido tratada en el centro después de 1956 o en el curso de los años sesenta. Desde luego, la doctora Bíró tenía que atender por esas fechas a asuntos mucho más preocupantes que esa petición. Si la habían tratado, a buen seguro quedaba algún rastro en el archivo de las historias clínicas, pero los empleados del centro sólo podían solicitar esas historias para sus investigaciones o en relación con un tratamiento concreto.

Dos semanas después la llamó Magda Szigeti, quien simplificando la complejísima relación de parentesco se consideraba su tía, y con esa voz de tía que hacía desfilan al mismo tiempo los imperativos de la madre y de la hermana y, remitiéndose al respeto que merecían los más destacados difuntos de la familia, venció cualquier tipo de resistencia antes de que la doctora Bíró llegara a calibrar siquiera las diversas variantes de la defensa y de la huida.

—Querida, sé que se os acumulan los problemas, sé que tienes muchísimo trabajo, pero hazme el favor de resolverme esto. Aunque no sea por mí, sino por la memoria de tu difunto padre. Tú sabes cómo lo quería yo.

La doctora Bíró lo sabía, por supuesto, y de hecho sólo necesitó una llamada telefónica para conseguir la historia clínica de la madre de Ervin guardada en el archivo. La fotocopió y la envió por correo al señor Grönewald, aunque lógicamente se quedó con una copia. Unas semanas más tarde, cuando se clausuró la institución y la parte más significativa del archivo se esparció por todas partes, ella se quedó con algunos expedientes originales, entre ellos también el que contenía la historia de la madre de Ervin.

Anna Stiller había sido derivada por primera vez en 1961 al Centro Psiquiátrico y Neurológico Nacional y estuvo cuatro veces más en tratamiento hasta 1964. Por los documentos se supo también que antes, en 1958, ya la habían tratado en la sección cerrada de psiquiatría, porque los «acontecimientos de 1956 la habían afectado», aunque la documentación sobre la terapia entonces aplicada no apareció. Igual que en las ocasiones siguientes, en 1961 fue trasladada desde su vivienda al centro, porque desde el otro lado de la calle en que vivía unos jóvenes la importunaban con gritos ofensivos de contenido político. Durante mucho tiempo, ella aguantó en silencio las provocaciones. Cerró la ventana, pero entonces los gritos se volvieron más fuertes. La acusaban de no confiar en la legalidad de las actuaciones de las autoridades. Ella, sin embargo, estaba convencida de que las autoridades no

buscaban expresamente el delito en la población, sino que el delito las atraía, por lo que se veían obligadas a enviar a los policías. No obstante, quienes llevaban semanas gritándole desde allá abajo no eran policías representantes de las autoridades, sino los que manejaban la Máquina. Y no sólo se habían instalado en el edificio de enfrente, sino también en el piso de arriba, desde donde se escuchaban, todas las noches, terribles golpes y porrazos y ruido de tacones en el techo. Había observado, además, que quienes gritaban se iban turnando, regresaban al sexto día, a buen seguro con el fin de dificultar su identificación. No era de extrañar, por tanto, que un día perdiese la paciencia. Les devolvió los gritos, cosa esta que no debería haber hecho, y en su rabia incluso arrojó una botella hacia los jóvenes. Lo cierto es que dio en un peatón que para su desgracia pasaba casualmente por ahí. La botella no lo alcanzó de lleno, pero el joven avisó al conserje, el cual llamó a la policía en cumplimiento de su obligación como ciudadano.

Tras su ingreso, Anna Stiller manifestó su indignación, pero no se mostró dispuesta a revelar la identidad de esos jóvenes que la provocaban. Según el expediente, la enferma «ha rechazado cortésmente las acusaciones relacionadas con los antecedentes de su internamiento. Según ella, o bien se le creerá lo que diga, en cuyo caso se trataría de un asunto policial—y ella no quiere perjudicar a nadie—o no se creerá lo que diga y se considerará una fantasía y entonces la tratarán con electrochoques. Por eso juzga más prudente callar».

Tras la clausura del centro, un cansancio infinito se apoderó de la doctora Bíró. Esperaba de sí misma luchar por sus pacientes y durante dos días no hizo más que telefonar y realizar gestiones para colocarlos, pero no recibió más que vagas promesas. Oficialmente se le transmitió que el cambio de los métodos terapéuticos no afectaría de forma negativa a los enfermos. Quien no precisaba de una atención hospitalaria regular sería tratado de manera ambulatoria; el ministerio se ocuparía de manera competente de todos aquellos que necesitaran una atención regular. Como esto no era responsabilidad de los médicos que los habían tratado hasta entonces, le recomendaron mantenerse al margen de los procedimientos, ya que el período de transición suponía una carga para todos, en particular para los enfermos, los cuales se sentirían aún más confusos por la presencia de sus anteriores médicos. A cambio, le garantizaban que la mantendrían informada sobre la situación de sus pacientes,

para lo cual le pedían un poco de paciencia.

En vano suplicó la doctora Bíró, en vano trató de explicar que el centro no era un hospital como cualquier otro, ni un taller mecánico donde se reparaban o se cambiaban las piezas averiadas, a ver si entienden ustedes, decía, el centro era una pequeña ciudad en la que vivían personas, y ahora esa pequeña ciudad ha sido borrada del mapa. Allí conseguían también trabajo como jardineros o lavanderas, o en otras ocupaciones, enfermos que habían pasado por el centro y que ya no precisaban de una terapia regular, pero eran incapaces de valerse autónomamente; despojarlos ahora de ese marco apropiado para su vida significaba matarlos. Estaba desesperada. Le rogaron que no exagerara. Ella no exageraba, dijo. Además, ¿quién decidía qué era exageración y qué no? Gritaba. Después de la enésima llamada telefónica, la negativa fue mucho más rotunda. Le hablaban como si fuese ella la que había de ingresar urgentemente en algún centro. Los antiguos colegas y las amigas de la doctora Bíró también decían que no podían hacer más que esperar.

Desde que empezaron los rumores en torno al cierre del centro, no habían hecho más que esperar. La que criaba sola a su hijo y cuidaba de su madre y consideraba una injusticia que clamaba al cielo cuanto el destino le había deparado inundaba ahora de quejas a la doctora Bíró, de tal manera que las incesantes lamentaciones de los años anteriores parecían suaves y humildes solos de flauta. La niña de cincuenta años que acaparaba abrazos y caricias había cortado con el inglés por las mismas fechas en que se clausuraba el centro o al menos pensaba que lo ocurrido bien podía considerarse una ruptura. Al día siguiente, sin embargo, ya empezó a echar de menos las llamadas, los mensajes y la conciencia de que alguien pensaba en ella continuamente. Por la sensación de ausencia se tornó más irritable, y las consecuencias las pagaron no sólo su marido, sino también su hijo. La tercera amiga tomó la situación con serenidad y dio con su esposo los primeros pasos para emigrar.

La doctora Bíró pasó días sin salir de casa, a lo sumo bajaba hasta la tienda de la esquina y por el momento ni se le pasaba por la cabeza comenzar a buscar un empleo en una clínica privada, cosa que no prometía ser fácil. Se quedaba el día entero sentada en su sillón preferido, leyendo a la luz amarillenta de la lámpara de pie la historia clínica de Anna Stiller, que le interesaba cada vez más. Diez días llevaba esperando respuesta la carta del

señor Grönewald en la que daba las gracias por el envío de las fotocopias del expediente y pedía al mismo tiempo ayuda para entender algunos detalles que le resultaban nebulosos de la historia clínica de Anna Stiller.

En su respuesta, la doctora Bíró procuró dar con un tono distante, analítico. Explicó que quienes sufrían de ideas delirantes parecidas siempre atribuían al poder que los dirigía el nivel tecnológico más avanzado del momento e incluso una capacidad técnica superior. Había que imaginar la Máquina de Anna Stiller instalada en un piso de la casa de enfrente como un ordenador de la primera época, poseedor de una inteligencia autónoma, capaz de sortear su voluntad personal y de entrar en contacto con su cerebro y con su organismo. Como ella se sentía en una desventaja tecnológica insuperable frente a la Máquina, su incapacidad para recuperar el control sobre su cuerpo y sus pensamientos le suponía un esfuerzo psíquico enorme, pero no podía contar con la ayuda de otros. La Máquina influía en su digestión, a veces provocaba que comenzara a sudar intensamente o que tuviera que orinar de inmediato, y ella olvidaba también muchas cosas a cuyo recuerdo se aferraba. A cambio, reaparecían en su interior de forma obsesiva situaciones desagradables de antaño y también más recientes. Por ejemplo, el momento en que en la escuela primaria sintió un deseo irresistible de tocarle a Gyöngyi Tárnok, su compañera de pupitre, los pechos que se le habían abombado prematuramente y también el instante en que, en la primavera de 1952, o sea, cuando ya era adulta, vio delante de una verdulería de la calle Majakovszkij a Gyöngyi Tárnok, indescriptiblemente bella, y la saludó, pero ella devolvió las manzanas que tenía en la mano con un rápido gesto a la caja, cruzó las solapas de su abrigo y se marchó a toda prisa.

La Máquina funcionaba desde 1956, pero conseguía afectar incluso a recuerdos anteriores. Y no sólo a la memoria. Le daba órdenes, la dormía y se apoderaba también de sus sueños. Disponía de una memoria propia, y por orden de la Máquina reconocía a personas que nunca había visto y hasta recordaba manifestaciones anteriores de esa gente que jamás había oído. Anna Stiller no declaró nada respecto a su papel en el funcionamiento de la Máquina o en los ensayos que con ésta se realizaran. «Esto—dijo—no debería ocurrir. No debería permitirse que la utilizara cualquiera, sólo las autoridades deberían ocuparse de algo así». Ante las insistentes preguntas sólo reveló que se trataba de un servicio de espionaje que la atacaba porque ella seguía fiel a

sus principios comunistas.

La doctora Bíró veía a Anna Stiller como una persona que vivió con una intensidad extraordinaria las contradicciones de su época, las cuales se le representaban en forma de delirios. La madre de Ervin, sin embargo, estaba convencida de ser víctima de una conspiración. Las autoridades sabían que se estaban produciendo actividades delictivas contrarias a los intereses del Estado en su zona y aun así no actuaban para impedir las, es más, negaban su existencia y en vez de ocuparse del asunto conforme a su importancia política ponían en duda las facultades mentales de la informante. La policía no se ocupaba del asunto y la derivaba a ella en un centro psiquiátrico. Gracias al tratamiento consiguió, al menos provisionalmente, librarse del acoso diario, pero a cambio tuvo que conformarse con que se atribuyera el funcionamiento de la Máquina no a intenciones políticas externas, sino a sus delirios. A las preguntas de los médicos respondía que vivía sola y que llevaba años sin ver a su marido. Se había criado en un pueblo, en una familia judía, con muchos hermanos y hermanastros de los cuales pocos habían quedado con vida, pero no mantenía el contacto con los supervivientes. Como la situación económica de la familia era precaria, no tuvo la posibilidad de cursar estudios superiores. Acabó la escuela secundaria politécnica y trabajó hasta 1957 en el campo de la técnica en Budapest. Entonces, afirmó, la despidieron por el papel que desempeñó en la revolución. A partir de ese momento ya no pudo encontrar empleo; y si conseguía uno, al cabo de uno o dos días la echaban sin darle explicación alguna. «Usted no puede imaginar—dijo a la doctora que la trataba—lo que significa vivir durante años con esa etiqueta». La historia clínica no ofrecía más datos sobre su juventud, los años de la guerra, su familia, su matrimonio, su marido y las causas de su separación.

En la cabecera de la historia podía leerse el siguiente diagnóstico: esquizofrenia paranoide crónica. La historia, que la doctora Bíró fue leyendo con creciente curiosidad, traía adjunto un apunte sin título del verano de 1962, en el que la madre de Ervin «consciente de sus responsabilidades penales» explicaba los antecedentes de la revolución de 1956, los días de la revolución, las medidas de represión, la historia de su persecución, el funcionamiento de la Máquina y las actividades de otras fuerzas. Las líneas escritas con tinta azul llenaban con una letra impetuosa y a veces insegura las hojas de color beis con algunas manchas oscuras. La mano que las escribió

apenas dejó márgenes, el texto salía de ella sin tachones ni correcciones, como si fuese el producto de un dictado. En la época de la redacción del texto, Anna Stiller no se encontraba en tratamiento hospitalario. En la historia clínica, los psiquiatras no mencionaban esa confesión, de modo que la doctora Bíró no podía saber cómo había ido a parar a manos de los médicos ni qué opinaban al respecto.

Lo primero que hizo la doctora Bíró fue hojear el texto, se convenció de que era fácil de deletrear, se detuvo más tiempo en este o en aquel pasaje y sólo luego empezó a leerlo desde el comienzo. «En 1956—leyó—no participé en nada durante los combates. Vivía entonces en el número veinte de la calle Hegedűs Gyula [...] Hacia las once de la noche llegaron dos camiones procedentes del distrito V, llenos de jóvenes. Se detuvieron en la esquina de la calle Hegedűs Gyula con el bulevar y empezaron a gritar invitando a los transeúntes a dirigirse al edificio de la radio, porque la policía secreta estaba matando allí a la gente. Nadie reaccionó, todo el mundo se comportó tranquilamente. Poco después, el griterío de un grupo de cien a ciento cincuenta personas inundó el bulevar: “¡Rusos fuera!”. Yo entendí: “¡Béla Kun fuera!”. Pregunté incluso a quienes me rodeaban: “¿Éstos qué gritan?”. Y me explicaron lo que estaban gritando. Nadie se unió a ellos. Alguien comentó que el país estaba en manos de los judíos. Me quedé toda la noche en la calle, observando los acontecimientos, pero no participé en nada». A todo esto, Anna Stiller añadía entre paréntesis que ciertas personas la turbaban continuamente, de manera que no escribía a partir de su propia memoria lo que estaba apuntando. Ese añadido entre paréntesis era la única frase cuya autoría consideraba suya, pero aun así asumía la responsabilidad penal por el contenido general del texto. La autoridad cuya atención demandaba la madre de Ervin podía ser la policía, el Ministerio del Interior, la embajada soviética, el comandante de las tropas soviéticas acuarteladas en Budapest, los servicios de contraespionaje, la dirección del Partido, o todos ellos juntos.

La confesión comenzaba con el relato de algo ocurrido en 1955. «En 1955 sacaba a pasear a mi perro todos los días. Íbamos hasta la calle Alkotmány. En una ocasión, un camión atropelló al perro de uno de los empleados de la embajada de Estados Unidos. El nombre del perro era *Yes*». En el manuscrito, el nombre siempre aparecía subrayado. «Toqué el timbre en el edificio en el que residían los empleados de la embajada y expliqué lo que le había ocurrido

a *Yes*. Pedí al portero que llamara al dueño del perro, a lo cual accedió, y entonces le reproché que siempre dejaran a *Yes* vagar por ahí a su antojo y le dije que por eso lo atropellaron. El hombre me respondió que pronto regresaría a su país y quería llevarse consigo a *Yes*. Pidió al portero que lo metiera rápidamente en el coche, porque quería llevarlo al veterinario. Le dije entonces que yo también quería ir, pues deseaba saber si *Yes* sobreviviría o no. Nos sentamos en el coche. ¡El veterinario constató que *Yesya* había muerto! Unas semanas después, uno de los empleados de la embajada, que tenía un pastor alemán, salió del edificio y soltó a su perro. Yo le lancé una mirada de reproche, tras lo cual, en la siguiente ocasión, se plantó ante mí con el perro sujeto con una correa y me miró como preguntando si era correcto así o quizá tan sólo miró como miran los hombres a las mujeres. Una noche paseaba a mi perro por la ribera del Danubio, cuando de pronto apareció uno de los empleados de la embajada de Estados Unidos, se agachó ante mí y me hizo unas señas como quien quiere saber si estaba dispuesta a mantener relaciones sexuales con él. Yo me asusté y me marché sin decir palabra».

La madre de Ervin o, más bien, quien en su lugar recordaba los hechos y dirigía sus pensamientos relataba justo después de este pasaje cómo había vivido los días de la revolución. En varias ocasiones ofreció su ayuda a la dirección del Partido y a la policía, y cuando se acusaba a los soldados soviéticos, ella comprobaba con sus propios ojos que no eran los soviéticos quienes disparaban contra las casas, quienes allanaban las tiendas para llevarse los abrigos de piel, quienes se llevaban los coches de bomberos y quienes transmitían luego por teléfono esas calumnias a las autoridades.

Una vez concluidos los combates, en noviembre y en diciembre, se dio cuenta de que las autoridades no dominaban la situación. Por esas fechas, los estadounidenses le hicieron llegar ofertas tentadoras, que ella volvió a rechazar, pero si las acusaciones que sugería la Máquina se hubieran demostrado ciertas, ella misma habría acudido personalmente a la embajada de Estados Unidos. «Un día—escribía—me dijeron que al camarada Kádár (el nombre de Kádár estaba subrayado igual que el del perro atropellado de la embajada) no le gustaban los judíos, y que a los soviéticos tampoco les gustaban. Yo, asustada por estas afirmaciones sobre los soviéticos y sobre el camarada Kádár, me dirigí al gobierno provisional, instalado en el Liget. Les rogué que ayudaran a impedir que los judíos se marcharan del país sólo con la

ropa que llevaban puesta. ¡E incluso los amenacé diciendo que, si hacía falta, estaba dispuesta a ir a la embajada de Estados Unidos a explicarles cuanto estaba ocurriendo! No me importaba si luego me condenaban a la horca, les dije. Me preguntaron en qué podían ayudarme. Les respondí que, en la provincia, los soviéticos intervenían cuando se enteraban de que algo así estaba sucediendo. ¡Pues que hicieran lo mismo! Lamentablemente, no podía dirigirme al camarada Kádár en persona porque estaba muy atareado».

En diciembre de 1956, la madre de Ervin se quedó completamente sola. Asumió sola la lucha contra revisionistas y fascistas, porque su experiencia le demostraba que el nuevo poder no hacía nada. En la plaza Jókai, arrancó octavillas favorables a Imre Nagy y, para no sufrir daño, mintió diciendo que era para llevarlas a la plaza 7 de Noviembre. Con todo, se hizo políticamente sospechosa en su lugar de trabajo: «Cobardemente, pero de manera que pudiera escucharla, Margit Kocsis afirmó que yo era una espía. Me dirigí a la comisaría central y llorando expuse lo que sobre mí se afirmaba. Me dijeron que presentara la denuncia por escrito, ya que últimamente esto venía ocurriendo también en otras empresas. Al final me despidieron por incompatible y por no realizar bien mi trabajo. Sabían que simpatizaba con los partidarios de Rákosi y que no me resultaba indiferente cuanto había sucedido en 1956 en el país. Defendía la antigua Autoridad de Protección del Estado y nunca admití ninguna de las calumnias que se levantaban».

En este punto, la doctora Bíró interrumpió su lectura. A pesar de su formación y de su experiencia profesional, le costaba, es más, le resultaba casi imposible aceptar el punto de vista de la madre de Ervin. Sabía por los relatos de la familia que su padre había sido detenido en 1957, a los diecinueve años de edad, apaleado y llevado al borde de un trastorno nervioso, y que, cuando lo soltaron, tardó años en conseguir ser readmitido en la universidad, de modo que sólo pudo trabajar de fresador. ¿Cómo podía aceptarse internamente como racional y verdadero un punto de vista si tal aceptación suprimía, aunque fuese por una hora o por un día, la verdad única de la historia, en la que una se había criado y con la que la verdad de cualquier otra historia debía medirse? Por otra parte, ¿cómo podía la doctora Bíró sustraerse a sentir compasión por la madre de Ervin, una perdedora de la historia igual que su padre? ¿Y cómo podía negarle credibilidad al drama que había vivido y que nada podía anular? La doctora Bíró había aprendido, sin embargo, que debía afrontar

verdades tales como las que podía leer en la historia de la madre de Ervin y también todo lo que de ella se desprendía. ¿Debía entenderla? ¿Podía entenderla teniendo en cuenta el tiempo transcurrido desde entonces, el cual ya le había quitado todo sentido? Su padre habría dicho de la madre de Ervin que era una asquerosa comunista y para sus adentros habría añadido que era una asquerosa judía. Esto le habría bastado para no querer entender nada de esa historia. No obstante, era muy posible que ella eligiera ser psicóloga precisamente porque le resultaban desagradables los juicios despiadados de su padre. Además, había dejado de ser una ingenua. Sabía que las historias clínicas documentaban el encuentro entre la personalidad, la política y la psiquiatría, y que esos encuentros eran siempre desgraciados. Manifestaban las causas por las que la personalidad había de cobrar una forma política y por las que la práctica psiquiátrica se convertía a la vez en práctica política. De ahí que ella, que leía la confesión de Anna Stiller cuarenta años después de lo ocurrido, se encontrara en la misma situación que en aquel momento los psiquiatras, los profesionales de la normalidad de la época, que habían tratado a la madre de Ervin: en la personalidad de Anna Stiller también ella veía como aceptables o inaceptables ciertos contenidos políticos de la personalidad de Anna Stiller y juzgaba, por tanto, sana o enferma a la persona. Al mismo tiempo se percataba también de hasta qué punto la buena fe médica de sus colegas en aquella época dependía de su conciencia política y de la situación.

Era un callejón sin salida y por el momento no hallaba la manera de salir de él. Sólo al día siguiente retomó la doctora Bíró la lectura. Durante ese tiempo nadie la llamó por teléfono, no sabía nada nuevo sobre el destino de sus pacientes. Ella tampoco llamó a nadie, no tenía ningún sentido. Le dolió la cabeza durante toda la mañana, lo cual atribuyó a un cambio de las condiciones climáticas. Señal de que se estaba volviendo vieja, sensible a los frentes, pensó. Igual que su madre. Ahora, sin embargo, no sólo le dolía la cabeza, sino que, además, se sentía destemplada, lo cual también achacó al frente frío. De repente había bajado la temperatura. En vano subió la calefacción, su cuerpo no acababa de entrar en calor. Notaba helados los pies, las manos, incluso la nariz. Envuelta en un chal, sujetaba una taza de té. Si alguien la hubiera observado desde un escondite, la habría visto rígida largo rato, mirando al vacío. Esperaba a que sus miembros se calentaran un poco.

Sobre una mesita, a la luz de la lámpara de pie, yacía ante ella la confesión de Anna Stiller, pero tardó horas en decidirse a retomar la lectura. El ojo que observaba desde un escondite no sabría informar sobre lo que ocurrió durante ese tiempo.

Tras mencionar las intrigas en el lugar de trabajo, Anna Stiller contaba una extraña visión que no pudo haber experimentado en la realidad, puesto que los personajes del episodio o habían muerto entonces o no se encontraban en Budapest. «En noviembre de 1957 fui a la Academia de Música, donde actuaba un coro búlgaro. En el palco de la izquierda estaban sentados el camarada Ernő Gerő y su esposa. El camarada Gerő permanecía un tanto oculto; su esposa, inclinada hacia adelante. Antes de la pausa, en el momento de concluir la primera parte del concierto, el director me miró y me guiñó el ojo con una flemática sonrisa. Después de la pausa sentí un amor enorme, como si yo fuera el camarada Rákosi. Por entonces, el camarada Gerő y su esposa ya se habían marchado. Mucho más tarde me vino a la mente que aquel director del coro era László Rajk».

László Rajk había reconocido en la madre de Ervin a Rákosi y probablemente le perdonaba, aunque esa flemática sonrisa bien podía significar otra cosa. Casualmente, por el hecho de que Rajk reconoció precisamente en ella a Rákosi, la madre de Ervin se convirtió en testigo de una escena reveladora que demostraba que los hechos estaban en realidad dirigidos por el antiguo ministro del Interior, quien compartía un secreto con Rákosi, a pesar de que ante la opinión pública cada uno opinaba de manera diferente, es más, contraria. Y a Rajk se lo tenía por un criminal, mientras que Rákosi estaba rodeado de cariño. ¿Cómo surgieron las suspicacias entre ellos? En 1948, durante una cacería, al ver afligido a Rajk, Rákosi le recomendó en broma que leyera *Julio César* de Shakespeare. Mientras Julio César se dirige al foro, donde será asesinado, le dice a Bruto que no soporta a Casio, porque los hombres flacos como él son de naturaleza atormentada, no duermen por las noches y se devanan los sesos en intrigas. Él prefiere, explica, a los hombres gordos y calvos, como él mismo. Son personas alegres. Lo mismo le ocurría a Rajk, dijo. Los comunistas habían triunfado, él había sido nombrado ministro del Interior, era miembro del comité político, podía engordar por fin; pero no, seguía siendo flaco y, para colmo, siempre triste. Eso no estaba bien. Algo lo corroía. ¿Cómo podía ayudársele?

No hubo manera. Hubo que sentenciarlo a muerte y ejecutarlo. Sin embargo, transcurrió el tiempo y, como suele ocurrir, también a Rákosi le llegó el momento. Primero cayó provisionalmente, luego de manera definitiva. En noviembre de 1957, el Partido lo responsabilizó a él y a Gerő de todos los males y al mismo tiempo obvió que, en la época del juicio contra Rajk, el ministro del Interior había sido Kádár, a quien Rákosi había enviado a supervisar la confesión. El Rajk aparecido en el sueño prefirió, entre los dos, a Rákosi. Ya que estaba obligado a elegir... Le sonrió flemáticamente, porque al comprobar la presencia de su obeso camarada al que tanto tiempo llevaba sin ver, recordó aquella alegre cacería: aquella ligera y divertida referencia literaria. Desde luego, Rákosi era un hombre culto, hablaba varios idiomas; Kádár, en cambio, no.

En la época de su sueño de la Academia de Música, Anna Stiller tenía la sensación de vivir bajo hipnosis. Escribió lo siguiente al respecto: «Siempre era consciente de que estaba hipnotizada, es más, notaba esas extrañas señales también en mi perro». En todo momento atribuyó, correctamente, un significado político a su hipnotización, de modo que entonces se vio obligada a denunciarse a sí misma. «En 1958 me dirigí a la autoridad, concretamente a la comisaría central, a una hora tardía, debía de ser entre las nueve y las diez de la noche, y solté todo lo que estaba ocurriendo a mi alrededor. Conté que en 1956 había escrito en mi cuaderno que Hungría sólo sería independiente si los judíos eran exterminados y los rusos volvían a casa. Me dio la sensación de que alguien conocía esta circunstancia y que podría utilizarse para el bien de la historia húngara el hecho de que yo hubiera escrito algo así a pesar de ser judía. Conté, además, que el 7 de noviembre de 1957 había visto un escaparate con prendas de color amarillo y que en la tienda me habían recomendado comprar un abrigo importado de Estados Unidos. El abrigo era muy bonito y, además, barato, pero luego me lo pensé y le dije al encargado de la tienda: “¿Sabe usted, señor Szécsi, que el amarillo es mi color preferido? Aun así, no me compraré el abrigo, sino que esperaré a que la situación mejore en nuestro país y pueda comprarme un buen abrigo de lana”. Un dependiente intervino entonces diciendo que para eso tendría que esperar eternamente, porque la situación no mejoraría jamás. Y yo le espeté: “¡Pues sí, mejorará!”. Me horroricé luego ante el escaparate con prendas amarillas porque había hecho esa declaración y me dio miedo estar involucrada en alguna trama».

La doctora Bíró soltó un suspiro. Dejó la taza de té en la mesita y se preguntó si en las últimas semanas había habido algún momento en que hubiera deseado que clausurasen el centro cuanto antes y no se prolongara por más tiempo la agonía. Sí, los hubo, y varios. Más de una vez tuvo la sensación de que le resultaban desagradables los pacientes, como desagradable le era ver las paredes, las bóvedas, las robustas y amarillas columnas. Aun así, no se sentía con fuerzas para abandonar ni a los enfermos ni aquel edificio y su jardín. La tenían prisionera el afecto, la desdichada compasión, el honor del segundo oficial en el barco que se hundía. Sabía que la sensación de extrañeza era positiva porque facilitaba la separación. Sin embargo, lo que la madre de Ervin describía en el cuaderno era algo muy distinto. No se atrevía ni a imaginar lo que significaba que el gobierno de Kádár tuviera que eliminar a cuantos judíos quedaban. Tampoco allí titubeaba la letra sobre el papel de color beis.

La doctora Bíró percibía nítidamente que en esas líneas no hablaba la misma persona que se había declarado partidaria de Rákosi. Quien un año después de la derrota de la revolución confiaba en que la situación en Hungría permitiría llevar prendas de lana amarillas no podía ser aquella en la que Rajk había reconocido a Rákosi, y tampoco era probable que fuera adepta a Kádár, sino más bien que contara con que la revolución se reanudara en algún momento y acabaría triunfando. La propaganda contrarrevolucionaria que escuchó en esa ocasión por su propia boca la aterró con razón, y con razón se planteó en ella la pregunta de si se había convertido de manera inconsciente en partícipe en una conspiración. También era posible, sin embargo, que esperara que Kádár creara las condiciones necesarias para poder llevar el abrigo estadounidense, lo cual ocurriría luego en los años ochenta, y entonces habría sido víctima de una provocación a la que debería haber respondido aceptando la oferta y dando a entender así que en la Hungría socialista llegaría el momento en que pudiera llevar tranquilamente un abrigo de esas características. Tampoco era de excluir, claro está, que la provocadora fuera la propia madre de Ervin, quien con su actitud consiguió sonsacar al anónimo dependiente su opinión de que la situación nunca mejoraría en Hungría, lo cual significaba o bien que la revolución había acabado para siempre o bien que, fuera la que fuera la situación creada por Kádár, fueran como fueran sus intentos de consolidación, a juicio del dependiente, un hombre honesto no

debía creer en ellos, no debía ceder en absoluto ni aceptar las mentiras, no debía llevar el abrigo de lana amarillo llegado del mundo libre porque con ello le daría un aspecto respetable a la deshonestidad.

A la doctora Bíró le dolía cada vez más la cabeza. Sentía una intensa presión en la nuca y punzadas en las sienes. En vano se masajeara la región cervical y la zona debajo de las orejas, el dolor no cejaba ni por un instante. Ni siquiera le ayudaba el Quarelin, a pesar de que en otras ocasiones incluso media pastilla le hacía efecto; esta vez, ni siquiera una entera le sirvió para calmar el dolor. Quizá no era el frente frío, pensó. Si algo estaba incubando, al día siguiente seguro que tendría fiebre, porque en su caso cualquier enfermedad empezaba con treinta y nueve grados de temperatura. Fue a la cocina, puso agua a hervir, se preparó un tazón de té, sin azúcar, como siempre. Pero, además, tenía hambre. Partió en dos un cruasán para acompañar el té. Recordó que en su infancia su padre siempre sumergía el cruasán en el café y se lo daba para que mordiera la parte empapada. En su memoria volvió a aparecer el gesto. Sonrió. Luego recordó a una paciente que llamaba *crosán* al cruasán de forma recta para distinguirlo del de forma de media luna e insistía en que los demás también usaran ese término. Era una exigencia lógica, pues, si distinguimos tantas cosas, ¿por qué no diferenciar entonces esos dos tipos de cruasanes? La paciente había perdido a los doce años, igual que ella, a su madre en un accidente de tráfico, y a partir de ese hecho vivía con la sensación de que su madre la observaba con malicia y la obligaba a hacerse daño. Temía cruzar una calle aunque no viniera nada, por temor a que la atropellaran. Cuidaba su peinado, que se arreglaba a cada instante, para que tuviera exactamente la misma forma que la de su madre, a la que eso le importaba mucho. Con el peinado trataba de apaciguarla. La doctora Bíró fue sorbiendo poco a poco el té hirviente—sus colegas siempre le decían que tenía una lengua de amianto—y devoró el último trozo de cruasán mientras contemplaba las flores heladas en la ventana.

«He olvidado entrarlas, no me he ocupado de ellas».

Se quedó un rato sentada a la mesa de la cocina. La persiana no estaba bajada a su espalda, de manera que quien pasaba por la galería podía verla a través de la ventana. En los armarios de pared con puertas acristaladas estaban encendidas las pequeñas lámparas que iluminaban los platos y las tazas y proyectaban una tenue luz amarillenta sobre la cocina. Aunque de vez

en cuando tenía la sensación de que acabaría destruida por el vacío que la rodeaba, no era capaz de llenarlo con la mentira ni estaba dispuesta a aceptar mentiras, disimulos, encubrimientos y vaivenes. A menudo veía a sus amigas como maniqués en el escaparate nocturno e iluminado de sus vidas. Aprendió a vivir en su interior aquello que no tenía posibilidad de hacerse realidad. Afloraban en su imaginación las escenas que temía, de manera que todas le ocurrían sin que tuviera que experimentar ninguna de ellas realmente. Se encontró a sí misma en el deseo, pero más aun se encontró en el retiro. Estaba presente en la conquista, pero más aun en el ocultarse.

En esta ocasión, sin embargo, leyendo la confesión de Anna Stiller, el ataque le vino de un sitio inesperado, y no estaba preparada para ello. ¿No tenía también cierto carácter político el hecho de que en 2007 alguien sufriera por no poder librarse de la impotencia heredada, por las decisiones erróneas de la madre hasta el punto de identificar incluso el cuerpo con el de ella y asumir compulsivamente su casual muerte? La doctora Bíró nunca había imaginado que acabara estableciendo una relación terapéutica tan estrecha con la política.

Después de que Anna Stiller ingresara por segunda vez en el hospital, el médico le comunicó que le aplicaría un tratamiento de electrochoque. Así olvidaría los hechos de 1956. La madre de Ervin consideró una acusación implícita la terapia cuyo objetivo consistía en provocarle una amnesia al margen de su voluntad. No entendía qué debía olvidar, puesto que no había hecho nada. No era culpable, como tampoco inocente, pues había soñado que Rajk le guiñaba el ojo a Rákosi, había escrito que Kádár no quería a los judíos, era ella quien había presenciado con sus propios ojos la muerte de *Yés* y había visto en un escaparate un abrigo amarillo estadounidense que finalmente no quiso comprar. Era la elegida por la Máquina.

¿No daba el caso de Anna Stiller la razón a quienes afirmaban que la psiquiatría, o el espíritu de la época apoyado también por la psiquiatría, etiqueta de enfermos incluso a quienes no lo son a pesar de no adaptarse de forma rápida y sin contratiempos a las circunstancias? ¿No era cierto lo que nadie se atrevía a sostener, pensó la doctora Bíró, que los psiquiatras hacían de comparsas de la política o simplemente de la época, empeñados en normalizar, es decir, en ocultar o encubrir con mentiras los verdaderos contenidos de la locura? ¿No se comportaban como el párroco del chiste que

denomina *Notescondas*, *Gitano* y *Queteveo* a sus perros para que, cuando ellos estén en el huerto y él los llame, se le hiele la sangre en las venas al gitano que tal vez en ese preciso momento se dispone a robarle las manzanas del frondoso árbol y huya entonces despavorido?

Un año después, en 1959, Anna Stiller ya comprendía las voces que se dirigían a ella y era también capaz de prestarles atención. Trataban de convencerla de que identificara a quienes habían participado en los combates. Había entre ellos miembros del Partido, le explicaban, y el Partido quería examinar los acontecimientos en un conciliábulo. Ella protestó. El Partido, dijo, había de juzgar también a los comunistas conforme a la ley, porque si no lo hacía daba a entender que el partido actual en nada se distinguía del anterior. Había que granjearse la confianza de la población, lo cual sólo resultaba posible a través de la sinceridad. Cuando pronunció estas palabras, un zumbido agudo le atravesó el cerebro. Le informaron que el presidente del comité deseaba dar por zanjada de inmediato la discusión, que ya se había tomado la decisión de reunirse en conciliábulo. A ella sólo le quedaba decidir si estaba dispuesta a ayudar a los miembros del Partido descarriados, como también lo era ella, por mucho que declarara ser inocente. Había casos en que resultaba difusa la frontera entre la culpa y la inocencia, es más, la esencia de éstas era precisamente que no había frontera entre ellas, que a menudo parecían intercambiables, y hasta se daban casos en que la inocencia era el mayor de los delitos, puesto que escondía cobardía o indiferencia. El presidente lo dijo con toda su buena voluntad, sin pretender aludir a nada en concreto. Antes, la madre de Ervin no oía tales voces. Hasta ese momento no le habían transmitido con tanta claridad que se estaban ocupando de ella y esperaban su ayuda.

A partir de 1959, Anna Stiller comenzó también a recibir encargos de la Máquina. «Me ocurrían cosas—escribía—que ni siquiera en la época de la barbarie se habían cometido contra las personas. Llevo cinco años y medio presa como una cobaya. Siempre se remiten a que también hicieron lo mismo con Kádár. Pero se remiten sobre todo a la historia. Toca un papel por cada uno que ha sufrido. Una vez fui Rákosi, la otra Gerő y Kádár y últimamente también Mihály Farkas y László Piros».

Por aquel entonces, la madre de Ervin ya obraba por encargo de la Máquina. En contra de su voluntad, se convirtió en una espía que llevó a

muchos al desastre a pesar de su deseo de protegerlos. Siempre había alguien de turno en una vivienda del edificio de enfrente, en el número dieciocho de la calle Sziget. Conocía las caras. Observaban en todo momento sus movimientos e incluso sus pensamientos. De nada habría servido ir allí para enterarse de las intenciones de esa gente, porque de todos modos habrían averiguado de antemano su plan y los habría encontrado realizando las tareas más inofensivas. Tomando el café y fumando en la sala de estar. ¿Querría usted decirnos, camarada, a quién busca y qué quiere de nosotros? Si ella protestaba a gritos, ellos le respondían diciendo que era eso, precisamente, lo que hacían también los de la policía secreta. A menudo enviaban a personas desconocidas a acercarse a ella, a oficiales, por ejemplo, o incluso a notorios comunistas, y a ella le bastaba mirarlos para causarles problemas. Los soviéticos y las autoridades húngaras enseguida concibieron sospechas. Le advirtieron que con sólo pensar en alguien convertía a esa persona en presa del enemigo. Ella no tenía ni idea de quién era el enemigo. Al final, sin embargo, no se atrevía a mirar a nadie y se aterraba cada vez que un nombre le venía a la mente.

A todo esto, las circunstancias se volvieron todavía más complicadas. Se le arrimaron con las intenciones propias de la Máquina también fuerzas contrarias, encarnadas para ella en la persona de una tal señora Piri. La señora Piri comenzó a utilizarla con el propósito de desechar la Máquina y enviarla a un museo, donde, según prometió ella, cualquiera podría contemplarla como una reliquia de una época pretérita, antaño peligrosa y ahora ya inofensiva. En 1960 recibió en una ocasión de la señora Piri el encargo de acreditar la buena conducta de quienes veía en la calle desde su ventana. Para ello sólo había de permanecer inmóvil. Ni siquiera se le permitía pestañear, y eso que la Máquina no sólo era muy capaz de provocar pestañeos, sino también llantos, risas, estornudos, toses, cosquillas y bostezos, incluso dolor de muelas y malestar general, al tiempo que turbaba el pensamiento y regulaba el funcionamiento del cerebro. Tenía que luchar contra la Máquina, pero acababa perdiendo. Por mucho que lo intentara, durante minutos era incapaz de frenar los párpados, de modo que por culpa de ella acababan detenidos aquellos cuya buena conducta había de acreditar.

La señora Piri quería que se comportara y actuara igual que antes los miembros de la policía secreta. «Hay mujeres—escribía Anna Stiller—, entre ellas también judías, que cometieron actos crueles». Ella, sin embargo, se

negó a colaborar. Declaró no estar dispuesta a torturar a personas. «Quienes lo hacen, olvidan que el ser humano sigue siendo un ser humano aunque lo humillen». Los métodos de la señora Piri en nada se diferenciaban de los de la Máquina. La madre de Ervin se negaba a que las mujeres que cometían actos de crueldad representaran su vida, que hablaran y actuaran en su nombre. Había llegado al punto de no osar pronunciar ni una sola palabra, porque enseguida le advertían que no era ella quien las decía. Con sus propios medios trataba de zafarse de esa lucha en dos frentes, cual si fuese un agente doble. Informó a la Máquina de las intenciones de la señora Piri. Y al mismo tiempo puso en marcha una acción definitiva contra la Máquina. Entre marzo de 1960 y octubre del año siguiente envió docenas de cartas a las autoridades exigiendo que reconocieran que era una espía y la llevaran ante los tribunales. En 1961 escribió en el muro de un edificio: «Hombres de la policía secreta, ¡ojo con el enemigo! Hombres de Rákosi, ¡cuidado!». Así quería forzar que la detuvieran para poder demostrar su inocencia ante las autoridades. Sin embargo, ni la detuvieron, ni dejó la Máquina de provocarla, ni calló la señora Piri.

La doctora Bíró se dio cuenta de que a partir de ese punto el tono de la confesión cambiaba. Los impulsos se adueñaban cada vez más del escrito. La madre de Ervin ya no interpelaba a las autoridades, ni a quienes dictaban sus pensamientos, sino que se dirigía a sí misma en la primera persona del plural, como si dispusiera de cierta fuerza o poder, como si participara en calidad de individuo autónomo en una lucha que se libraba al margen de ese individuo, de la que sólo era testigo y víctima y en la que su mente y su vida se habían convertido en el campo de batalla más importante: «Contraataquemos sin piedad, porque esto no es un interrogatorio, sino simple y llana tortura. No intentemos ser correctas, porque eso también es un arma del enemigo. No eres correcta, no eres una buena comunista, no eres una buena húngara, no eres una buena judía, no quieres a los soviéticos. Nosotras queremos la neutralidad, pero si una trata de acomodarse a ella, aparece la acusación: has abandonado tus principios, has abandonado al Partido. ¿Por qué dejaron los comunistas al Partido en la estacada? Es una táctica, porque los comunistas se organizaron contra el gobierno. No nos preocupemos por el hecho de que el enemigo se remita siempre a que cada uno de nuestros gestos, cada uno de nuestros pensamientos nos pertenece. Seamos inconscientes, porque así evitaremos el

manicomio. Y el actor confesará tal vez que él mismo también es un muñeco sobre el escenario, cuyos sentimientos, pensamientos y movimientos están teledirigidos».

¿Cómo podía ser alguien al mismo tiempo comunista, húngara, judía, amiga de los soviéticos y luchadora por una Hungría independiente si estaba dicho que como judía sólo podía ser miembro de la policía secreta, como comunista no podía ser húngara y como húngara no podía ser judía? Ésa era la ley o, más bien, un saber, una creencia, una opinión, más poderosos que la ley. Aun así, ¿dónde estaba la ley que establecía qué era justo y qué no en tiempos de revolución? ¿En qué extremo de la ametralladora estaba la verdad mientras traqueteaban los disparos y qué modo de actuar era después el correcto y qué había que olvidar y qué había que aprender de nuevo, aunque de manera diferente? ¿Y si no existía tal ley, cómo nacían entonces los juicios? Al fin y al cabo, la policía secreta encarceló y torturó incluso a Kádár, lo decía la Máquina, o sea, que también según ésta la cólera de los insurrectos estaba justificada, pero entonces ¿por qué había que acreditar su buena conducta? Y si Kádár apoyaba las actividades encaminadas a derribar el orden del Estado, como miembro, además, del gobierno que expulsaba a los soviéticos, ¿seguía siendo entonces comunista y no deberían, por consiguiente, los comunistas organizarse ahora contra el gobierno? ¿Quién formulaba estas preguntas? ¿Quién decía que era delito examinar las intenciones y motivaciones de la ley? Si los revolucionarios y los contrarrevolucionarios eran igualmente culpables, nadie podía ni castigar ni absolver a la madre de Ervin, como tampoco a Kádár, pues ambos estuvieron al mismo tiempo al servicio de la revolución y de su represión. ¿Y no habría sido ésta la única postura coherente? La absoluta imposibilidad de juzgar. «La revolución húngara continúa», declaraba Anna Stiller al final de su confesión, porque ésa era en definitiva la única frase que quería escribir, significara lo que significara. En ese momento, ya consideraba al lector como parte de ella misma, al servicio tanto de la Máquina como de la señora Piri, o sea, como un compañero de armas, ya que no podía concebirse otra situación. Todo el mundo era un instrumento, todo el mundo estaba al servicio de algo, y no era posible servir a un solo señor. Por tanto, escribía, ya no le importaba rascarse ni le importaba cuántas veces lo hacía; no le importaba toser o estornudar o bostezar, ya que no eran señales, sino «sólo armas para confundirnos».

Eran frases extraordinarias, frases de autocuración y de liberación en la etapa de la desesperación definitiva. La doctora dejó la última hoja, que con los años había cobrado un color pardusco. Notaba que aumentaba la fiebre. Sentía escalofríos, la debilidad se había apoderado de sus miembros. Durante cinco días, apenas se levantó de la cama; le dolía la cabeza y dormía mucho. Frente a su cama colgaba un cuadro que había traído de la casa de sus padres. En un principio, pendía sobre la cama de matrimonio de ellos. Cuando era niña, lo contemplaba a menudo. Representaba la pantanosa ribera de un río; bajo un tempestuoso cielo gris, seis o siete hombres tiraban con cuerdas de una balsa o quizá más bien de una barca que tenía una casita encima. Los hombres también eran grises, oscuros. El pintor no les puso rostros; de hecho, ni siquiera cuerpos. Eran gruesas sombras, como si hubieran aparecido procedentes del bosque de la orilla. Cuando era niña, la doctora Bíró no conseguía ni imaginar cómo podían mover esa pesada embarcación. Suponía que debía de ser la barca de unos contrabandistas, llena hasta los topes de oscuros barriles de vino, de cajas y sacos, cuyo contenido también era, necesariamente, oscuro. Quizá también traficaba con personas que habían cometido o se disponían a cometer actos igualmente oscuros. No podía mirar el cuadro sin imaginar secretos y misterios. No entendía por qué colgaba sobre la cama de sus padres, con los que no encajaba ningún tipo de secreto o misterio.

Su padre provenía de una familia calvinista de Sárospatak. También en Budapest cultivaba el rigor, que le había inculcado la soberbia sobriedad de quién sabe cuántas generaciones. A las doce en punto del mediodía, la sopa del domingo había de estar humeante en el centro de la mesa. Primero se servía su padre y luego su madre, quien a continuación le servía a ella. Había que vaciar el plato por completo: dejar algo se consideraba un pecado capital.

—Aquí te quedarás sentada, hija mía, hasta que te lo acabes. Nosotros no tiramos la comida.

Entre las gélidas paredes de la casa nacionalizada en 1948 de la que sólo hablaban las leyendas, los gruesos y pesados armarios de los abuelos de Sárospatak sin duda habrían comprendido y aceptado ese rigor; en el piso de la calle Mester de Budapest, con sus alféizares llenos de cagadas de palomas, en cambio, no. Era increíble, pero todo dependía del lugar, de las paredes, de los muebles. En su infancia, la doctora Bíró acudía a menudo a la casa de

Jutka Lóránt, situada en el edificio contiguo. También ellos vivían en sólo dos habitaciones; aun así, parecía todo mucho más amplio. Según la moda de la época, las paredes estaban empapeladas con dibujos de flores, eran sumamente coloridas. En los cajones de Jutka se podía elegir entre un montón de pinturas, ponían sobre la mesa tubos y estuches con pastillas de los más diversos colores, y ella se aturdiría cada vez que Jutka le permitía elegir el que quisiera. Dedicaban tardes enteras a pintar, sin percibir el paso del tiempo.

Tumbada en la cama, afiebrada, con el cuadro que había traído de la casa paterna frente a ella, recordó de pronto numerosos detalles de aquella vida que había dejado atrás y olvidado, y de la que, sin embargo, tuvo que traer a un mensajero. Como si minúsculas explosiones hicieran aflorar una cantidad de recuerdos, éstos aparecieron todos de golpe y la agotaron hasta el punto de que pronto volvió a dormirse.

Se despertó porque sonaba el teléfono. Creyó que era alguna de sus amigas, la niña de cincuenta años, la fuente inagotable de lamentos o la sobria tranquilidad. Probablemente, no era la primera vez que sonaba. Pero no eran ellas, sino Zsófi Krasznai.

—Vaya, ¿sabes mi número?

Zsófi Krasznai, que trabajaba en otro departamento y con la que a lo sumo hablaba dos veces al año, insistió, no obstante, en visitarla.

—Visita de médico. Es obligado. Te compraré una bolsa de naranjas. Mañana estarás curada.

Muy mal debía de estar, pensó la doctora Bíró, si Zsófi Krasznai venía a verla. Al cabo de una hora se presentó en la puerta de su casa. Era una mujer de unos sesenta años, delgada, de piel cetrina, gafas, tristes ojos color nogal. En el centro, no se ocupaba de casos de enfermedad mental, sino de personas incapaces de soportar la carga de algo que les había ocurrido. Que habían perdido a alguien. A su amor, a su madre, a su marido, a su esposa, a su hijo. No se lo podían perdonar. El duelo los enfermaba. Zsófi sabía lo que eso significaba. Un coche había matado a su hijo de once años. Ella misma había mandado a su hijo a comprar harina, porque no había bastante para el pastel. Era verano, por la ventana abierta oyó el chirrido de los frenos y el grito de una mujer. Se asomó a la ventana y vio a su hijo al pie del coche. Reconoció sus pantalones, sus zapatos. Alguien dentro de ella lanzó un grito, nunca supo quién. Ni qué gritó. Bajó a la calle como un cohete. Su hijo aún vivía. Su

cabeza estaba rodeada de sangre sobre el asfalto. Murió al día siguiente. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde entonces? ¿Quince o diecisiete años? Su hijo ya sería un hombre adulto. Zsófi no hablaba de él. No llevaba una fotografía suya. Hay quienes enseguida pueden descargar sus tensiones en agresividad, pero en quienes se retraen, en quienes frenan sus impulsos, explicaba ella, la tensión penetra en capas más profundas de la personalidad para luego estallar en forma de toda suerte de actos terribles. Zsófi era mansa, deseosa de ayudar a todo el mundo. Tan pronto como entró en el piso, ya sabía lo que había de hacer. Traía naranjas, tal como había prometido. Peló algunas y dispuestas en gajos se las llevó a la doctora Bíró. Luego abrió la ventana, asegurando que en ese ambiente de aire viciado era imposible curarse. Mientras, puso agua a hervir para un té, y con una pechuga de pollo que encontró en la nevera y unas hierbas aromáticas preparó un caldo.

—Y ahora te levantas, te vistes y te sientas a almorzar.

La doctora Bíró enarcó las cejas.

—¿Dónde tienes la ropa?

—Mi bata está en el baño, colgada al lado de la puerta. Será suficiente.

La doctora Bíró se puso la bata, se dirigió con Zsófi Krasznai a la cocina y se puso a cucharetear la sopa servida en un plato de vidrio.

—¿Está buena, no?

—Sí, muy buena.

Al cabo de un rato de silencio, Zsófi habló:

—La más lanzada y locuaz de todos nosotros eras tú.

—¿Y qué conseguimos?

—Al menos alguien levantaba la voz. Y ahora estás aquí, simulando.

—No estoy simulando. —La doctora Bíró separó la carne del hueso, que puso sobre un plato pequeño—. Es que me agoté. —Le venía bien el caldo caliente—. Si has venido a explicarme lo que tengo que hacer, por favor, ¡no empieces!

—Deberías reunir a tus pacientes.

La cuchara golpeó el costado del plato de vidrio.

—¡No me digas! ¿Y qué hago con ellos?

—¡Los traes aquí!

Un avión atravesó el espacio aéreo de la cocina, pasó zumbando junto al

gancho del que pendía el paño y fue a parar a un palmo del fregadero. La doctora Bíró consiguió que no hiciera tanto ruido cuando, momentos antes de aterrizar, se situó encima del fogón, desde donde la pista de aterrizaje ya podía divisarse a simple vista.

—No me interesan mis pacientes. Además, ¿por qué es tan importante ser normal? La normalidad es una coacción enloquecedora. Ya están bien allí donde están, en la calle. Confío en que muchos aprendan de ellos.

## 4. DIOS MÍO, TU MEMORIA

Todas las mañanas, Ervin se situaba en el escenario de una obra de teatro. Sobre la mesa de la cocina, a mano derecha, yacían los dos gruesos volúmenes del diccionario, a la izquierda, ante una taza de café medio vacía y un cenicero de vidrio, el libro que estaba traduciendo. Avanzaba de frase en frase, averiguaba los nexos, realizaba pruebas para ver el mejor modo de expresar adecuadamente lo mismo en su propia lengua, se decidía por una opción, escribía a máquina la versión en apariencia más acertada que luego iba corrigiendo hasta dar una forma perfecta al cuerpo de la frase. Saber cuándo alcanzaba una frase la perfección era, por supuesto, cosa de la sensibilidad, de la respiración quizá, de lo físico, de manera que cada vez que releía el texto, se sentía obligado a recalentarla con las manos y dar nueva forma a lo que había escrito. Y como, en definitiva, las frases eran productos de su físico, con independencia de que, en principio, su autor no era él, había de prestar continua atención a su cuerpo mientras trabajaba, a su relación, además, con la silla y con la mesa y con los objetos encima de ésta, el teclado, el libro y el diccionario. En poco tiempo, esos objetos y materiales habían absorbido hasta tal punto su contacto que al tocar el áspero papel, el diccionario encuadernado en tela y alguna tecla tenía la sensación de darse la mano a sí mismo. Le gustaban las horas en que todo su ser, desde la punta de los pies hasta la coronilla, estaba al servicio del trabajo, de la traducción, y era como si quisiera avanzar en un medio mucho más denso que el aire, como si tuviera que tensar los músculos a cada paso. Y bastaba un mínimo descuido para que aquella fuerza más poderosa que la suya lo empujara hacia atrás. Tendía, por ejemplo, a adelantar los hombros para poder apoyar el antebrazo en la mesa y así sólo tener que mover los dedos para teclear, de tal manera que su estómago se adhería a sus pulmones, todo se comprimía y al cabo de unos segundos una

sorda presión aparecía en el tórax. No podía distraerse de ningún modo, porque si lo hacía, el peso del cuerpo se duplicaba sobre la ya de por sí incómoda silla de la cocina, o sea, que había de levantarse y realizar algún estiramiento para relajar las lumbares cuyo dolor punzante resultaba cada vez más insoportable y luego volvía a sentarse para encontrar la postura corporal más adecuada y el correspondiente equilibrio.

Para Ervin, el día comenzaba cuando Karin, su esposa, se marchaba al juzgado. Se daban un beso en el vestíbulo, y Karin cerraba la puerta tras de sí. Se oía el clic de la cerradura, y poco después de que el ascensor traqueteando se pusiera en marcha rumbo a la planta baja, una corriente de aire procedente de abajo señalaba que la juez, una vez más, había salido exactamente a las siete y cuarto, por la puerta del edificio. En ese mismo segundo, Ervin daba media vuelta, miraba alrededor y constataba que estaba solo. Ajustaba la colcha y la cortina, cuyo borde a menudo quedaba apoyado sobre el radiador después de ventilar, se dirigía a la cocina, preparaba un café, encendía un cigarrillo y apoyaba las nalgas en el aparador. Con la taza en una mano y el cigarrillo en la otra disfrutaba de los minutos vacíos de la mañana, que por supuesto eran todo menos vacíos, pues los llenaba la grave melodía de la espera y del aplazamiento, mientras observaba el oscilar de las ramas al otro lado de la ventana.

Una hora después de que Karin se marchara, Ervin retiraba la tapa de la máquina de escribir. Por aquel entonces, el tablero de la mesa era todavía liso, luego, con el curso de los años, aparecieron más y más grietas y arañazos, se desarrolló un complejo mapa hidrográfico, con arroyos de cauce profundo, ríos parsimoniosos y ramificados, islas más o menos grandes, y un sinfín de líneas similares a barbas, con las que los cartógrafos suelen indicar los pantanales. Eran meses de calma y de desagradable espera. Con el diploma en historia de arte en el bolsillo, Ervin no conseguía trabajo en ningún sitio. Lo habían despedido del museo en el que había realizado las prácticas. El problema era, probablemente, que había elegido un mal tema para la tesina de licenciatura. Así al menos lo explicaba él. ¿A quién interesa un coleccionista austríaco? Los brazos de la máquina de escribir más vieja que Matusalén pronto empezaron a mover la cinta negra, secas sonaban las teclas desgastadas. Los golpes le daban a Ervin la sensación de trompetazos que anunciaban la batalla.

Ervin releyó las últimas frases, las corrigió y continuó traduciendo. «Un hombre de unos seis pies de altura, delgado como un junco, emergió de la protección que le ofrecía el edificio de la esquina en la parte norte del mercado, por donde solían llegar los de Moabit, un barrio no precisamente de buena fama, a la amplia plaza bordeada en semicírculo por bonitas casas y abierta hacia el lado que daba al río. El hombre se sostenía recto como una vela, entrando la barriga. De debajo de su sombrerito triangular y un tanto aplastado, asomaba atrás la escarapela de su trenza que luego se abría y caía suavemente sobre su espalda. Llevaba abrochado hasta el mentón el viejo abrigo anticuado, que no presentaba arruga alguna e iba pegado a su cuerpo, y sólo cuando se acercó al carro de la primera campesina que vendía una aromática mermelada de ciruelas quedó claro lo que el lejano observador ya podía intuir: que el hombre llevaba medias negras y pantalones negros, aunque sí podían sorprender las enormes hebillas que lucía su calzado. No obstante, no fue esa vestimenta, corriente en el fondo, aunque compuesta de elementos un tanto extravagantes, lo que hizo divagar la imaginación del lejano observador, sino más bien la caja que llevaba con suma cautela bajo el brazo izquierdo.

»La caja parecía la de los vendedores ambulantes, esos cajones de madera de paredes delgadas con que por aquí se asusta a los niños malos, pero la del hombre estaba revestida de hojalata por dentro. Esto no tardó en desvelarse cuando entregó uno de los compartimentos de la caja a la campesina, que enseguida cogió una cuchara de madera y lo llenó de mermelada para devolverlo luego con un simpático guiño del ojo. El hombre se alejó del carro de la campesina inclinándose varias veces, se dirigió a un barril de arenques, extrajo otro compartimento de su caja y lo llenó con los arenques salados que compró. Al tercer compartimento fueron a parar el perezil y las verduras para el caldo. A continuación, el hombre recorrió el mercado a pasos lentos y solemnes y se detuvo finalmente ante una mesa, en la cual consiguió lo que necesitaba tras un largo y complejo regateo: dos patos y un ganso. Puso la caja a sus pies, eligió entre las aves expuestas las que le gustaban y acto seguido las metió en los bolsillos de su abrigo. Coqueteó con la idea de adquirir también un pavo, le dio vueltas a la posibilidad y no pudo resistir la tentación de toquetearle el lomo al animal para ver con qué asado podía contar. De manera casi imperceptible se agitaron también las ventanas de su nariz, como

si oliera ya la fragancia del asado, pero al final se despidió entre suspiros de esa ave de hermosas formas.

»¿Quién podía ser ese hombre de abrigo negro? El escritor ya mayor, que todas las mañanas se ponía junto a la ventana del último piso de la casa situada en un extremo del semicírculo con el propósito de observar con un catalejo cuanto ocurría en el mercado, bien podía tener al hombre por un viejo profesor de dibujo que había trabajado o seguía trabajando en una mediocre escuela. ¿Por qué no? Parecía un soltero cínico, tacaño y poco fiable, aunque no del todo desdichado, puesto que diversas iniciativas le permitían tocar de vez en cuando sumas considerables. Un tipo al que otros consideraban seco y aburrido, mientras que a él no le importaba tal juicio, ya que a cambio podía dedicarse tranquilamente, sin ninguna perturbación por parte de la amistad, a su único dios: la panza».

La traducción progresaba lentamente. Ello no se debía únicamente a los dolores en la zona lumbar que los estiramientos y otros ejercicios sólo lograban apaciguar durante unos instantes. Ervin se distraía a menudo, imaginaba al anciano que, despojado por la naturaleza de la facultad de andar, a falta de mejor opción pasaba el día entero observando desde el último piso del edificio situado en la esquina de la plaza del mercado cuanto ocurría allá abajo; y, aunque escudriñara en vano los misterios de tantas vidas, todas ellas pertenecían a la suya, al yermo de las horas y de los días, a los interminables soliloquios que mantenía.

Cuando miraba por la ventana de la cocina, la vista que se le ofrecía a Ervin no podía rivalizar con el espectáculo que una y otra vez levantaba el ánimo pendenciero y agresivo del escritor. Unos bancos con algunos listones de menos bordeaban una estrecha plazuela llamada parque infantil situado al costado del edificio. El parque consistía sólo en un columpio cuyos tubos de material sintético habían sido pintados en su día del acostumbrado azul y en un cajón de arena de donde el viento, bajo el sol de finales de otoño, levantaba de vez en cuando puñados de arenilla que trasladaba a las zonas más bajas de los bloques de viviendas. Cuando llegaban las lluvias, los pequeños surcos dejados en el serrín por los pies en el momento de frenar el impulso del columpio se llenaban de agua, y una luz opaca que luego desaparecía en invierno cubría las superficies, y la nieve se helaba y se ensuciaba sobre los montones de hierba rala.

Las vistas, sin embargo, no se podían cambiar. Ervin formaba parte de ésta, el mísero y estrecho espacio necesitaba su mirada exactamente igual que aquella berlinese plaza de mercado la del anciano cansado de escribir. La imagen del parque infantil se le había grabado tan profundamente como el orden de las letras en el teclado de su máquina de escribir. En vano deseaba, por tanto, irse a otro sitio, en vano se adueñaba de él a veces una tempestuosa inquietud, en vano tenía la sensación de que el aire a su alrededor se depositaba en gruesas y cenagosas capas sobre su cuerpo, porque al final siempre había de conformarse con lo que veía: en aquello que había en el exterior se manifestaba la misma materia oscura que existía dentro de él, de Karin, de su piso.

No obstante, esa mañana había parecido disiparse la neblinosa oscuridad que a veces envolvía a Karin y a Ervin y los hacía invisibles el uno para el otro durante días. ¿Qué podía iluminar la oscuridad sino un sueño? Al amanecer, Ervin los vio a ambos en una casucha húmeda y ruinoso. Después de despertar, Ervin aún recordaba perfectamente el olor acre que llenaba la casa y el hecho de que le costara respirar. Karin dijo que no deberían haber dejado fuera las tazas de té. Las tazas estaban sobre una mesa de vetas violáceas y esquinas redondeadas e incluso contenían todavía té, aunque se había enfriado. Recordando el sueño, Ervin no entendía lo que significaba esa frase que sonaba como una sentencia indudablemente relacionada con su futuro y que lo hacía sentirse culpable sobre todo a él. No tuvo mucho tiempo para reflexionar al respecto, porque unos pasos se aproximaron por la gravilla suelta y húmeda del jardín. Llegaron hasta la casa. La llave se introdujo en la cerradura, y la puerta se abrió. Alguien entró. Se quitó el abrigo, lo colgó del perchero. Ervin no se sorprendió en absoluto de ver a su padre en la oscuridad. Tenía barro en la cara, el pantalón cubierto de cieno, el pelo con pegotes de tierra. Entró y se sentó al lado de Karin, quien parecía haber previsto que su suegro enseguida empezaría a contarle algo, pues se sentó en cuclillas y rodeó las piernas con los brazos. El gesto le recordó a Ervin los tiempos en que no estaban aún casados. Las rodillas de Karin parecían tan delgadas como entonces. El señor Grönwald, sin embargo, no comenzó a explicar nada, sino que apoyó la cabeza sobre las rodillas de Karin.

¿Qué significaba ese sueño? Le habría gustado comentarlo con Karin, pero temía la frase pronunciada antes de la llegada de su padre, de modo que

decidió no mencionar nada. En general, no solían hablar de sus sueños. Por tanto, pronto obvió la frase de Karin sin darle más significado, pero le costó volver al orden del día al recordar que en el sueño no sólo había comprendido, sino incluso apoyado que su padre no se sentara cerca de él, sino al lado de Karin en aquella casa oscura, y que tampoco había objetado que su padre apoyara la cabeza en las rodillas de su esposa.

Esa mañana, la traducción apenas avanzaba. Karin volvió del juzgado más temprano de lo acostumbrado, hacia la una y media. Se quitó el abrigo, entró en el baño, abrió el grifo y, mientras inclinada sobre la pila se lavaba las manos y los antebrazos como solía cuando regresaba del juzgado, Ervin la observaba desde el vestíbulo y pensaba: sí, esta mujer es mi esposa, esta mujer es la que me habla, esta mujer y nadie más, es ella la que me da su cuerpo, sus manos, sus pies, sus pechos, su cintura, cada parte por separado, yo conozco a esta mujer, me gustan sus pensamientos, trato de darles forma, ella me lo permite, esta mujer es a la que observo todos los días y a la que veré hacerse mayor.

Esa tarde, Karin estaba de buen humor. Lucía el sol, y a partir de mediados de octubre cada tarde soleada había de considerarse un regalo. Se arregló el vestido ante el espejo al salir del baño, y sonriendo desde el espejo preguntó a Ervin si tenía el joven ganas de acompañarla porque ella quería aprovechar esa hermosa luz del sol para salir. Añadió que el joven había de sentirse honrado por semejante invitación y no debía rehusarla de ningún modo, porque si lo hiciera, se vería obligada a buscar a otro joven acompañante, para esta vez y para siempre.

Karin y Ervin se dirigieron a la piscina municipal. Al dejar atrás las edificaciones se podían realizar agradables paseos incluso en otoño. El agua de lluvia había trazado surcos estrechos y serpenteantes en el asfalto, el viento zarandeaba y hacía sonar las vallas publicitarias y levantaba alguna basura acumulada al lado de los contenedores. En la esquina de la casa, unos escalones conducían hasta la parada del autobús. Cuando llegaba el invierno, el hielo se depositaba sobre ellos; se los cubría de piedrecitas que de algo servían, pero aun así no lograban evitar que, a pesar de las cautelas, se produjera a veces algún accidente. Al otro lado de la plaza, el espacio de pronto se expandía. Por lo alto de la colina discurría un sendero flanqueado por arbustos que luego desaparecía por una escarpada ladera. El paseo

continuaba un rato a lo largo de una hilera de casas y después el camino viraba ligeramente hacia la izquierda, donde aparecía una diminuta iglesia que había quedado de la época en que una pequeña y humeante localidad se extendía al pie de la colina. En el curso de la conversación, Ervin se refirió al relato que había estado traduciendo por la mañana.

—Últimamente me pregunto—dijo—cuántas vidas tiene un hombre. Por favor, no lo asocies con nosotros. Esa única vida que vivimos resulta tan estrecha en comparación con las posibilidades que una y otra vez se presentan ante nuestros ojos como sutiles y fugaces sombras, y más estrecha todavía si consideramos aquellas que ni siquiera percibimos, para las que ni siquiera tenemos ojos. ¿Cómo podemos estar seguros de que, entre todas esas posibilidades, hemos elegido finalmente la mejor?

—No te entiendo, Ervin. ¿Por qué hay que estar seguros?—preguntó Karin—. Cuando me compro ropa, tampoco pregunto si hay otra ropa más bonita en el mundo, porque, si existiera, diría: no, gracias, no la quiero. Lo que hago es preguntarme si me siento a gusto en ella.

—¿Y si no te sientes a gusto?

—Entonces trato de cambiarla. En serio, me asustas con tu pregunta.

—Te digo que no tiene nada que ver con nosotros. Sólo estoy traduciendo un relato. De hecho, ni siquiera tiene una trama. Trata de un anciano escritor cuya mala suerte lo ha convertido en un ser enfermo y huraño. Vive como un prisionero en un piso de techo bajo situado en la última planta de un edificio y la escritura tampoco alivia su prisión, pues cada vez que intenta escribir, los dedos le fallan y las ideas se le evaporan de la cabeza. La ventana de la vivienda, situada en una esquina, da a la plaza del mercado de la ciudad. El escritor elige en cada ocasión a una persona a la que divisa en medio del tráfico y de la que no sabe nada, pero lo que ve le basta para regalarle una historia, para imaginar esta o aquella vida para las señoras y los señores que están allí escogiendo alguna verdura o un trozo de carne. Y como su imaginación es inagotable, no hay para él dos formas de vida iguales ni ser humano sobre el que no se le ocurra algo interesante. La única excepción es él mismo. Lógicamente, pues el anciano escritor es el espectador de un escenario que él nunca puede pisar, de manera que tampoco puede sucederle nada. De esto trata el relato. Pienso, sin embargo, que no es la enfermedad la verdadera causa de que no tenga él una historia.

—¿Entonces qué?

En ese instante, el segundo plano tras la conversación ya no era la diminuta iglesia y las pocas tumbas que la rodeaban, sino el edificio de cubierta acristalada de la piscina, los estanques al aire libre, los bancos que flanqueaban el camino de placas de hormigón, así como los árboles todavía provistos de algo de follaje, bajo los cuales las hojas caídas pronto empaparían las inminentes lluvias.

—Me refiero al hecho—respondió Ervin—de que en definitiva nadie puede ser más que un espectador, concretamente espectador de vidas ajenas, y da igual que esas vidas sean posibles o imposibles. En relación con nosotros, el otro está siempre situado sobre un escenario, y el espectador es lo que es precisamente por no poder pisar el escenario. Y si pensamos en nuestra propia vida, ésta deja de ser nuestra y se convierte en la de otro que lleva nuestro rostro, pero no lo ve, que está sobre el escenario, tiene una historia, actúa. Y no se le puede ayudar. Cuanto hace es irrevocable. El espectador se halla lejos de él y tampoco lo sabe todo. Por eso imagina, pero el guía secreto de la imaginación es siempre el miedo.

—No creo que ese escritor tenga miedo. ¿Qué puede temer si, como dices, ya no puede ni escribir ni moverse? Para ese hombre todo ha terminado. Sólo procura alegrar un poco el escaso tiempo de vida que le queda por consumir.

Tras las últimas frases, Ervin y Karin caminaron un rato en silencio el uno al lado del otro, y Ervin pensó que sería incapaz de causarle dolor a Karin.

—Aun así, existe algo que puede temer—continuó—. Una sola cosa. Que, sentado tras la ventana, le suceda lo mismo que cuando quería escribir. Que no se le ocurra nada. Que un día la imaginación lo deje en la estacada. Observa desde el palco de su ventana a los hombres y mujeres que circulan por el escenario de la plaza del mercado y se da cuenta de que, en el fondo, no tiene ni idea de quiénes son. Sólo sabe que ha guardado cierta relación con ellos, y ellos con él, y precisamente en ese momento descubre que los necesitaba mucho más de lo que creía. El espectador teme que el escenario se oscurezca de pronto, se vacíe y se quede en completo silencio. ¿Qué sentido tendrá entonces seguir sentado en ese lugar tras la ventana? Mejor hará entonces en tirarse por ella.

Mientras hablaban, pasaron junto a la larga valla de la piscina municipal, interrumpida de vez en cuando por columnas de hormigón, y llegaron al linde

de un parque bordeado por un arroyo a un lado y por una carretera al otro. El agua del arroyo que discurría por el linde del parque había sido embalsada mediante una presa, se habían instalado peces en el lago, y como trazados con tiralíneas se construyeron en todas las direcciones senderos umbrosos que configuraban una tupida red en aquel espacio no excesivamente grande. Karin y Ervin eligieron un banco a la orilla del lago. No volvieron a sus temores ni a cuáles podrían ser las posibilidades fugaces y nunca probadas de sus vidas. Hacia las cuatro, cuando se levantaron, porque el sol comenzaba ya a ponerse y el tiempo había refrescado hasta resultar desagradable, un estúpido accidente casi estropeó la exitosa tarde. En la salida del parque, una púa oxidada que sobresalía de la alambrada le rasgó la palma de la mano a Karin. Le hizo una herida de dos o tres centímetros cerca de la muñeca. No sintió dolor, ni siquiera se inmutó; sólo lo hizo al instante siguiente, cuando la sangre comenzó a manar de manera abundante y a sus pies se formaron gotas rojas mezcladas con barro. Sólo entonces se dio cuenta Ervin de lo sucedido. Extrajo un pañuelo del bolsillo de su abrigo, Karin lo cogió, lo dobló y lo apretó contra la herida.

—No te preocupes, no es nada serio.

El sol de octubre no tardó en ser sustituido por frías lluvias. Al principio lloviznaba, aunque luego empezaron a caer gruesas gotas que después volvieron a apaciguarse un poco. Los hoyos en el parque infantil debajo de la ventana se llenaron de agua, la grisura de la acera se oscureció, los transeúntes se anudaban la bufanda y se escondían bajo el paraguas. El aire era raro y frío. En aquella época del año, el viento siempre soplaba del norte.

En el mes siguiente, Karin recibió una carta de una amiga. Habían ido juntas a la universidad. Por aquel entonces compartían a menudo el tiempo, pero luego se mudaron cada una a una ciudad diferente. Sabían la una de la otra, aunque con frecuencia se enteraban tarde de los acontecimientos importantes que atañían a la otra, a veces sólo a través de amigos comunes. La relación, aunque a ambas les habría gustado conservarla, estaba encaminada a desaparecer del todo y a quedar sólo como recuerdo de una intensidad de antaño. La carta, sin embargo, estaba escrita en el tono de su antigua amistad. Karin decidió mostrar de todos modos la carta a Ervin, pero prefirió esperar al momento adecuado para hacerlo. Ese instante llegó cuando, al regresar a casa, encontró a Ervin de mucho mejor humor que en los días anteriores. Ese

buen humor no se debía a su llegada, por supuesto, sino que era un regalo de la traducción, la del hombre despojado de la capacidad de andar, quien, para entretenerse, envolvía a las vendedoras y vendedores del mercado, a las amas de casa y a los señores que allí curioseaban en las historias más estrafalarias sobre el escenario de su imaginación.

El matrimonio de Julia, la amiga de Karin, era tranquilo y no faltaba en él ni el respeto ni la fidelidad duradera, como tampoco esa comprensión tácita y permisiva que hasta podríamos denominar amor, sobre todo porque no sabemos muy bien lo que significa esa palabra. Alexander, que así se llamaba el marido de Julia, quince años mayor que ella, iba construyendo poco a poco, sin toparse con grandes obstáculos, su carrera de médico en una ciudad de provincias. No le faltaban, por supuesto, los envidiosos, pero tampoco había concitado enemigos influyentes, de modo que todo el mundo estaba convencido de que pronto heredaría la dirección de la sección de cirugía del hospital de la ciudad. Lo apoyaba el director del hospital, y tampoco le ahorraba palabras de aliento el catedrático jefe de la sección, sobre todo porque pensaba más en las sesiones de pesca del fin de semana que en los estómagos ulcerosos y en los pulmones agujereados, de manera que necesitaba a su fiable colega, al que podía encargarse tranquilamente las operaciones más complicadas. Julia tuvo que acostumbrarse a convivir con él soportando cierta soledad y lo hizo sin queja alguna. Alexander le garantizaba una vida cómoda, ella pudo aprender lenguas, y cuando se casó con él, sabía perfectamente lo que le esperaba. En la vida sólo echaba de menos a un niño, un cuerpecito que poder abrazar. Sin embargo, no tuvieron hijos. El organismo de Julia se desprendía del embrión en el tercer mes de embarazo. Alexander, hombre paciente, procuró animar y reforzar la esperanza en ella, pero era cada vez más incapaz de hacerlo, y hasta él mismo empezó a flaquear en el esfuerzo. Sus frases se parecían más que nada a aquellas que utilizaba a modo de consuelo ante los pacientes que sufrían de alguna enfermedad crónica, sin visos de una curación definitiva. Para colmo, con el ginecólogo, al que Alexander sólo conocía fugazmente, pero al que recomendó con la conciencia tranquila pues gozaba de buena fama en el hospital, Julia tuvo que soportar situaciones sumamente desagradables. En carta, se refería a ellas con detalle. Durante bastante tiempo, estuvo dispuesta a interpretar las torturas como simples molestias e incluso a convencerse de que tenían un sentido cuando su

cuerpo y su alma se habían agotado ya en los inútiles tormentos. Al principio no notó el cansancio en ella, sino en Alexander, quien ni una sola vez la acompañó al ginecólogo.

A Karin le sorprendió y la perturbó que su antigua amiga se dirigiera a ella con semejante confianza después de tantos años. Cuando había decidido mencionar la carta a Ervin, de pronto no le pareció tan urgente. Habría preferido coger papel y bolígrafo en el acto con el fin de responder en un tono igualmente amistoso, además de compasivo, pero manteniendo la debida distancia, evitando cualquier muestra de entusiasmo, ya que días después de enviar la carta Julia quizá se arrepentía de haberla mandado y no entendía qué la había impulsado a mostrarse tan abierta con Karin. Desde luego, se habían llevado muy bien en su día, pero eso había ocurrido hacía muchos, muchos años. La carta estaba dirigida a los recuerdos, pero a Karin también la hacía feliz la idea de que lo pasado fuese tal vez recuperable. En su respuesta, que no debía tardar, tenía previsto ofrecer de todas maneras la posibilidad de ir a visitarla, eso sí, procurando no mostrarse demasiado impertinente.

En consecuencia, Karin sólo informó de la carta a Ervin al cabo de dos días, la mencionó como si le hubiese venido a la mente de pasada, fingiendo indiferencia, mientras se miraba la cara en el espejo del baño, volviendo hacia la luz primero un lado y luego el otro, como si quisiera examinar los poros uno por uno. Dijo en voz alta a Ervin:

—Imagínate, me ha llegado una carta de una vieja amiga, Julia, a la que tú también conociste en su día.

Encontró un pequeño grano en costado de la nariz, lo apretó entre dos uñas y luego limpió el lugar con la loción de Ervin para después del afeitado.

Lógicamente, consideraba la información sobre los exámenes ginecológicos un asunto entre mujeres, de manera que no los mencionó, como tampoco el pasaje en que Julia explicaba cómo, tras el segundo o el tercer aborto, intentó protegerse contra el duelo, lo cual era absurdo, pues no se puede estar de duelo por alguien que no ha vivido. Sin embargo, Julia no lograba librarse de la sensación de que alguien había muerto en su interior y de alguna manera continuaba en ella. Karin se limitó a comunicar que Julia y Alexander, después de largas gestiones cuyos detalles también habían sido, como podía imaginarse, bastante desesperantes, habían adoptado a un niño, al que encontraron en el hospicio de G.

Todo esto lo contó ya en la sala, y en su rostro no había ya ni huella de la aparente indiferencia de antes. Cuando alzó la vista de la carta, quiso ver la cara de Ervin al otro lado de la mesa, pero debido a la tenue luz de la tarde y al balcón del piso de arriba la habitación apenas estaba iluminada, y habían olvidado encender la lámpara. Reinaba el silencio, era la hora de la tarde en que poco a poco comienzan a crecer las dimensiones de las cosas.

Mientras Ervin escuchaba la lectura, se preguntaba si Karin le creería si decía que no se acordaba de Julia. Y de repente recordó que no era la primera vez que soñaba con esa casa húmeda y ruinoso, no era la primera vez que veía esas tazas de té sobre la mesa de madera gruesa con vetas violáceas. Tenían un dibujo de plantas verdes, entre cuyas hojas brotaban pequeñas flores de color rojo. Había algo terrorífico en el dibujo. Si uno miraba largo rato las tazas, le daba fácilmente la impresión de que un hombre se escondía entre las ramas, un hombre que con ojos sin párpados observaba sin descanso desde detrás de la exuberante vegetación. Y cada ojo era como un río, cada uno remolineaba de manera diferente, el uno fluía más rápido, el otro más lento, sus temperaturas también eran distintas; no resultaba conveniente mirarlos porque podía uno perderse en ellos con facilidad.

Había visto esos dibujos de plantas verdes por primera vez cuando Karin cursaba cuarto o quinto año en la universidad, y él, los fines de semana, cada vez que podía iba a verla a G. De los viajes recordaba en particular el tapizado de piel sintética de los asientos del tren y el olor acre que lo impregnaba todo. Por los efluvios de los cuerpos y de los materiales, por el calor apenas soportable que emanaban continuamente los radiadores instalados bajo los asientos y por el traqueteo también uniforme del tren, tarde o temprano siempre acababa durmiéndose.

Decidió no acordarse de Julia, aunque Karin no debía sospechar nada, porque, además, tampoco tenía ya importancia.

—Dios mío, tu memoria—sonrió Karin—. Julia estuvo incluso en nuestra boda, y tú bailaste con ella. Prometió que, si te portabas mal conmigo, vendría y te arrancaría la nariz.

En efecto, Julia había estado en la boda. Emergió de las nieblas del pasado con un vestido de seda rojo oscuro, rayano en un color burdeos, llevaba un cinturón hecho por ella de la misma tela, y el escote con forma de V que llegaba hasta la mitad del vientre estaba ribeteado con un denso encaje

azul claro que con el collar de oro, fino como un cabello, resaltaba la línea perfecta del cuello y permitía intuir la forma de los pechos. A Julia no le quedaban bien los trajes de apariencia sencilla, aunque sumamente refinados, que se hacía coser Karin por un dineral. De su gusto complejamente medido y consciente de las verdaderas proporciones de su cuerpo, que mantenía en eterno equilibrio lo inesperado y lo previsible, Julia no tenía nada, más bien tendía a lo desproporcionado, a lo desbordante, a las asimetrías.

—Vaya—respondió Ervin tocándose la nariz—, ésta sigue en su sitio. O sea que no me habré portado tan mal contigo, o quizá sea muy olvidadiza tu supuesta amiga.

Karin dejó la carta en la mesa. Líneas ágiles y sutiles se seguían sobre el papel, las letras se entrelazaban de forma ligera y plena, aunque había algo infantil en esa escritura, cierta debilidad y lejanía, y sólo en ese momento se percató Karin de que la letra de Julia no había envejecido.

—No entiendo cómo puede escribirme con semejante confianza después de todos estos años, como si nada hubiera ocurrido entretanto.

Ervin había seguido el movimiento de Karin. Apoyó el codo en el otro brazo del sillón, de manera que su cuerpo salió de la sombra de las hojas de la *dieffenbachia*. Echó un vistazo a la carta y se reclinó.

—No hay que darle tantas vueltas. Muchas veces has dicho que hemos de abrir las puertas. ¡Escríbeles y deja que decidan ellos! Si no quieren venir, ya encontrarán alguna excusa. Y si vienen, se verá si les caemos bien y nosotros, por nuestra parte, sabremos si realmente necesitan unos amigos o si lo que necesitan es otra cosa.

Esa noche, aunque Karin se declaró cansada, Ervin consiguió con paciencia que sellaran su armonía en la cama. Karin recibió con ciertas reticencias las maniobras debajo del edredón. Para colmo, sentía fríos los pies, como siempre en esa estación del año, y le resultaba imposible coger calor. Y entonces venía Ervin y le quitaba de encima la cubierta. ¿Por qué no podía acostarse tranquilamente? ¿Por qué no dormir primero un rato y descansar? Le prometió que luego lo despertaría y lo llevaría al séptimo cielo. Ervin, sin embargo, ya conocía esas promesas; sabía que normalmente acababan en nada. Además, no necesitaba el séptimo cielo, ni siquiera el tercero, pues no lo dejarían ascender allí con sus anchos pies, sus gruesos muslos y su gruesa cintura, ya le estaba bien la tierra. Le acarició los muslos a

Karin, las nalgas, el vientre, le besó el cuello, el hombro, y aunque no llegaba respuesta, ni de aprobación ni de rechazo, Ervin venció en esta ocasión su temor a no conseguir el premio a pesar de su insistencia, ya que el fuego tarde o temprano se enciende, sólo hay que soplar las brasas con perseverancia. Y no se equivocó. Karin soltó un gran bostezo y se desperezó con enorme placer, momento que fue aprovechado por Ervin. La cogió por la cintura y la sujetó, y luego, después de que Karin con inesperada relajación le abrazara el cuello, se dejó llevar por su inclinación al detalle, y sus labios y su lengua, repitiendo las grandes secuencias del acto de conocerse, recorrieron los paisajes del cuerpo de su mujer.

En la palma de la mano de Karin seguía la herida sufrida hacía poco. Su contacto hizo aflorar la imagen de la piscina y del parque, así como la conversación que allí mantuvieron. El reloj de las pulsiones de ella iba más lento. A Ervin no le resultaba fácil conducirla hasta la frontera donde sus sentidos más profundos se abrían por fin ante el otro. Aunque ni por un momento lo abandonaba el impulso de la atención, no era capaz de aquello que realmente deseaba, esto es, trasladar esa atención al cuerpo de Karin. Sólo podía acoplar el ritmo de la respiración a las subidas y bajadas del pecho de ella y, para atenuar de alguna manera su percepción sensorial, negar que lo que sentía lo sentía él. Sin embargo, ya era tarde para recuperar la distancia desde la cual sus cuerpos, siguiendo un tiempo común, pudieran llegar a la vez allí donde lo pesado comenzaba a caer ligero, como una cascada de agua. Se había adelantado demasiado y por mucho que creyera estar atento a Karin, de hecho no lo estaba, sólo miraba hacia adelante, hacia delante de sí mismo. Era la ceguera de la vergüenza y de la soledad.

Hemos de lograr que nuestros cuerpos se conviertan en un paisaje vivo en el que no quepan más que peso y levedad, de tal forma que ni siquiera nosotros sepamos qué contiene. Hemos de acallar bajo los movimientos ese miserable tictac del metrónomo. Tú eres pesado, yo soy ligero. Tú eres rápido, yo soy lento. ¡Pero no te preocupes! Lo ligero necesita lo pesado. ¿Sabes que tu muslo tiene el tamaño de un bebé? A veces se me antoja haber parido cada uno de tus miembros, por eso he de acogerlos ahora también uno a uno. Tu pecho, tus brazos, tus pantorrillas, tu cadera. Es más, incluso esas orejas de murciélago. ¡Y déjame simplemente a mí tus prisas! Y cuando me beses, por favor, no cierres los ojos. Desearía que me vieras y que quisieras

encontrarme también con los ojos. Así. Y ahora imagina que eres agua, agua ondeante, profunda y pesada, y yo una ligera barca en el agua a la que levantas y sueltas, a la que llevas adonde yo quiero.

Y el agua, en efecto, comenzó a ondear. Karin desplazó las nalgas sobre el pecho de Ervin, le apretó la cintura entre los muslos y con la lengua poco a poco, como si lo hiciera en sueños, se acercó al miembro rígido, subió por la gruesa vena hasta el comienzo del glande mientras cogía con las cálidas manos los testículos tensos. La barca flotaba suavemente. El clítoris de Karin ya estaba lo bastante húmedo para situarlo sobre el miembro de Ervin y empezó a deslizarse encima con las piernas abiertas, de forma cada vez más intensa, de tal manera que el cuello del glande ocupara el pequeño hoyo bajo la pepita. Puso la mano derecha bajo sus pechos, echó la cabeza hacia atrás y con la boca abierta fue respirando entre deslizamiento y deslizamiento cada vez desde más hondo, desde el vientre, desde la ingle. Karin conocía los juegos del engaño. Se agitaba el agua como en un vendaval, se aquietaba luego como el bosque, ora irrumpía y destruía, ora se quedaba inmóvil como una montaña, y era para siempre insondable como la oscuridad. Ervin, con los ojos abiertos, se mordió la comisura de los labios y procuró adaptarse al ritmo de los deslizamientos. No yo, no yo. Cuando lo consiguió, la cintura de Karin, su espalda, sus hombros daban realmente la impresión de bailotear sobre el oleaje, y si bien las olas, que eran todo menos pacíficas, podían ser interrumpidas en cualquier momento por un gesto convulso, ese momento no suponía todavía un corte para aquello que no podía ser uno, como el cuerpo de un centauro, y Ervin se asombró de cómo podía entregarse Karin a su sentido del ritmo y a sus reflejos, como podía confiar tanto en él. Pero enseguida se dio cuenta de que Karin no confiaba en él, pues qué podía ser él allí, sino en esa música común que los esperaba en lo hondo, en el fundamento inamovible del movimiento, y en el instante en que cobró conciencia de ello oyó realmente la música en los gemidos guturales de Karin, y de manera tan forzada quiso atraparla y acogerla en su propio cuerpo que en el acto la perdió. No yo, no yo. Entonces, sin embargo, eso ya no contaba. Él, con su ausente sentido del ritmo, con sus reflejos embotados, ya no era él mismo sino el accesorio de un instrumento que incluso mal afinado era capaz de sonar con plenitud sobre el clítoris de Karin. Se hincharon los labios de la vulva y se tragaron el glande con su brillo perlado, que se deslizó hacia arriba por la vagina hasta llegar

casi a la boca del útero. Relámpagos surcaron la médula espinal y los nervios del cerebro, el vientre de Karin se encogió, arriba, abajo, arriba, abajo, y de repente, como si hubiera estallado una cuerda, se produjo la catástrofe.

Quedó la inmovilidad.

—Nooooo. —Descenso al abismo de la soledad y de la vergüenza—. Eres torpe. Has vuelto a precipitarte.

Julia y Alexander no fueron a visitarlos, pero las dos amigas de antaño conservaron el contacto e intercambiaron cartas con frecuencia.

## 5. HAY COSAS

A las once de la noche sonó el teléfono móvil de Ervin con la voz profunda y sonora de Patti Smith:

*Load on guns and bring your friends.*

*It's fun to lose and to pretend.*

*She's over bored and self assured.*

*Oh no, I know a dirty word.*

*Hello, hello, hello, how low?*

*Hello, hello, hello.*

Ésta fue la canción que Ervin escuchó la mañana en que se celebró la vista de su juicio de divorcio. Aunque seguía culpando básicamente a Karin, no le quedaba más remedio que darle al menos en parte la razón, por lo cual, sin embargo, consideraba aun más injusto que él continuara dándole vueltas al fracaso de su matrimonio, mientras que ella sin duda ya lo había superado. Según contaban, hasta había encontrado ya a otro hombre, si bien Ervin no se lo podía creer.

*With the lights out, it's less dangerous.*

*Here we are now, entertain us.*

*I feel stupid and contagious...*

Si a pesar de todo había encontrado a otro hombre, sentía curiosidad por saber cómo era. No, no sentía curiosidad, no le interesaba en absoluto. Conocerlo únicamente le provocaría dolor. Lo extraño era que ninguno de los dos había deseado el divorcio y aun así habían dado cada día un paso en esa dirección. El mal se construye igual que el bien. Ladrillo sobre ladrillo. Al

final fue como si bajaran corriendo por una ladera. Veían hacia donde iban, pero no podían frenar, a lo sumo aminorar el paso de vez en cuando. Entonces se sentaban, hablaban, se lamentaban, hasta lloraban. Decidían esto y aquello. Después todo seguía su curso. Al final se cansaron incluso de esto. Se responsabilizaban el uno al otro de su impotencia, de sus problemas, de que hasta las mejores intenciones siempre acabarían en fracaso. Mientras discutían y se colmaban mutuamente de reproches, ambos tenían la sensación de que aún cabía alguna esperanza. No entendían al otro y tampoco se entendían a sí mismos. Fue Karin la primera en proponer que se separaran. Ervin no quería oír hablar de separación. Luego Karin anunció que se mudaba. ¿Adónde? A la casa de una amiga, aunque Ervin imaginara otra cosa. Claro que imaginaba otra cosa. Estaba ofendido. El sentirse ofendido ya le iba bien, pero eso era algo distinto. Fue a ver a su padre para pedirle consejo. El señor Grönwald se encogió de hombros. ¿Qué se podía hacer? Se pelearon. Su padre, sin embargo, tenía razón. Al cabo de dos semanas, Ervin aceptó el divorcio.

En la mañana de la vista del juicio de divorcio, él estaba tumbado en calzoncillos sobre el sofá tapizado con un terciopelo artificial de color rojo. Hacía tiempo que no tenía ganas de traducir. Explicaría de algún modo el retraso de la entrega, pero tampoco le importaba si le retiraban el encargo del libro. No le interesaba demasiado. El mando a distancia estaba al alcance de la mano. Subió el volumen de la canción de Patti Smith. ¿Cómo pasar las últimas horas de un matrimonio? Se debería escribir un libro de orientación al respecto. En torno al sofá había tiradas aquí y allá prendas de ropa. Sin embargo, pertenecían a una sola persona, no como ocurría cuando hacían el amor y luego habían de repartirse las prendas. Y había también sobres, cartas, y platos y cubiertos sucios sobre la mesa. La voz de Patti Smith sonaba tan fuerte e intensa que las paredes de la habitación sumida en la oscuridad parecían derretirse.

*Here we are now, entertain us.*

*A mulatto,*

*An albino,*

*A mosquito,*

*My libido.*

*Yay!*

Aunque Karin llevaba ya dos semanas sin vivir allí, Ervin sólo se apoderó del espacio esa mañana, después de meter en cajas toda la ropa y los libros que había dejado su mujer y trasladar las cajas al sótano. Lo hizo por rabia, se sentía ofendido. Pero no sabía aún cómo vivir allí sin Karin.

Lo primero que debía conseguir era pasar diez minutos sin pensar en ella. Diez minutos no era poco. Luego se podía aumentar la dosis. A cuarenta minutos, a una hora, a medio día. Patti Smith lo ayudaba un tanto. Karin la odiaba. Según Ervin, se trataba, a pesar de cierto grado de ingenuidad, de una de las grandes mujeres artistas del siglo, y mientras declaraba esto era consciente de estar exagerando un poquito y, además, de estar ofendiendo a Karin al considerarla una artista. Él estaba llamando *artista* a quien se relacionaba con el mundo exclusivamente a través de las emociones, incluso a través de las emociones más infantiles, llamaba *artista* a quien ninguna forma de razón era capaz de afectar. ¿Te parece que la ausencia de razón, es decir, por la manera en que tú pronuncias esta palabra, la ausencia de una inteligencia superior, excluye que podamos tomar algo por arte? Sí, la excluye. Vale, pues entonces Patti Smith no es una artista. Claro que sí, lo es, y mucho, eso ya no lo puedes retirar así sin más. Karin sabía por dónde soplaba el viento. Estaba convencida de que, cuando Ervin mencionaba a Patti Smith, le estaba lanzando un ignominioso reproche, le estaba recriminando que fuera incapaz de entregarse a las emociones, incapaz de sentir verdadera pasión. Esa famosa pasión que Ervin tanto echaba en falta en sus vidas y que sin embargo estaba allí, aunque era incapaz de percibirla y hacerla aflorar. Como quien posee un violonchelo de sonido maravilloso en vano, porque no sabe qué hacer con él: lo maltrata de forma cada vez más impaciente y desesperada, lo baquetea y no consigue sacarle más que un desconsolado chirrido.

Pocas semanas antes de presentarse la demanda de divorcio, Ervin, teniendo en cuenta esa discusión, puso *Smells Like Teen Spirit* como timbre de llamada de su teléfono. Fue la voz oscura y sonora de Patti Smith la que sonó también cuando avisaron a Ervin de la muerte de su padre. Tenía la sensación de que la muerte de su padre y su divorcio se seguían necesariamente, de que los dos hechos eran consecuencia el uno del otro. No le extrañaba pensar al mismo tiempo en su padre y en Karin, es más, era como si por unos instantes se hubieran intercambiado, como si Karin hubiera muerto y él se hubiera divorciado de su padre.

Estaba convencido de que el médico de su padre lo llamaría personalmente, de que no encargaría a otro la tarea. Le comunicaría sin ninguna emoción, con tono neutro, que su padre había fallecido hacía unos minutos. Utilizaría esa palabra, la más adecuada para comunicar la muerte y también la más apropiada para su padre. La palabra *muerte* era demasiado profunda, significaba demasiadas cosas y nosotros sabemos muy poco al respecto. No sería señal de buen gusto por parte de un médico pringarse y pringar a Ervin con ella. Y añadiría, más por costumbre que por temor a que se le pidieran explicaciones, que había hecho todo lo médicamente posible por mantenerlo con vida. Eso y nada más. Ervin confiaba sinceramente en que se detuviera allí, en que no se adentrara en otros territorios en donde no había de entrometerse y en que no quisiera transmitirle además su sentido pésame aludiendo a las décadas de amistad con su padre.

Teniendo en cuenta las diversas posibilidades, todo transcurrió de la forma más sencilla y normal. Recibió una información escueta y objetiva sobre la última fase de la enfermedad. El médico no aportó detalles inútiles. Comunicó el momento del óbito, no expresó su pésame, ni tuvo el mal gusto de mencionar su amistad con el fallecido. Daba la impresión de no dar por sentado que Ervin se sintiera afectado.

A pesar de todo, su padre pasó los últimos días en el hospital. Ervin fue a verlo una vez más, para así concluir en su interior toda clase de ajustes con ese cuerpo inconsciente ya por la morfina. Cuando se acercó a la cama en el hospital, necesitó unos instantes para habituarse al olor acre del cuerpo. Se preguntó si, a través del sueño profundo, su padre percibía su presencia. Sin embargo, carecía ya de importancia en el fondo. El corazón latía aún, y la máquina de respiración artificial bombeaba el aire a los pulmones. Ervin levantó la sábana y apoyó la mano en la pierna de su padre, justo sobre una cicatriz situada por encima de la tibia. Desde que la viera a los ocho o nueve años de edad había querido tocarla. Se estaban cambiando en la cabina de la piscina. La mirada no se posó en el pene de color entre pardo y violáceo que apenas se veía en medio del pelo del pubis y de las ingles, sino en esa cicatriz y sintió un repelús como nunca había sentido. Ahora quería tapanla, ocultarla con la palma de la mano, para no verla, sino sólo tocarla. Tenía curiosidad por saber si la piel estaba allí más fría y pensó aterrado que en su cuerpo también aparecerían esas huellas y decoloraciones. Lo peor habría sido que en ese

momento comenzara a sentir compasión por su padre o, más terrorífico aun, algo que a falta de mejor nombre debería haber llamado amor. Se derrite en el cerebro un trozo de hielo del tamaño de una cabeza de alfiler y se conecta un circuito eléctrico que nadie necesita. Sin embargo, la cicatriz estaba tapada. Apartó la mirada y se quedó observando la pelotita de goma que se inflaba y se desinflaba una y otra vez y bombeaba el aire a los pulmones de su padre. La pelota se inflaba rápido y se desinflaba lentamente. Pfuuu-psi, pfuuu-psi, pfuuu-psi.

Cuando explicaba que su padre había sido ingresado en la sección de neumología del hospital Karolinska, todo el mundo lo tranquilizaba diciendo que no podía haber ido a parar a mejor lugar. Ervin no tenía ni idea de a qué debía su fama esa sección, pues, según su clara impresión, quienes allí yacían, en esas habitaciones de dos o tres camas, grises todos, la mayoría con las gargantas rajadas, con tubos en los costados, deseaban la muerte. Y en casi todos los casos, ese deseo pronto se hacía realidad. Muy pocos salían con vida de allí. Ervin observaba con repugnancia a los visitantes que, cada vez con menos esperanzas, pero por eso mismo de forma tanto más páfida, acompañaban a sus parientes enfermos por los pasillos incómodos, estrechos y sin ventilar, obligándolos a caminar cuando aún podían mínimamente moverse, sabiendo que esos paseos no tenían otro propósito que mostrar que aún no habían de borrar a sus padres, madres o hermanos de la lista de quienes todavía se aferraban a seguir viviendo.

Ervin no tenía mucho que hacer junto a la cama de su padre. Estaba, además, convencido de que no estaría presente en el momento de la muerte, ni quería estarlo. Habría considerado una mentira de mal gusto que hubieran querido compartir los llamados últimos instantes para así satisfacer los estúpidos malentendidos que rodeaban a una muerte, las expectativas que negaban de manera forzada la soledad de la muerte, en resumen, las febriles y atemorizadas urgencias de las buenas maneras, y fingir ante un público imaginado e invisible que les resultaba difícil despedirse el uno del otro y que procuraban condensar en esos momentos postreros todo aquello que no habían podido vivir juntos ni contarse el uno al otro en el flujo ligero de la vida.

Todo ocurrió tal como Ervin había imaginado, tal como se desprendía de forma correcta y sincera de su relación. Aun así, esa franqueza no le sirvió ni de alivio ni de resarcimiento. Colgó el auricular, y enseguida tuvo que beber

un vaso de agua y sentarse. De repente sintió un enorme cansancio. ¿Cuánto rato permaneció completamente inmóvil? ¿Fueron cinco, fueron veinte minutos? No habría podido decir lo que sucedió en ese lapso de tiempo. Luego, de pronto, sin saber por qué, se puso la chaqueta y se marchó corriendo a la casa de su padre. Después tampoco habría sabido explicar de forma satisfactoria por qué sintió esa necesidad irresistible.

En el camino, se adueñó de él un nerviosismo extraño, hasta entonces desconocido. Notó una presión en el estómago, comenzó a sudar, se le ocurrió que, mientras su padre permanecía en el hospital, unos ladrones habían entrado en el piso, pues en aquella época habían aumentado de manera extraordinaria los robos en domicilios en ese barrio normalmente tranquilo, y los ladrones se llevaban todo, sólo quedaban las paredes peladas. ¿Se quedaría entonces sin el espectáculo del archiconocido tresillo, de la inamovible mesa de madera de roble, de la biblioteca de color negro, de esos objetos que odiaba de todo corazón desde que tenía uso de razón? Al abrir la puerta, enseguida comprobó que nadie extraño había pisado el lugar, todo estaba en su sitio. Se tranquilizó un poco. Se relajó la presión en el estómago. Se sentó en el sofá, pues necesitaba unos minutos para recuperar el aliento, sólo luego estaba dispuesto a echar un vistazo a la casa.

Un piso vacío en el que ya no vive nadie de pronto se vuelve estrecho. Se encoge, se reduce, como las hojas caídas de los árboles cuando se volatilizan sus jugos. ¿Lo engañaba quizá su memoria? ¿Ampliaba el espacio de la vivienda, introducía bolsas de aire entre los muebles, los objetos, las paredes blancas? Si eso ocurría, la única explicación era que en ese instante, una vez muerto su padre, él volvía a situarse inconscientemente en las circunstancias de su niñez. No es que esa infancia hubiera dejado recuerdos agradables ni recuerdos que con el tiempo se embellecían. ¿Entonces por qué? Cuestión de proporciones, pensó. Hubo un tiempo, que en ese momento habría sido imprescindible recordar, en el que las palabras y los objetos lo rodeaban como hechos a la medida de su alma y de su cuerpo, lo rodeaban con la naturalidad del agua, y él flotaba en ellos, por así decirlo, casi sin peso, ligeramente. Entonces no intuía aún que todo aquello en que vivía lo circuía como un malentendido fatal imposible de cartografiar, el cual lo forzaba a intentar arreglárselas solo y abandonado con las palabras, con las mentiras destinadas a explicar las cosas y con las peculiares verdades ocultas en las

mentiras. Precisamente por eso, ¿cómo podía recordar aquella época? Sólo recordaba de manera viva y precisa su adolescencia, en que se agarraba de cada palabra como quien se ahoga y las palabras de las que se aferraba lo contaminaban, lo empobrecían, lo degradaban. Sí, sólo se acordaba de ese catastrófico estado de la mente cuya infelicidad era tan natural y parecía tan imposible de modificar como natural e invariable debía de haber sido la calma del período que lo había precedido.

¿Cuándo se produjo el cambio? ¿Dónde ocurrió? ¿Comenzó a funcionar de otra manera un interruptor en el cerebro, de modo que, mientras afuera nada cambiaba, en su interior surgió una confusión que hasta entonces nunca había dado señales? ¿O cambió algo en el exterior? ¿Apareció un objeto que hasta ese momento no había estado, se percató de un detalle que hasta entonces no le había llamado la atención, recayó de repente, en una frase bien conocida, el acento en otro sitio, con lo cual no sólo cambiaba el sentido de la frase, sino de todas las demás que entraban en contacto con ella? ¿Cuándo empezaron a oprimirlo los objetos, cuándo empezaron a crecer a su alrededor, ocupando los espacios libres? ¿Cuándo y cómo? ¿Existió ese comienzo? ¿Existía una sensación que respondía a un principio, al primer instante de una caída? No recordaba nada parecido.

Sentado en el sofá, notó que la presión volvía a intensificarse en el estómago, pero por el momento no respiraba más rápido. De pronto, sin embargo, le pareció que la camisa se le había encogido. Le apretaba el pecho, como si dos manazas le comprimieran los hombros. Tuvo que desabrocharse el botón de arriba. Le costó, porque le temblaba la mano. Pensó que de repente había sufrido una bajada del nivel de azúcar en la sangre, lo cual no le extrañó, pues no había comido nada en todo el día. Salió a la cocina por si podía encontrar algo para comer. La nevera estaba pelada. Sólo halló un frasco de mostaza medio vacío, lo destapó, la salsa de color pardo se había secado en el borde. Además, encontró en la nevera unos huevos que sin duda llevaban mucho tiempo esperando a que les ocurriera algo. El triste espectáculo le dio escalofrío a Ervin. Sabía lo importante que era para su padre que la nevera y los estantes destinados a las conservas y a los alimentos secos estuvieran siempre repletos. Él se ocupaba de llenarlos en todas las circunstancias. Lloviera o soplara el viento, él iba a comprar; en el peor de los casos, cada dos días. En cuanto entraba en la tienda, no descansaba hasta

llenar el cesto, el más grande, porque junto a la entrada había dos tipos de cestos para elegir. Cogía algo de cada estante, embutidos, quesos, sabores más habituales y otros menos corrientes, traídos incluso de lejanas tierras. Con esa terapia renovada una y otra vez, pues la compra le suponía una terapia igual que para otros los baños termales o los masajes, volvía a superar por un tiempo la insensibilidad y el embotamiento. En la tienda no cabía la desilusión, la tienda cumplía con sus promesas siempre y en todo momento. Y él se sentía satisfecho.

—¿Y ahora qué traes a casa? Te lo comerás todo tú, porque yo de eso no probaré ni un solo bocado, te lo aseguro. Y después te me quejas de que te duele el estómago.

Teresa siempre recibía con reproches al señor Grönwald cuando éste regresaba a casa con las bolsas a rebosar. La afición compulsiva de su marido a la compra y su insistencia en los problemas estomacales la irritaban hasta sacarla de las casillas, sus ojos despedían entonces verdaderos rayos de furia. Aun así, la ira no se debía quizá a eso, sino a algo distinto, algo muy distinto para lo que ni el uno ni el otro disponían de palabras.

Al volver a la habitación, Ervin imaginó ante sí a Teresa, como venida del más allá. Si Teresa realmente hubiera estado allí en ese momento, sentada a la gran mesa de madera de roble en aquella sala de color amarillo, no le habría prestado atención, simplemente lo habría observado de arriba abajo con mirada perezosa y vacua. Ervin no cesó de causarle decepciones. No poseía ninguna ambición, en vano estaba dotado de todas las facultades necesarias, sobre todo la de formular y redactar con gracia y estilo, pero no estaba dispuesto a ningún esfuerzo y, cuando se presentaba alguna dificultad, enseguida renunciaba, abandonaba lo que, por así decirlo, requería esfuerzo.

Al volver a aquella sala vacía, enseguida percibió la fragancia dulzona y embriagadora que siempre envolvía a Teresa. Estaba sentada a la mesa, vestida con su blusa de seda preferida, de color crema, uno de cuyos tirantes se le había corrido sobre el hombro. El rostro era afeado por un raquítico moño del que unos pelos blancos caían sobre el cuello. Ervin habría deseado ponerse a su espalda, masajearle la nuca y las sienes con movimientos lentos y delicados para que desaparecieran las arrugas en torno a los ojos, se relajara la tensión de los nervios en la cara, retirarle una por una las pinzas que le sujetaban el moño y soltarle el cabello pálido y cano.

—¿Qué te parece? ¿Quieres que te arregle el peinado?

La figura de Teresa, sin embargo, se esfumó en un abrir y cerrar de ojos, y a partir de ese momento Ervin entendió aun menos qué hacía él allí. ¿Qué hacía en medio del decorado de una vida cuya desaparición había deseado siempre, desde que tenía uso de razón? ¿Qué hacía en esa vivienda en la que, mientras residió allí, sus frases y acciones válidas y sinceras únicamente podían ser las frases y acciones del rechazo y de la destrucción? ¿Qué hacía allí un día después de la muerte de su padre cuando todo había concluido tal como deseaba? Pero ¿de verdad había concluido? ¿O sólo quedó despojado de la posibilidad de continuar, se cortó, se suspendió y por eso mismo no pudo concluir verdaderamente? Antes, hacía dos días incluso, pensaba que no se liberaría de la miseria de su vida, de su embotamiento, de su mudo horror, no se granjearía la confianza de sí mismo y de los demás mientras no venciera en su interior el mundo paterno y materno, mientras ese mundo no se destruyera, no desapareciera por completo. Pero ¿qué podía pensar en este momento? ¿Por qué no podía renunciar aún a sus absurdos y pueriles sueños, hasta cuándo necesitaba, completamente seguro de su derrota, aferrarse a las arrugas del pasado, responsabilizar de sus males a su padre, a su madre, a las paredes, a los objetos?

Ervin se dio la vuelta para eludir la mesa de madera de roble y no tocar el territorio soberano de su madre. Desde el vestíbulo se encaminó directamente hacia la habitación de su padre, en la que en su día sólo podía entrar previa autorización, la cual era más bien una orden. Su padre gritaba su nombre desde dentro, tan fuerte que parecía llamarlo desde una distancia inconmensurable. Había de presentarse entonces sin dilación ante el escritorio instalado sobre una tarima. A Ervin le extrañaba la oscuridad de la habitación de su padre, donde una fría penumbra lo recibía incluso en los días cálidos de la primavera. El árbol que se alzaba ante la ventana y cuya foliación y defoliación su padre observaba con detenimiento año tras año proyectaba esa sombra. Su padre estaba sentado siempre en la misma posición—las estanterías a su espalda estaban adornadas con los objetos más preciados—, leyendo un periódico antiguo o sumido en los apuntes de su catálogo. Cuando Ervin se plantaba ante él, lo hacía convencido de no ser capaz de responder si el señor Grönwald le preguntaba algo. Ni un sonido saldría de su garganta, se quedaría sin voz, y si la tuviera, sólo emitiría un vergonzoso chillido o un

estúpido gemido. Alineaba la punta de los zapatos con la raya del parquet. No se equivocaba, siempre elegía la misma tabla. Habría sido capaz de dibujar de memoria sus vetas en cualquier momento. Se entregaba a la inevitable vergüenza, esperaba bajando la mirada.

Esperaba, pero lo que ocurría era muy distinto. El señor Grönewald alzaba la vista del catálogo, pero no lo hacía de forma amenazadora, aunque tampoco amable, desde luego. Preguntaba a Ervin si había visto alguna vez un peine de hueso o una maqueta de barco o una pluma de émbolo o cualquier objeto como el que tenía precisamente en la mano. Y sin esperar una respuesta comenzaba a contar la historia del objeto que él mismo había ideado y que estaba destinada a él, puesto que él sería en un futuro el heredero de la colección. No le cabía la menor duda de que, cuando Ervin la heredara, la enriquecería con objetos y con historias dignas del espíritu de la colección y de la memoria de su fundador. Ervin callaba. Sólo era capaz de asentir sin abrir la boca, lo cual no decepcionaba al señor Grönewald, sino todo lo contrario: el silencio volvía a convencerle de que Ervin era un muchacho respetuoso y probablemente razonable.

Ocurría en las mañanas de sábado, en primavera o a principios de otoño, que al señor Grönewald le entraban ganas de dar un paseo largo o a veces hasta una excursión que incluía un pequeño viaje en tren y entonces solía llevar consigo a Ervin.

—Los hombres podemos hacer algún viaje aparte—decía entonces—, ¿no te parece, Ervin? ¿Estás de acuerdo, no? Mal estaríamos si nos aferráramos siempre a las faldas.

Las palabras sonaban amables, pero el rostro transmitía la necesidad de cumplir con una obligación.

En esos casos, Teresa les preparaba sendos bocadillos y un termo con té. Las excursiones los llevaban a ciudades cercanas, donde los sábados se celebraban mercadillos de artículos de segunda mano. Según la experiencia del señor Grönewald, en la localidades de provincias resultaba más fácil conseguir objetos interesantes, porque los vendedores no tenían ni idea de lo que exponían sobre sus mesas, mientras que en las grandes ciudades la afición al coleccionismo había supuesto una escuela y había formado a auténticos expertos. Esa tendencia suya a poner pegas y reparos le servía al señor Grönewald sobre todo para escapar de vez en cuando de casa. Lo que más le

gustaba era ir solo, pero si el precio a pagar por esas escapadas solitarias era llevar consigo a veces a Ervin, él pagaba sin rechistar.

Esos viajes servían, según él, para la formación de Ervin. De todas maneras, en cuanto se subían al tren apenas se ocupaba de su hijo. Sólo lo hacía cuando llegaban al mercadillo. Ervin iba detrás de él sin decir palabra. Sin embargo, no podía dejar de percibir que el teatro que hacía el señor Grönewald mientras cogía un objeto y lo examinaba minuciosamente iba destinado a él. Se trataba de una clase sobre qué convenía inspeccionar en cada objeto, en qué trampa no había que caer y con qué trucos se podía obligar a los vendedores a rebajar más y más el precio. Lo que más deseaba Ervin, avergonzado, era que lo tragara la tierra. Habría preferido cien veces que el señor Grönewald ni le prestara atención para limitarse a pasar el día sin vivir situaciones desagradables.

Lo que más recordaba Ervin de esos viajes eran los trenes, mientras que, a causa del miedo, los mercados, las carpas, el tráfico y la muchedumbre quedaron grabados como un sueño en sus sensaciones. Siempre llegaban temprano a la estación y después de instalarse en un compartimento vacío lo primero que hacía el señor Grönewald era correr las cortinas para que a nadie se le ocurriera entrar. Por alguna razón, quienes se subían al vagón respetaban esa hurañía. Echaban un vistazo y pasaban de largo; muy de vez en cuando aparecía alguien que se atrevía a abrir la puerta. Se sentaban el uno frente al otro. Ni por un instante osaba Ervin fijar la vista en el rostro del señor Grönewald. Observaba el paisaje y los nombres de las estaciones que se veían fugazmente. La oscuridad casi fundía su cuerpo con el revestimiento de terciopelo artificial del asiento y él se sentía desdichado porque no sólo se esfumaban ante sus ojos las casas, las barreras, los árboles frondosos y los pasajeros que esperaban en los andenes, sino que también desaparecían sus sensaciones, pues no le daba tiempo para conocerlas y examinarlas. Si alguien se hubiera percatado de esos pensamientos, se habría extrañado de que los concibiera un adolescente como él y los habría considerado quizá el resultado de la excesiva severidad que lo rodeaba y de una autodisciplina mucho más fuerte de lo habitual, pero ese alguien no existía.

—¿Quieres comer?

Sólo las frases más imprescindibles interrumpían el silencio del compartimento y el monótono traqueteo del tren.

—No.

—¿Tienes sed?

—Tampoco.

En una ocasión, el hermano de Teresa y su esposa estuvieron invitados en casa de los Grönewald. No ocurría con frecuencia. Teresa advirtió de antemano al señor Grönewald que no quería escuchar, una vez más, discusiones en torno a la mesa. Su hermano venía con el propósito de reconciliarse, que era para ella lo más importante. Se había puesto de acuerdo por teléfono con su cuñada Ingrid, quince años más joven que ella. Lógicamente, el señor Grönewald no sólo comprendía, sino que aprobaba la postura de su esposa, de manera que después de los primeros minutos de la visita, cuando todos intervenían en la conversación y preguntaban y respondían con la mayor cortesía posible, Teresa se sintió aliviada. Sirvió coñac, del que Ervin también recibió un poquito, y a su cuñada Campari con zumo de naranja. Se hablaba de asuntos inofensivos, de política y de deporte. Hendrik, el hermano de Teresa, podía demostrar sus conocimientos en ambos ámbitos al señor Grönewald, a quien el deporte lo dejaba frío; no le interesaban ni el fútbol ni el hockey sobre hielo, los consideraba ocupaciones pueriles. Y ya había visto y experimentado bastante política como para tener ganas de hablar sobre ese tema durante la cena.

—A ver, Hendrik, ¿cómo te puedes tomar en serio las torpes bromas de unos payasos de ínfima calidad?

Hendrik, sin embargo, estaba en su salsa, ni siquiera le molestaba la tos que le venía una y otra vez, que no era síntoma de una bronquitis crónica, como creía, sino de un incipiente enfisema pulmonar. Pasaba de un tema al otro sin solución de continuidad, recitaba las secciones de política interior y exterior del *Aftonbladet*, el periódico que leía todas las noches de cabo a rabo.

Lógicamente, Ervin no recordaba de qué trató la conversación. Se aburría de lo lindo, a buen seguro. Tenía la facultad de mantener los ojos abiertos y aun así desconectar el cerebro por completo. Reclinaba un poco la cabeza en el respaldo del sofá y apenas daba señales de vida. Era una de esas situaciones poco frecuentes en que nadie quería nada de él ni le preguntaba siquiera por sus progresos en la escuela. Apenas tenía entreabiertos los ojos. Posaba a veces la mirada en los hombros desnudos de Ingrid, en sus brazos

blandos y sedosos, tan brillantes y oscuros como un pastel recién hecho.

A pesar de los antecedentes, el grupo se sentó en un estado de ánimo distendido a la mesa. Además, Teresa se había lucido cocinando. Ingrid quiso saber la receta, pero cuando descubrió las horas de preparación que requería, soltó un suspiro: ¿de dónde iba a sacar tanto tiempo? Teresa podría haberlo interpretado como que ella sí disponía de tiempo para eso, pues sólo trabajaba cuatro días a la semana, pero no quiso entenderlo en ese sentido. El grupo estaba todavía ocupado en la carne de venado con salsa de arándanos cuando un comentario lo echó todo a perder. Ervin no recordaba si lo había hecho Hendrik o el señor Grönwald porque, además, daba lo mismo. Quien vive en familia, había dicho en una ocasión, puede intuir perfectamente lo que sienten los rastreadores de minas. Quien tiene padre y madre y hermanos no puede distraerse ni por un instante, tiene que detectar los pensamientos y sentimientos inexpresados, recordar y olvidar en el mismo momento. Si no es capaz de hacerlo, no es precisa una mala intención, basta una mínima tardanza, un descuido, un tropiezo, basta que el sentido de justicia reprimido escape por un segundo al control de la paciencia para que se destrocen brazos, piernas y troncos y haya sangre, sangre por doquier.

Teresa lloró. Fue la primera y última vez que Ervin la vio llorar. Exigió al señor Grönwald que pidiera perdón enseguida. Él, sin embargo, no estaba dispuesto, sobre todo porque no había dicho lo que había dicho por él, sino precisamente por Teresa, para defenderla. Iba explicándolo mientras se dirigía a su habitación para recluirse entre sus objetos y sus cuadernos. El día siguiente era sábado, día de mercado. Ervin y el señor Grönwald estaban sentados en el compartimento del tren, tras las cortinas corridas. Ervin no se atrevía a fijar más de un instante la mirada en el rostro del señor Grönwald. Observaba el paisaje y miraba los nombres de las estaciones que se veían fugazmente. La oscuridad casi fundía su cuerpo con el revestimiento de terciopelo artificial del asiento. Se sentía inmensamente desdichado. Ya en el mercadillo, apenas prestó atención al tráfago en torno a las mesas, a las negociaciones entre los vendedores y los potenciales compradores. Y dio la impresión de que, por otra parte, nada era capaz de encender la imaginación del señor Grönwald. Se quedaba mirando algún objeto que había cogido, pero en vano, no ocurría nada, no lo entusiasmaba su contacto, no comenzaba a contar alguna historia sobre el objeto como hacía tan a menudo en otras

ocasiones.

Fue un día desagradable, sin ningún éxito. En el viaje de regreso, el señor Grönewald se volvió hacia Ervin con un gesto más benévolo de lo habitual en su rostro, como si quisiera comunicar algo importante. Esto se deducía de cómo ladeaba la cabeza, de cómo la inclinaba ligeramente para examinar con precisión si su hijo se encontraba en la disposición adecuada para captar lo que quería decirle. Luego entornó los ojos por un instante como si quisiera ponderar por última vez la idoneidad de lo que se disponía a hacer y una ligera contracción en la comisura de los labios dio la señal de que había tomado una decisión. De pronto abrió los ojos, humedeció los labios con la lengua y abrió la boca, pero por el momento no dijo nada. El rostro de Ervin no expresaba ni espera ni curiosidad, fingía no haberse dado cuenta de las dudas de su padre.

—Hay cosas de las que—dijo por fin el señor Grönewald, pronunciando muy lentamente las palabras, como si cada una fuese un saco que había que alzar y poner sobre un estante muy alto—, hay cosas, Ervin...—Comenzó a levantar de nuevo el saco, pero con menos fuerza, más inseguro. Esperaba alguna señal de ánimo de su hijo para evitar que surgiera algún malentendido entre ellos en ese momento tan significativo, pero no la recibió—. Nosotros no consideramos necesario—continuó en voz baja, casi con un suspiro, como quien reúne las últimas fuerzas, aunque dio la impresión de que éstas eran suficientes para comenzar a decir lo que quería—. Sí, Ervin, tampoco yo lo consideré necesario, y tú sin duda lo entenderás...

En ese momento, el revisor abrió la puerta del compartimento oscurecido por la cortina. El señor Grönewald se sintió aliviado. Cuando terminó la revisión de los billetes y el funcionario se marchó y cerró la puerta, ya no fue capaz de empezar de nuevo. Se reclinó, se hundió en el asiento revestido con una tela de color azul y sólo dijo en voz muy baja:

—Quería hablar de la mesa.

El tren comenzó a frenar y entró en una estación. Los altavoces dijeron el nombre de la localidad, los pasajeros que se disponían a subirse se situaron ante las puertas que abrían automáticamente. Querían ocupar los mejores sitios, de manera que procuraron ser los primeros en poner el pie en el escalón, mientras los acompañantes que habían venido a despedirlos echaban un vistazo al interior del vagón a través de las ventanillas para ver dónde

había asientos desocupados. Alguien miró al interior del compartimento que ocupaban el señor Grönwald y Ervin, pero por lo visto no lo consideró adecuado, pasó de largo y enseguida avisó con gestos expresivos a alguien que se dirigiera cuanto antes al siguiente compartimento.

Ervin quería saber ya lo que quería decirle su padre, qué pasaba con esa mesa fea y sobredimensionada bajo la cual se había instalado hasta no hacía mucho con el mapa de las clases de geografía para viajar mentalmente a ciudades conocidas y desconocidas, para navegar por los mares. A todo esto, en la frente del señor Grönwald, por encima de la nariz, aparecieron dos rayas verticales, parecidas a uñas de gato. ¿Qué repetición señalaban? El tren pasó sin parar por un apeadero cuyo nombre no hubo manera de descifrar y volvió a recorrer los campos recién sembrados, salpicados aquí y allá por pequeños grupos de árboles. Lo que más deseaba Ervin era salir volando por la ventanilla del tren, desaparecer en aquel decorado, sumirse en el nunca y en ninguna parte, dejar que la distancia absorbiera su cuerpo.

Y en ese momento, treinta años después, cuando se encaminaba hacia la habitación de su padre, sabía perfectamente lo que haría: entraría en la habitación, esta vez sin ser llamado ni autorizado, y sin mirar alrededor, sin ponderar nada, lo haría todo añicos y no saldría hasta que no quedara ni un solo objeto en las estanterías. Se lo debía a sí mismo y se lo debía también a su padre. Es un camino tortuoso el que lleva a la liberación, si es que es posible liberarse y si no son perpetuas toda sentencia y toda esclavitud.

Al entrar en la habitación oscura, retrocedió.

—¡No!—fue la única palabra que atinó a pronunciar y que repitió una y otra vez.

El señor Grönwald se le había adelantado.

Sabía de antemano lo que quería hacer. Repasó sus sentimientos e impulsos, antes incluso de que surgieran. Pero ¿de dónde había sacado tanta fuerza? ¿Tanto odio ardía en su interior? ¿O tanto lo comprendía o lo quería quizá? Querer... ¿qué palabra era ésa? ¿Qué significaba? Su padre había decidido por él, lo había despojado de la posibilidad de destrozar esos estúpidos objetos, de aniquilar el mal que durante esos años se había acumulado entre ellos y para el que no tenían ni podían tener palabras. Lo había despojado de la posibilidad de dejar atrás toda su desdicha y de decir sí ante sí mismo. ¡Qué ridículo era él allí en medio del cuarto en ruinas de su

padre! Qué esperanza más absurda la de liberarse de él.

En la oscuridad tardó minutos en darse cuenta de que una estantería había quedado intacta al lado del escritorio. Estaba más abajo que las demás. Se acercó. No podía creerse lo que veían sus ojos. Encontró allí sus propios objetos de la infancia. Un zapato derecho negro, de charol, su primer zapato de domingo. Un guante de lana con el que jugaba a tirar bolas de nieve. La pluma estilográfica de color lila con la que había aprendido a escribir. Un trozo de crayón de color verde. Una taza mellada. En un matraz, un rizo; en otro, un diente. Una maqueta de barco y un gorro de lana. Un cuaderno de la escuela. Una piedra cuya historia desconocía.

Cogió una por una las piezas y volvió a ponerlas en su sitio con cierta repugnancia. Luego ni siquiera recordó cuánto tiempo había permanecido en la habitación. ¿Diez minutos? ¿Una hora? Tampoco en qué momento vio y guardó la carta que el señor Grönwald le había dejado sobre el escritorio, apoyada en la lámpara. En el sobre estaba escrito, con hermosa caligrafía, su nombre. Salió de la habitación un tanto mareado, casi inconsciente. Nunca más puso el pie en la vivienda de su padre. Encargó a un abogado que la vendiera. Le pidió que cogiera cuanto encontrara en aquel estante, lo metiera en una bolsa de plástico y lo tirara. Cuando se cerró la puerta del edificio a su espalda, sonó el teléfono móvil en su bolsillo.

*Load on guns and bring your friends.*

*It's fun to lose and to pretend.*

*She's over bored and self assured.*

*Oh no, I know a dirty word.*

*Hello, hello, hello, how low?*

*Hello, hello, hello!*

Era Karin. Sin duda se había enterado por alguien de que su padre había muerto. Ervin cortó la llamada, ni se le pasó por la cabeza hablar con ella.

## 6. CARTA AL VIAJERO, AL RETORNADO

Querida Karin:<sup>1</sup>

Bien conoces tú mi mala costumbre de escribir con lápiz o con bolígrafo en los libros, de subrayar alguna frase, apuntar algo al margen. Así hago mío lo que leo. A ti no te gustaba, es más, te parecía un escándalo, pero yo no me dejé reeducar. Qué le vamos a hacer, es así.<sup>2</sup>

No hace mucho leí en un libro que si alguien no ha perdido del todo la sensación de seguridad que le dieron los brazos de la madre justo después de nacer, la conciencia evidentemente falsa de que la vida le puso el invisible anillo de la fortuna en el dedo, las vicisitudes del mundo no podrán hacerle daño. Subrayé esa frase para así encontrarla luego con facilidad. Enseguida tenía lista la respuesta. Casi me salió en forma de grito. Yo nunca he tenido confianza en el mundo.<sup>3</sup> No era más desdichado que los demás, pero en ningún momento podía yo dejar de pensar que la meta definitiva de nuestra vida era su propia destrucción que de manera misteriosa a lo sumo estaba dispuesta a pausar, pero nunca a aplazar o a abandonar.

No sé, Karin, cómo se configuraron estos convencimientos. No sé por qué se ensombrece el alma de un niño o de un joven de un día para el otro.<sup>4</sup> Tú esperaste que con el tiempo la confianza surgiera en mí, la confianza en ti, en tu amor. Amor: palabra temible para mí. Decías que amar es como esperar a un invitado. Le preparamos la comida, las bebidas, ponemos la mesa, nos vestimos con ropa limpia, y el huésped no tendrá que hacer más que aceptar todo eso. Cuando me lo dijiste, te respondí que cada vez que me encuentro en esa tesitura me siento incómodo, me espanta ver que alguien se ha preparado para mi llegada. Me da la sensación de tener que deshacer cuanto antes el

malentendido. Dar a entender a los anfitriones que me han confundido con otro, que no soy yo a quien esperaban.

A mí, la expectativa de los otros o incluso de los míos, a los que tendía a identificar con los otros, siempre me perturbaba. Admiraba a quienes sabían llevar charlas amenas, a quienes introducían más y más nuevos giros en la charla. Junto a esa clase de conversadores siempre me angustiaba, temía que el papel me tocara también a mí, que no fuera capaz de responder de manera rápida y ligera, que hiciera empantanar el carro de la conversación. Y si se daba la circunstancia de encontrarme con alguien a solas y tener que conducir yo el diálogo, la angustia se convertía en terror y lo único que me venía a la mente era que terminaría provocando una desilusión. A pesar de que ésa es la forma más inofensiva de la expectativa del otro, que no desea más que un poco de ingenio. Sin embargo, lo que más quería yo era ponerme en un rincón y me alegraba incluso ser capaz de respirar.<sup>5</sup> Cuando tenía que sentarme en el sitio destinado al invitado, de pronto me quedaba rígido y vacío, como si me hubieran puesto un uniforme, y los minutos y las horas que comenzaban a correr a partir de ese instante se convertían de manera irremediable en parecidas a las que vivía cuando, en la escuela, me obligaban a escribir diez veces, cien veces la misma palabra.<sup>6</sup>

Aun así, necesito las formas repetitivas. Sin ellas simplemente me pierdo.<sup>7</sup> Eso sí, formas que no me obliguen a llenarlas conmigo mismo. Que me permitan mantenerme oculto.<sup>8</sup> Creo que tú lo entendiste muy pronto, aunque me reprocharas que viviera siempre en el pasado, que el vivir en el pasado se convirtiera, por así decirlo, en mi ocupación. Te reíste cuando me dieron ese empleo en el archivo municipal. Dijiste que el puesto me venía como pintado. Me venía bien esconderme en esas salas y despachos templados, donde no existían ni el invierno, ni el verano, entre gigantescos almacenadores que se desplazaban sobre raíles y en los que se pretendía conservar durante seiscientos años cada factura de cada escuela. No pude explicarte, sin embargo, que todo eso significaba precisamente la liquidación del tiempo, porque quien planifica con una previsión de seiscientos años, quien se organiza para tanto tiempo, quien produce cápsulas temporales con los informes y con toda clase de cachivaches, lo que quiere decir en el fondo es que el tiempo está parado, no transcurre. Sabe que en esta pequeña parte de la tierra los grandes problemas de la historia están más o menos resueltos. Sea

como fuere, aquí ya no se librarán guerras y con un poco de precaución hasta se pueden evitar los incendios. Por tanto, aunque aún pase el tiempo, esencialmente nada cambiará, porque lo que podía ocurrir ya ocurrió.<sup>9</sup>

Tan pronto como puse el pie en el archivo, esa perfección me tranquilizó. A mis ojos, el pasado siempre ha sido un jardín lleno de monstruos ocultos. Recuerdo que una vez en mi infancia vi una piedra maravillosa. Brillante, de color lila, jamás había visto nada parecido. Me aproximé para verla más de cerca. Y de cerca me hechizó todavía más. Decidí llevármela. Sin embargo, en cuanto la alcé, aparecieron en el hueco que había dejado la piedra unos seres repugnantes, empezaron a corretear unas hormigas decididas a salvar sus diminutos huevos.<sup>10</sup> Para mí, la imagen del pasado era siempre ésta. Y el llamado futuro me provocaba una preocupación permanente. Me preocupaba si podríamos pagar nuestras facturas, si, en general, podríamos subsistir, y como no había motivos para tales miedos, me figuraba toda suerte de desgracias futuras e imaginaba a enemigos a mi alrededor, dispuestos a retorcerme el pescuezo y atentos a cualquier fallo mío.

Por tanto, no dejé el archivo porque lo considerase un lugar inadecuado para mí. Todo lo contrario, me marché porque el sistema estaba hecho a mi medida de una manera tan exagerada que se volvió cada vez más incómoda. Entretanto, tú avanzabas estupendamente en tu carrera, el juzgado te encomendaba asuntos cada vez más interesantes: te reconocían, te ascendían, estabas segura de tus sentencias, pocas veces te angustiabas por ellas. Yo, en cambio, no tenía ni la más mínima posibilidad de ponerme realmente a prueba. No te hablaba de ello, pero ya había madurado en mí la determinación de ser valiente por primera vez en mi vida, de cortar las amarras, de descubrir finalmente para qué servía yo de verdad. Contaba con tu apoyo.<sup>11</sup> Contaba con que estuvieras de acuerdo conmigo y me reforzaras en mi decisión. Pero tú te limitaste a decir que hiciera lo que me pareciera correcto y que, en tu opinión, era una tontería. Quien en el mundo de hoy tenía un empleo—para colmo, agradable y bien remunerado—debía alegrarse, dijiste, y no dar pasos irreflexivos.

Te confesé mis numerosas dudas y miedos y que no estaba en absoluto seguro de mi determinación. Aun así, no podía obrar de otra manera, porque la mera idea de pasar todos los días de las décadas siguientes en el archivo me provocaba una sensación de asfixia.

Me di cuenta, sin embargo, de que tú también podías sentir angustia y de que ésta era más grande y más profunda y al menos tan antigua como la mía. Cuando viajamos a París después de nuestros esponsales, no abriste la boca durante días. Te preguntaba por qué, pero no dabas ninguna explicación. La mudez tampoco iba contra mí. París silenciosa, decía yo. Tantas caras desconocidas nos bombardeaban los ojos en un solo instante que estaban a punto de salirnos de las órbitas. Europa, África y Asia fluyen y remolinean en un pequeño espacio, y si ésta es una imagen válida del mundo, aquello que vive dentro de nosotros no es así en absoluto.<sup>12</sup> De este modo argumentaba yo para llenar el silencio. Llegamos al extremo del puente Alejandro III que lleva al Museo del Quai d'Orsay y vimos allí la estatua de bronce de una ninfa. Una estatua asombrosa. Se percibía la delicadeza de la piel de esa muchachita apenas adolescente, la blandura de su carne, y la sonrisa en su rostro no hacía más que aumentar la perturbadora ambigüedad envuelta toda en un aire impasible. Se parecía a ti. Pero esa ninfa bien podría haber sido también un muchacho. Su rostro no tenía sexo, como tampoco su cuerpo. El artista daba a entender que pronto se convertiría en mujer, pero que aún no lo era. Sin embargo, nada era previsible. Como si hubiéramos llegado a un límite cuya existencia ni siquiera intuíamos, de manera que tampoco podíamos saber ante qué habíamos de tomar precauciones en esa frontera. La ninfa sujetaba una concha en la mano derecha y una flor en la izquierda. Como si fuera una puerta ante la cual, inseguros, temiendo una equivocación, no sabíamos si podíamos entrar, así nos detuvimos ante la estatua cuyos detalles, desde la tela que apenas le tapaba el muslo hasta las hojas de una planta detrás, estaban todos trabajados con suma minuciosidad. Desde el primer momento resultaba insoportable la idea de que el escultor no hubiera reflejado, sino transformado a su modelo. El parecido contigo resultaba, además, tanto más perturbador cuanto que ese ser ambiguo daba la impresión de haber cumplido apenas los diez años.<sup>13</sup> Estábamos allí parados, y me pareció ver que te entraba pánico, yo también me asusté, pero ninguno de los dos dijo nada. Aunque quizá habría sido preferible que hubieras tirado el anillo de compromiso al Sena o que yo te hubiera propuesto suspender la boda.<sup>14</sup> No obstante, nada de eso ocurrió. Era incapaz de extraer una sola idea de mi cerebro, me notaba como una esponja reseca. Tampoco albergaba sentimientos. Seguimos adelante y nos subimos al metro rumbo a la estación de Saint-Lazare.

Dos días más tarde volamos de vuelta a Estocolmo.<sup>15</sup> Durante mucho tiempo te quejaste de cansancio. Te costó acostumbrarte a nuestro nuevo entorno, al barrio. Echabas de menos a tu hermano. Todas las noches hablabas largo rato con él por teléfono, o con tu madre. Luego, al cabo de unas semanas, te recuperaste. De repente tenías montones de planes. Primero te pusiste a arreglar el piso. No teníamos dinero para muebles nuevos, de manera que tuvimos que conformarnos con algunos de segunda mano. Tú, sin embargo, los dispusiste de manera tan ingeniosa y elegiste con tanto gusto y sensibilidad<sup>16</sup> los complementos, las cortinas, los manteles, las lámparas, las almohadas, los espejos, los candelabros y toda clase de pequeños objetos que incluso yo, quien al principio había observado con inquietud y suspicacia tu imparable actividad y temía que se apoderara de ti el espíritu del hogar que prometía seguridad, no tardé en rendirme y en aprender a alegrarme de cada una de las nuevas adquisiciones.

Ocurrió incluso que yo mismo te llamé la atención sobre alguna menudencia que acababa de ver en el escaparate de una tienda, camino de casa. Jamás habría creído que eso podía causar felicidad y que aquellos serían nuestros meses más bellos. Los fines de semana salíamos de excursión. Tú introdujiste ese hábito y yo lo acepté entusiasmado, porque es bueno y sano salir a la naturaleza, ir a la costa para ventilar allí los pulmones, disfrutar de los colores, bañar los ojos con la intensidad de los paisajes. Incluso nos compramos botas de campo, abrigos impermeables y navajas. Decías que no tenía sentido emprender nada sin estar debidamente equipados. La lectura de los mapas era siempre tu tarea. Encontramos lugares maravillosos, nunca nos perdimos, y entretanto hablábamos.<sup>17</sup>

Fueron tiempos hermosos. Bajo el peso uniforme del edredón lo olvidábamos todo y noche tras noche nos entregábamos al vértigo del acoplamiento de nuestros cuerpos que considerábamos perfecto. Tu rostro descansaba sobre mi hombro en la almohada. Cerrabas los ojos, pero no dormías. Doblando las rodillas creabas un nido y abrazándome me apretabas contra ti tanto que para ganar sólo un poquito de espacio me tendría que haber escabullido. Los postigos estaban cerrados. A través de los resquicios entraba la luz amarilla de la lámpara de señales de unas obras de reparación que se estaban realizando en la calle y se deslizaba al ritmo de su giro por el techo de la habitación y por los muebles. Yo acompañaba con la vista las líneas

luminosas que se dibujaban en la habitación oscura. Se detenía el tiempo. No me hartaba de ver cómo una y otra vez trazaban el espacio que me encerraba como una cúpula. Y ésta contenía objetos, armarios, cuadros que se me acercaban con la fugaz luz y luego se retiraban de nuevo a la oscuridad. A todo esto, aunque notaba cada vez más el peso de tu brazo sobre mis costillas, mi cuerpo incluso consideraba insuficiente la fuerza con que me atraías hacia ti. Quería dejarse absorber por ti, quería empaparse del calor y de la blandura de tu cuerpo, perderse en esa otra oscuridad en la que por fin se desconectaban los sentidos. Yo veía aún las luces amarillas que corrían por el techo y por la pared de enfrente, pero mis ojos ya apenas estaban abiertos. Comenzaba a hundirme de manera uniforme como si un peso me arrastrara hacia abajo o como si yo mismo fuera ese peso. Notaba en mi nuca tu aliento. Se regocijaba la piel. Me arrimaba aún más a ti, más y más, no me bastaba esa proximidad.

Sin embargo, el reloj de las pulsiones funcionaba de manera distinta en nosotros.<sup>18</sup> El deseo provocado por la proximidad aceleró nuestra perdición. Cuando empezaba a acariciar tus muslos, tus nalgas, tu vientre, cuando te besaba el cuello y los hombros, durante largo rato no llegaba respuesta, ni aprobación, ni rechazo, y me costaba cada vez más vencer la duda de si me equivocaba con mis intentos. De manera que cuando tu cuerpo también comenzaba a hablar, yo ya estaba simplemente demasiado cansado para ser su oyente y para responder con la atención de la que sólo unos minutos antes sí habría sido capaz.

Ocurrió entonces, o poco después, que un día volvimos a casa hacia la medianoche. Tú conducías. Estaba oscuro y caía una lluvia torrencial. El limpiaparabrisas se agitaba como la manga del abrigo de un espantapájaros. En vano estaban encendidos los faros del coche, porque apenas veíamos más allá de uno o dos metros. Desaparecían los bordes de la vía y hasta el propio camino. Vibraba ante nosotros el cono de luz incierto y estrecho de los faros, rodeado por el espeso cortinaje de la oscuridad. Sólo la raya roja de una señal de tráfico que se iluminaba en el último momento nos indicaba por dónde discurría la cuneta al lado derecho. Avanzábamos muy lentamente. Casi se nos salían los ojos de la atención que poníamos, tus dedos estaban blancos sobre el volante por la fuerza con que lo agarrabas. Parar no tenía ningún sentido. Permanecer sentados en el coche y esperar a que amainara tenía el riesgo de que alguien nos embistiera por atrás. Para nosotros sólo era real lo que estaba

encerrado por la carrocería y el parabrisas. La mirada no servía para abrir esa cáscara. Aun así, no estábamos juntos ahí dentro. Tenía una sensación de parálisis en mis miembros. Me costaba incluso mover los pies. Se me antojaba que dos sacos de arena empapados colgaban de mis hombros, en vez de dos brazos. Sabía que te estabas agotando por momentos, que tus fuerzas menguaban e intuía también que sentías miedo. El aguacero no cejaba, martilleaba la cubierta del coche. Tenías que resolver sola la situación y no podías esperar nada de mí, salvo que no te pusiera trabas.<sup>19</sup> A mí, sin embargo, me parecía que con cada respiro empeoraba la situación, incapaz de imponerme calma a mí mismo. Adelantaba el cuello, casi hincaba la frente en la húmeda tiniebla. Entretanto miraba de reojo el velocímetro, apenas superabas los veinte kilómetros por hora. De repente, los faros de un vehículo nos enceguecieron. Se clavaron como puñales en nuestros ojos. Gritaste. El coche giró hacia la derecha. Me sujeté al agarradero de encima de la ventanilla, apreté el tronco contra el respaldo del asiento y estiré las piernas para inmovilizarme.

Después de que pasara junto a nosotros el coche de los faros deslumbrantes y el limpiaparabrisas eliminara del vidrio los destellos de luz, el tiempo se ralentizó como si hubiéramos ido a parar a otro mundo. Y en ese mundo ya no estábamos unidos. Como dos mariposas espetadas por sendos alfileres habíamos superado algo, pero no sabíamos qué. La tensión no tardó en desaparecer de mi cuerpo, pero los centímetros entre nosotros comenzaron a crecer, se convirtieron en metros, en kilómetros, yo ya apenas te sentía. La cápsula en que ambos nos encontrábamos hacía unos instantes se partió en dos. De manera indeciblemente lenta iba avanzando con nosotros, abriéndose paso rumbo al ojo de la tempestad.

¿Qué habría sido de nosotros si hubiéramos tenido un hijo?<sup>20</sup> Esta pregunta flotará eternamente entre nosotros, Karin, ya que al hombre desesperado le gusta figurarse que todo se habría desarrollado de otro modo si algo en concreto hubiera ocurrido de otra manera. Es más, puede que para tal pensamiento ni siquiera sea necesaria la imaginación. De todas formas, siempre se tiende a atribuir máxima importancia al nacimiento de un niño. Como si éste entrara en el mundo como portador de un futuro infinito e inconmensurable y la convivencia de dos seres humanos frágiles y débiles se convirtiera a través de él en un inicio. Si de verdad fuera así y el ojo humano

echara un vistazo a lo más hondo de ese comienzo, uno podría volverse loco sólo al intuir que ese futuro posible, infinito e inconmensurable fuese algo que dependiera únicamente de él. Si la madre de un asesino múltiple, por ejemplo, pudiera revocar *a posteriori* el hecho de haberlo parido, probablemente lo haría, aunque le aterrara, mientras que la madre que se enterara de algún modo de que su hijo, al que no ha dado a luz, habría sido uno de los grandes benefactores de la humanidad, sin duda enloquecería acusándose a sí misma. Pese a ello, el nacimiento de un hijo no es el comienzo de nada. Es más bien la continuación de estúpidos malentendidos y desgracias, de la gran historia de fracasos del ser humano.<sup>21</sup> No lo digo como explicación o excusa, porque el culpable de que no tuviéramos un hijo he sido yo y porque me opuse a adoptar uno. Y cuando te acalló mi oposición, la interpretaste como si yo pidiera un aplazamiento, un tiempo de espera, como si rehuyera la responsabilidad o simplemente como si me hubiera asustado y tu tarea consistiera en tranquilizarme y en convencerme con tu paciencia y con tu afecto, cual si fuese yo un escolar que al día siguiente había de recitar unos versos en la fiesta de la escuela, unos versos, para colmo, que todos conocían y que temía declamar por miedo a cometer errores.<sup>22</sup> Yo, sin embargo, no te pedí nada de eso. Tomé la decisión también por ti, y si bien más tarde intentaste convencerme, pronto te viste obligada a reconocer que conmigo no lograrías tu objetivo.

Tenía yo nueve años cuando me peleé en el parque con un niño que vivía en el mismo edificio que nosotros. Ya no recuerdo por qué nos enzarzamos. Debía de ser un motivo sumamente serio, porque las peleas a esa edad siempre se deben a causas sumamente serias.<sup>23</sup> Primero me tiró él al suelo. Era una sensación terrible tener encima mío un cuerpo que en ese momento odiaba. Me apretaba los hombros, el cuello. No conseguía zafarme. Reuní todas mis fuerzas para al menos ponerme boca abajo y librarme de él arrastrándome. Tensaba la zona lumbar, mientras intentaba con los brazos apartar su tórax, pero no podía. Luego, sin embargo, de pronto lo conseguí. Se habían acumulado tanta rabia y tanta vergüenza en mí que en ese momento sólo me dirigían los instintos, que son incapaces de evolucionar, que llevamos intactos dentro de nosotros, como un programa. En cuanto pude respirar libremente, absorbí todo el aire que pude y enseguida me abalancé sobre el niño y esta vez fui yo quien lo tiró al suelo. De pronto se juntaron en mi pecho, en mis rodillas, en mis brazos y en mis manos unas fuerzas que hasta entonces

desconocía y que en ese instante estaban todas empeñadas en inmovilizar el otro cuerpo, dejarlo sin respiración, apretarlo contra el suelo como él había hecho conmigo, hasta que el niño comenzara a rogar, hasta que reconociera que yo tenía razón. ¡Cuántas veces hace uno esto mismo, aunque con otros medios! Sin embargo, cuando yo no era más que una apretadera viva y fuerte y él gemía ya bajo mi presión, la expresión de su rostro cambió de repente de manera indescriptible y me espetó:

—¡Puto expósito!

No tenía ni idea de lo que podía significar esa palabra, pero bastó para paralizarme. Me quedé sin fuerzas.

—¡Puto expósito!

Yacía sobre él como una masa impotente, de modo que a él le bastó una patada para apartarme. Se puso de pie, me miró desde arriba y se rio:

—A ti te recogieron, maricón. Te sacaron de un orfanato. ¡Ojalá te hubieras podrido allí dentro! No tenías ni padre, ni madre, pedazo de inútil.<sup>24</sup>

No entendí lo que quería decir. Por supuesto, jamás olvidé su carcajada. Yo no quería saber de qué se reía. Eso quedó enterrado dentro de mí, quién sabe dónde. Sólo volví a recordar la escena muchos años después, cuando alguien se jactó de recordar el momento exacto en que se puso en pie por primera vez y también aquel en que empezó a andar y me preguntó cuál era la primera época de mi vida de la que guardaba recuerdos. Entonces me di cuenta de que no recordaba nada de cuanto me había sucedido antes de los seis años ni tenía historias que me hubieran contado sobre mí.

«Parece que yo no estuve allí», respondí.

Después me dije que no importaba que no guardara recuerdos. ¿Por qué es mejor ser el saco lleno del tiempo anticuado que un saco vacío y, además, agujereado? ¿Qué manía obliga al hombre a coleccionar recuerdos, a ir corrigiéndolos y a afirmar finalmente: esta plétora de quincallas reunidas soy yo?<sup>25</sup>

Aun así, me picaba la curiosidad. No podía plantearles a mis padres abiertamente la pregunta ya que no sabía nada de nada. Por tanto, me dije que, si realmente había algo que investigar, quien había de buscar alguna pista era yo mismo. Recordé que en una ocasión mi padre había querido decirme algo sobre la gran mesa de madera de roble, bajo la cual tantas horas había pasado en mi infancia, con el mapa en la mano, realizando viajes imaginarios.

Recordé también que sobre mi cabeza, en el reverso del tablero, había un sello un tanto desdibujado. Había que mirar, pues, ese sello. Volví a meterme bajo la mesa, volví a encontrarme donde en la infancia, con el mapa en la mano, tantos grandes viajes había emprendido en mi imaginación, y examiné el sello con la ayuda de una linterna. Tenía forma circular, el centro casi completamente desfigurado, pero en el borde de arriba podía leerse con cierta claridad: *Finanzamt*, esto es, Delegación de Hacienda. Estudié con más detalle la parte central, donde se perfilaron las alas extendidas de un pájaro.

No quiero alargar la historia, Karin. No me costó averiguar el origen del sello. Lo revelaba la propia inscripción: la mesa había sido confiscada por la Hacienda del Reich alemán. Lo cual sólo podía tener una explicación. Después de 1933, la tarea de las delegaciones de Hacienda consistía en confiscar para el Estado, dentro del marco de la «acción 3», los bienes que dejaban los judíos que emigraban o eran deportados. Se trataba, en general, de un trabajo limpio. Los funcionarios de la delegación de Hacienda se dirigían a los domicilios desocupados, inventariaban lo que allí encontraban, se quedaban con esto y aquello, y no se manchaban las manos de sangre. Tampoco hará daño saber, para comprender el asunto, que los funcionarios de Hacienda no actuaban sobre la base de leyes del nacionalsocialismo. Ya desde 1931 estaba vigente una disposición que obligaba a pagar un impuesto, el impuesto por huida del Reich, a todo aquel que emigraba de Alemania. El objetivo de la ley era dificultar la emigración. Como tal, siguió vigente hasta 1953. Sólo fue derogada cuando ya nadie tenía ganas de marcharse de Alemania occidental. Lo único que cambió a partir de 1933 fue que la deportación también se consideró abandono del Reich. Por tanto, ocurrió también que los funcionarios de Hacienda perseguían hasta los campos de concentración a los prisioneros que habían dejado bienes, los buscaban en Dachau o en Buchenwald para conseguir de ellos la firma que faltaba.<sup>26</sup> Pero ¿adónde pertenecían esos primeros campos de concentración? Según la ley, no formaban parte del Reich, aunque según el mapa hubiera que buscarlos en territorio alemán; y por supuesto menos aún formaban parte de otro país. Funcionaban y recibían convoyes en ninguna parte y en ningún tiempo, donde siguen hasta el día de hoy.

Los oficiales de los cuerpos de seguridad y lógicamente también los funcionarios del ministerio y de las delegaciones de Hacienda solicitaban esto

y aquello. Las solicitudes habían de estar justificadas. Bastaba, en general, una justificación formal. Nadie había de pensar que aquello que sucedía era simple y llanamente robo. Resultaba inconcebible que a alguien le surgieran dudas y sospechara que los deportados eran quizá miembros de la sociedad, propietarios que ostentaban ciertos derechos. Y a nadie se le pasaba por la cabeza la posibilidad de que esos propietarios, a raíz de un error fatal en el funcionamiento de la legalidad, acabaran regresando de ninguna parte y de ningún tiempo, e hicieran valer de nuevo sus derechos. Para ese breve tiempo en que aún vivían, sólo significaban problemas de registro, de transporte y de ubicación, y luego únicamente hubo que idear un método para su exterminio que fuese rápido y apenas exigiera la intervención directa de personas. Fue un logro extraordinario del ingenio humano. Por primera vez en la historia, el mundo se había convertido en un lugar transparente, previsible y seguro.

Por lo visto, la gran mesa de madera de roble bajo la cual recorrí los mares y los países del mundo en mi infancia también había viajado, pero por otros paisajes y por otra época,<sup>27</sup> y aunque fuese sumamente pesada, ya que se necesitaban como mínimo dos hombres, tres para levantarla bien, su viaje resultó más fácil que el mío, carente de peso, por así decirlo. Un águila con las negras alas desplegadas la hizo volar hacia ninguna parte y ningún tiempo. Esa águila que no estaba ni viva ni muerta depositó finalmente en un piso de Estocolmo la mesa gigantesca y carente de peso, igual que otra ave, una oca silvestre, claro está, me depositó a mí.

A un niño adoptado,<sup>28</sup> Karin, le falta la capacidad para confiar. Todo lo percibe a través de la carencia. No nota el calor del cuerpo de su madre. Cuando abre los ojos, no ve a nadie a su lado. En la institución donde se cría, los encargados cambian a menudo. No aprende a creer a los demás. Sus sentimientos son pobres, incapaces de dominar las tensiones que les son inherentes. Las historias que recoge del entorno y del mundo a menudo carecen de una elemental coherencia. Por aquel entonces leía mucho sobre el tema. ¿Habríamos podido compensar esas facultades afectivas sin desarrollar, habríamos podido apaciguar la agresividad y disolver las experiencias fijadas y convertidas en algo instintivo? ¿Habríamos podido enseñarle a confiar en nosotros? Cuando lo pienso, siempre me figuro a un niño moreno, fuerte, bajito, de ojos pequeños, de mirada aguda y suspicaz. ¿Habrías podido querer a ese hijo sin haberlo llevado en tu cuerpo, sin haberlo parido, sin tener

recuerdos de cómo había sido tocar su cuerpo recién nacido, darle de mamar, dormirlo? ¿Habríamos podido quererlo aunque tuviéramos que reconocer que no lo entendíamos a pesar de todos nuestros esfuerzos, aunque se nos agotaran las fuerzas y sintiéramos que, por mucho que lo intentáramos, él sólo nos devolvía desconfianza y rechazo? ¿Y habría sido yo capaz de no ver en él la prueba de mi fracaso cada vez que lo miraba? El amor habría sido tarea y trabajo para nosotros, y su fundamento la duda. Si eso nos hubiera mantenido unidos, Karin, mucho me temo que la base de nuestra convivencia habría sido el no poder permitirnos la franqueza. Y nosotros siempre habíamos querido ser sinceros. Incluso habríamos sido capaces de fabricar sentimientos falsos dentro de nosotros. Habríamos realizado maniobras psíquicas absurdas y complejas, ya que nunca nos ha caracterizado lo simple. Mirando atrás tampoco albergo dudas: habría sido un error embarcarnos en una adopción. Egoísmo, Karin, cuyo resultado habría sido la desdicha de todos nosotros.<sup>29</sup> También la de un ser humano, nuestro hijo, quien para colmo habría estado excluido de comprender al menos los motivos.

Ahora que escribo esta carta, a punto ya de llegar al final, se me antoja estar otra vez escondido bajo la gran mesa de madera de roble y volver a viajar con la imaginación. Ahora, sin embargo, no tengo ni mapa en la mano ni idea de por dónde voy. Por eso quizá, mientras te escribo no me dirijo a ti como la persona con la que he convivido durante muchos años, la única persona cuya proximidad he deseado, sino también como una autoridad superior. Mucho me temo que no podré expresar con precisión lo que quiero de ti, y no olvido, además, que al divorciarnos acordamos no ponernos en contacto nunca más. ¡No tienes que hacer nada! Esta carta no es una petición de ayuda. No necesito ayuda de nadie, y menos aun de ti. Simplemente no he podido reprimir el deseo de escribirte, a ti, a quien debería hacer desaparecer de mi interior como una palabra errónea, pues mientras no lo haga mis ojos y mis sentimientos me obligarán a ver ese fallo cada vez que piense en mí. No creas que esto no es afecto. Es más bien una trampa que yo mismo he ideado y en la que yo mismo me he encerrado. Por eso necesito escribir. Porque la escritura, cuya destinataria eres, me ha despojado de tu rostro, me ha despojado de tu voz, ha impedido que me puedas responder. Por eso, precisamente, te ha dado poder sobre mí. Quien no responde cuando lo interpelan, quien no es visible cuando se dirigen a él, tiene poder. También es

posible, sin embargo, que todo esto sólo sea una impresión y que en realidad yo esté instalado en tu sitio. Yo hablo, yo callo, yo juzgo. Y cuando ya no sienta la disposición a escribirte, quedarás despojada de tu poder y quizá yo también del mío. Seremos libres. Es lo que deseo.

Karin, llegado a este punto de la carta, ya he perdido por completo la orientación. A pesar de todas las explicaciones, no creo que ésta fuera nuestra historia. Tampoco que fuese la mía. Recuerdo que cuando yacíamos abrazados, tú bostezabas y te desperezabas con enorme placer, tu cuerpo se tensaba, y yo te cogía y te sujetaba por debajo de la cintura y tú te relajabas de pronto y me rodeabas el cuello con los brazos, yo me dejaba llevar por mi inclinación al detalle. Con los labios y la lengua recorría, repitiendo la gran secuencia del acto de conocerse, los paisajes de tu cuerpo, esa lisura sin heridas, y aprobaba una por una todas las formas. Y volvía una y otra vez a tus pechos para sentir con los dedos, con la mano, su peso, su forma blanda y aun así prieta, parecida a una gota, rodear con la lengua su aureola rosada y luego apretar suavemente con los labios los pezones.

Ahora no sé a quién escribo esto. En general, ¿a quién puedo escribir? Te he convertido en nadie y en nada: con esta carta he concluido la obra, lo cual me tranquiliza infinitamente. Ahora me veo como alguien que ha conseguido salir de bajo tierra, y el aire tiene la fragancia de tu cuerpo. Sólo ha quedado esto, la fragancia, y la calma del extravío.

Sé que no me responderás, así que no es necesario que te advierta que no lo hagas.

Me despido. El viajero de quien viaja, el retornado de quien regresa. ¡Vive feliz!

ERVIN

## **7. CON LO MUCHO QUE TODAVÍA QUEDA POR HABLAR**

La doctora Bíró había decidido pasar leyendo los días posteriores a la clausura del hospital. Hacía tiempo que anhelaba entregarse plena, tranquilamente, a la lectura. Ni siquiera en verano tenía tiempo para ello. Poseía una estupenda mecedora con tapizado de piel, en la que se sentó después de poner sobre la mesa una taza de té de jazmín bien caliente. Siempre tenía muy en cuenta el té que tomaba. Mientras se enfriaba, soltaba cada vez más el sabor ligero, sedoso y dulce de las flores. Lo más conveniente para el momento, pensó, era un libro voluminoso. Eligió una novela rusa. Tampoco la asustó el hecho de que en esas voluminosas novelas rusas fuera ingente la cantidad de personajes y que hubiera que retroceder una y otra vez cuando volvía a aparecer un nombre que ya había hecho acto de presencia en algún pasaje. La doctora Bíró confiaba en poder entregarse durante días a la lectura.

No se decepcionó. Las primeras frases enseguida la rodearon, cual si fuese por arte de magia, con un mundo entero. En cuanto se adentró en ese mundo, en el que acechaban toda suerte de horrores, sintió que aun así prometía belleza y en el suyo se detenía el tiempo:

La niebla cubría la tierra. La luz de los faros de los automóviles reverberaba sobre la línea de alta tensión que bordeaba la carretera. No había llovido, pero al amanecer la humedad había calado en la tierra y cuando el semáforo indicó prohibido una vaga mancha rojiza apareció sobre el asfalto mojado. El aliento del campo de concentración se percibía a muchos kilómetros de distancia: los cables del tendido eléctrico, la carretera, las vías

férreas, todo confluía en dirección a él, cada vez con mayor densidad.

Le pareció estremecedora la delicada forma en que de pronto, en medio de una descripción mesurada y precisa de un paisaje, pero acoplándose perfectamente al ritmo de las frases, aparecían de forma inopinada las palabras más fantasmagóricas y características del siglo XX: campo de concentración. Pero no como lugar de aniquilación, sino de vida miserable y aun así llena de dignidad, un cuerpo enorme, desconocido, como el de un animal que no figura en ninguna descripción zoológica. Se manifestaba la respiración sorda y profunda del campo de concentración, y todos los movimientos se dirigían hacia él.

Frases maravillosas. Aun así, algo molestaba a la doctora Bíró durante la lectura. El silencio. El silencio que no era del paisaje, que no se apoderaba de los lejanos kilómetros en las pausas de los respiros del campo de concentración. Ese silencio venía de dentro de ella, a floraba en sus oídos, detrás de su frente, en sus manos. Hasta entonces no se había percatado de lo nerviosa e inquieta que estaba. Desde luego, quería olvidar de una vez por todas a sus pacientes, a sus colegas y todas las desgracias del hospital. Decidió no contestar al teléfono y aguantarse sin mirar su correo electrónico. Eso sí, estaba convencida de que tratarían de ponerse en contacto con ella. Había visto documentales sobre la fauna y sabía que, cuando un rebaño es atacado, los animales se congregan en torno al más fuerte, al más apto para la supervivencia, y después de sufrir alguna pérdida continúan agrupados a su alrededor aunque el peligro haya pasado. ¿Cómo era posible que nadie la llamara? Nadie la buscaba. ¿Cómo podía ser? ¿De modo que no era tan importante para los demás como había creído? Sorbió el té, pero en esta ocasión no le gustó tanto. Tal vez debería haber optado por un té negro. Por un sabor más sobrio, más simple.

En el campo de concentración alemán, Mijaíl Sidorovich Mostovskoi tuvo oportunidad, por vez primera después del segundo congreso del Komintern, de aplicar sus conocimientos de lenguas extranjeras. Antes de la guerra, cuando vivía en Leningrado, había tenido escasas ocasiones de hablar con extranjeros. Ahora recordaba los años de emigración que había pasado en Londres y Suiza, donde él y otros camaradas revolucionarios hablaban, discutían, cantaban en

muchas lenguas europeas.

¿Podía ocurrirle a un comunista que de repente se sintiera solo? ¿O no solo, sino sin compañía? Sabemos que para un comunista la soledad, como posibilidad teórica, estaba excluida del orden de la realidad. Lo que podía denominar personal sólo nacía diluido en lo común, en asuntos tan elevados como el bien de los oprimidos o la necesidad histórica. Aun así, ¿podía ocurrir un domingo por la tarde que ni el bien de los oprimidos ni la teoría fueran capaces de llenar el vacío que se formaba en el alma, podía ocurrir que un comunista se sintiera solo? ¿Qué hacía cuando irrumpía en él la terrible banalidad de la vida?

¿Por qué le interesaba esto ahora? Por la pobre Anna Stiller. Su locura era cualquier cosa menos banal y nada tenía que ver con la soledad. ¿O quién sabe? ¿Por qué se libera en alguien de pronto la locura de la época, por qué lo arrolla todo en la persona como una terrorífica enredadera? ¿Y por qué no afecta al otro? ¿Desempeñaba en esto cierto papel la soledad o, para ser más exactos, el aislamiento? También la locura es algo así como un intento de escapar del aislamiento. Escapar hacia un espacio donde nada es común y nada es personal. Éste es el concepto más importante. Donde es posible atravesar todos los puntos, y cada cosa puede intercambiarse en cualquier momento con otra, y cada cambio posee una importancia infinita. Por desgracia, en un primer momento no se percibe que esos cambios son falsos e imposibles de tratar y que, por tanto, la locura de la época no es capaz de conectar al yo con los otros e incluso lo aísla todavía más, de manera que la locura no parece tan mal negocio. ¿Es posible que en el fondo tras esta clase de locuras también intervengan ciertas consideraciones racionales del alma?

Nada, todas estas ideas eran con toda probabilidad estupideces. Además, ¿qué hacía allí sentada? Realmente, aquel té no sabía a nada. Cerró el libro. Tal vez, a pesar de todo, lo leería en verano. O ni siquiera entonces. Cogió el teléfono. ¿A quién llamar? Brandel acababa de jubilarse, seguro que estaba en su casa, abatido, reflexionando sobre qué tendría que haber hecho de otra manera. Debería haberlo llamado hacía tiempo. Se lo debía, puesto que él la había contratado en la institución, pero ahora afloraban la amargura y la decepción cuando lo recordaba. La doctora Bíró había empezado como una médica sumamente talentosa, también los resultados de sus investigaciones

prometían mucho. No estaba casada, no tenía hijos, es más, ni siquiera una vivienda, pues vivía realquilada. Brandel fue la primera persona a la que mostró sus ideas y sus primeros resultados. Enseguida la invitó a participar en una investigación, aunque no tardó en descubrirse que ésta se basaba en gran medida en ideas de ella, y todo el mundo registró como un logro de Brandel el trabajo realizado junto con otras investigadoras que se hallaban más o menos en su misma situación. En público no podían decir nada al respecto. En cambio, las participantes en la investigación empezaron a competir entre ellas. La que antes no se maquillaba al cabo de un tiempo se presentaba todas las mañanas con los labios pintados y las cejas arregladas. También la ropa se volvió más colorida y audaz. Brandel se daba cuenta, pero no le prestaba mucha atención. Sabía a qué apuntaba el juego. En sus estudios y conferencias empezaron a utilizar sin referencias los resultados de cada cual. Se olvidaban de informar a las otras de convocatorias y posibilidades de ascenso. La doctora Bíró no tenía ninguna posibilidad en esta competición. Incapaz de dar la cara por ella misma, daba la impresión de ser una perdedora nata a pesar de su belleza, de la originalidad de sus ideas y de su profundo conocimiento de las teorías en boga. Y mientras las otras comenzaban a dar forma a sus vidas, ella seguía donde siempre. Vivía realquilada, en soledad, sin hijos, sin hacer realidad sus ambiciones. A una persona así se le quita incluso lo poco que tiene. Por eso, todo el mundo se extrañó de que Brandel le ofreciera precisamente a ella un cargo. Nadie lo entendió, tampoco la doctora Bíró, y Brandel no dio ninguna explicación. Sólo le dijo que confiaba en que siempre tuviera en cuenta a quién le debía el puesto. La doctora Bíró asintió, y Brandel nunca se vio decepcionado.

Aun así, esta vez no lo llamó a él. Primero habló con sus supuestas amigas. Definitivamente, cada una estaba sumida en sus propios problemas. Desde luego, no podía permitírselo, era evidente. ¿No hacía ella lo mismo? Enfermedad y fracaso por todas partes. Tenían razón, ella lo tenía, en efecto, más fácil. De repente se volvió comprensiva y perdonadora. Sin embargo, no le apetecía encontrarse con ninguna de ellas ni disponía, a decir verdad, de tiempo para hacerlo, pues al recogimiento de los días anteriores le había seguido una frenética actividad. Fue a ver a Brandel y a otros colegas del hospital para averiguar qué pasaba con los pacientes y si alguien se ocupaba de ellos. Nadie sabía nada. La derivación de los enfermos no estaba en

absoluto organizada. Los pacientes ambulatorios tarde o temprano encontrarían el sitio adecuado para su tratamiento, pero los internos se dispersaron por la ciudad sin saber adónde ir. A lo mejor era posible recoger a algunos aquí y allá. Brandel no estaba dispuesto a ponerse a buscarlos. Que lo hagan quienes han ideado toda este disparate, decía. Además, tampoco tenía mucho sentido. ¿Qué podían hacer con ellos? No podían ayudarles. Quienes fueran capaces de hacerlo, habían de arreglárselas solos.

Fue la primera vez que la doctora Bíró se enfadó de verdad con Brandel.

—¿Qué significa eso de que han de arreglárselas solos? ¿Los que estaban internos en el centro?

—No hay en toda la ciudad ni una cama libre para casos psiquiátricos.

—Pero al menos habría que conseguirles medicamentos.

—Sabe usted perfectamente que en su caso el medicamento por sí solo no sirve de nada. Además, ¿conoce usted algún sitio donde les prescriban como pacientes ambulatorios los medicamentos que necesitan? ¿Y dónde los recogerán? La mayoría de ellos se encuentra ya en la calle, son sin techo o pronto lo serán.

En esos días, la doctora Bíró se puso en contacto con todos los conocidos a quienes creía capaces de emprender algo, pero no consiguió nada. Fue a ver incluso a algunos pacientes cuya dirección conocía porque acudían a la consulta desde casa. Su estado era tranquilizador. Habían hallado un sitio donde los trataban.

En ese período, la doctora Bíró tuvo un extraño sueño. En uno de los primeros días del otoño meteorológico—este concepto lo había escuchado por la radio—subía ella sola por los serpenteantes caminos, parecidos más que nada a senderos de montaña, de un complejo de edificios. Al llegar a la entrada descubría que otros, que conocían menos aún las particularidades del lugar, habían llegado allí por una vía más fácil. El objetivo de todos ellos era conocer el funcionamiento de la nueva institución. Tocaban el timbre, se abría la barrera, entraban. Llegaban a una azotea, desde donde miraban alrededor. Pronto, ella se fijaba en una mujer sumamente intrépida. De mirada seria y concentrada, de movimientos decididos, llevaba una gruesa cuerda atada a la cintura. La tensaba con fuerza, asentía con la cabeza, se arrojaba al vacío y desaparecía con cuerda y todo en la lava que burbujeaba junto al muro de piedra. Enseguida se hundía y era arrastrada sin que pudiera hacer nada para

evitarlo. La doctora Bíró no estaba muy segura de si alguien más también había visto lo ocurrido. Sin embargo, de pronto veía toda la escena desde otro punto de vista. Desde allí daba la impresión de que el salto había sido mucho más corto y mucho menos escalofriante, pero la mujer se golpeaba contra el muro de piedra durante su intento, con lo cual cortaba la cuerda protectora y por eso iba a parar a aquella materia que bullía y remolineaba. Aun así, lograba agarrarse de las raíces de un árbol y alcanzar milagrosamente la orilla. Por mucho que gritara, nadie la oía. Arriba, aunque la vieran, ya habían renunciado a salvarla, y la doctora Bíró no podía moverse. Veía cuanto sucedía de manera condensada. La desconocida luchaba durante medio año por su vida, sin ayuda de nadie, expuesta a la naturaleza, que al mismo tiempo le servía para alimentarse y cobijarse. Sólo se mantenía a su lado un perrito, al que ataba con el trozo de cuerda que le quedaba. Una noche estaba ya a punto de rendirse, con la sensación de no poder más. Se había cansado de luchar, y hasta una fiera de grandes dimensiones había empezado a perseguirla. Pese a ello, decidía esperar hasta el amanecer, sobrevivir de alguna manera hasta entonces y tomar la determinación definitiva por la mañana. Extenuada, tambaleante, se dispuso a tumbarse al pie de un arbusto, cuando de pronto veía algo en la oscuridad. Parecía la cancela de un jardín, y estaba abierta. Como si hubiera llegado a un cementerio viniendo desde el bosque, pero al entrar no veía un cementerio, sino la ciudad que se extendía dormida abajo, con sus casas, sus calles, sus adoquines, con el campanario de una iglesia en las proximidades. Volvía a estar entre personas. En el mismo instante en que lo increíble se hacía creíble, en que la mujer se salvaba, la doctora Bíró de repente cobraba conciencia de que la mujer cuya caída y salvación había visto desde el comienzo hasta el final era ella misma, y cuando se dio cuenta, se despertó en el acto.

Ese día, Ervin marcó por primera vez el número de teléfono que había hallado en el escritorio del señor Grönewald, el de la doctora Bíró, pero no la encontró en casa. Como en el papelito figuraba también la dirección, decidió escribirle una carta. No tenía ni idea de lo que esperaba de ella, pero quería llegar hasta el final, saber por qué había deseado su padre, poco antes de morir, que se pusiera en contacto con esa mujer húngara cuyo nombre nunca antes había oído.

Una semana después, Ervin llegó a Budapest. Su maleta no contenía más

que unas camisas, ropa interior, los utensilios de afeitarse y el cepillo de dientes; nada superfluo. Tenía previsto quedarse cinco días. Echaría un vistazo a la ciudad, visitaría uno o dos museos e iría obligadamente a alguno de los baños. Como era hombre austero y había que sacarle el dinero a punta de navaja, se alojó en una pensión barata, en una habitación de la última planta que daba a una calle lateral, aunque sí procuró que fuese céntrica, al pie del monte del Castillo. Le venía bien desconectar un poco después de meses tan difíciles. Cuando encontró la dirección de la mujer húngara en el escritorio de su padre y el mensaje de que en su propio interés se pusiera en contacto con ella sin falta, en un primer momento imaginó toda suerte de fantasías que por fortuna descartó una tras otra. Probablemente, el señor Grönewald contaba también en Hungría con un depósito para sus cachivaches y lo enviaba allí para que tomara posesión de ese trozo de su maravillosa herencia. Al fin y al cabo, su padre había pasado algunas veces por Hungría en su época de funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores. Debía de ser el último simpático atentado contra su persona. Ervin pensaba dedicar no más de una hora a esa mujer húngara. Si era bonita, hasta dos, pero no más.

Lo cierto era que Ervin no sabía lo que quería. Por otra parte, lo que sabía, habría deseado no saberlo, aunque al mismo tiempo era muy posible que no tuviese ni la menor idea de lo que realmente quería. Por tanto, esperaba con bastante despreocupación y tranquilidad el encuentro con la doctora Bíró, en la que ni siquiera pensaba. Después de un copioso desayuno dio un largo paseo por la ribera del Danubio con la ayuda de una guía que le prestaron en su alojamiento. No hacía frío, así que seguramente iba demasiado abrigado. El viento no había barrido aún la niebla invernal depositada en la olla en que estaba situada la ciudad, pero aun así no podía quejarse. Por supuesto, lo propio habría sido venir en primavera o a comienzos de otoño. Mientras se dirigía hacia el Mercado Central, alguien lo interpeló. Ervin no entendió nada de lo que quería ese hombre barbudo de mediana edad y abrigo largo. En vano le dijo que no sabía húngaro, porque el hombre no dejó de hablarle. Se volvió incluso más insistente. Lo tomó del brazo y comenzó a arrastrarlo rumbo al mercado, como si quisiera mostrarle algo. Ervin, asustado, se zafó, aunque, pensándolo bien, no había visto nada temible en el hombre. Se marchó corriendo en la dirección contraria. Tres o cuatro esquinas más allá se detuvo ante una hilera de edificios de color ladrillo oscuro. Jadeaba, le costaba

respirar. Vaya, pensó, no creía estar en tan mala forma. Decidió tomar un tranvía para llegar cuanto antes a la pensión y después del almuerzo se echó para llegar descansado al encuentro.

La doctora Bíró lo esperaba a las tres y media en un café de Buda. No había acordado ninguna señal para identificarse, pero tan pronto como Ervin entró y bajó los dos escalones que daban acceso a un pasillo abovedado y pintado de blanco, enseguida se dio cuenta de que la mujer sentada a la mesa situada junto a la ventana en un rincón era ella. No le resultó difícil, puesto que en el café sólo había señoras y señores ya mayores conversando. Como venía del frío, por un instante lo aturdió el calor reinante. Tan pronto como volvió en sí, empezó a flotar sobre el oleaje del rumor, como si no avanzara sobre sus piernas, sino en una barca rumbo al rincón. La conversación se mantuvo junto a sendos cafés. La doctora Bíró no mencionó el retraso de Ervin, y él la tranquilizó diciendo que había tenido un buen viaje, que estaba cómodamente alojado y que la ciudad, aunque había visto poco aún, le suponía una agradable sorpresa.

Ervin habría deseado librarse del ligero vaivén de los ruidos y de las imágenes del café. Las paredes estaban todas adornadas con fotografías nebulosas y ya un tanto amarillentas de la ribera del Danubio de hacía cien años. Quien allí se sentaba, absorbía sueños desperdigados pegados a las paredes del local como si fuesen el aroma amargo de cafés demasiado tostados. Al mirar alrededor, Ervin no veía a personas, sino muñecos. Hilos movían sus cabezas, sus brazos, sus labios, los polvos se desprendían de la frente y de la nariz de las ancianas mal maquilladas. Ocurría que algunos se levantaban de esta o aquella mesa, se ponían los abrigos y se dirigían hacia la salida, pero pronto aparecían otros con los mismos abrigos, se sentaban en los asientos todavía calientes, miraban alrededor como si esperaran la aprobación de los demás y sin recibirla se sumían en la vida submarina de los muñecos con los mismos gestos aprendidos que los anteriores ocupantes de la mesa.

Allí, cada cual parecía tener cien ojos. En el fondo, los clientes del café sólo habían de dedicarse a observar a los demás y a sacar las debidas conclusiones de las ínfimas variaciones del tono de voz, de la postura de las manos, de los mínimos movimientos de los dedos meñiques o de los párpados. Todo el mundo veía lo que sucedía a sus espaldas. ¿Cómo se le había ocurrido a la doctora Bíró elegir ese lugar para su encuentro? En un tris se los tragaría

el rumor suave e inanimado de las repeticiones. También ellos sólo podrían comunicarse en el lenguaje de los muñecos, no podrían preguntar ni responder nada que no preguntasen o respondiesen los demás, los que estaban sentados a las otras mesas del café, y era muy probable que en ese mismo instante dijeran las mismas palabras con la misma expresión en los rostros. Sin duda, la doctora Bíró quería mostrarle precisamente esto, la infinitud de frases hechas y de repeticiones en ese lugar.

Sin embargo, Ervin pronto se dio cuenta de que no podía dejar de mirar las manos de la doctora Bíró. Revoloteaban entre ambos y descansaban luego sobre la mesa como un pajarito de delgadísimos huesos que Ervin habría deseado aferrar. Los nudillos ligeramente enrojecidos de tanto lavar. La piel amarillenta se tensaba brillante en los dedos gráciles y delicados, las uñas estaban cortadas y sin pintar. En el instante siguiente, la doctora Bíró se quitó la pulsera de plata y la puso sobre la mesa. La pulsera representaba una serpiente de dos cabezas. En ese momento, las dos cabezas se miraron detrás de un vaso de agua, como si se prepararan para aprovechar un breve descuido de la otra y atacar, sin saber que así se mataban ellas mismas, pues pertenecían a un solo argénteo cuerpo.

La conversación fluía con ligereza. La doctora Bíró esparció el azúcar de la bolsita de papel sobre la nata. El azúcar formó un pequeño cráter, pero los granos no se hundieron en el líquido de color marrón claro del capuchino hasta que ella empezó a revolverlo con la cucharilla. Ervin ya no observaba su mano, sino las dos cabezas de serpiente tras el vaso de agua. Daba la impresión de que se habían acercado la una a la otra muy poco a poco.

—Lo último que los difuntos hacen por sus familiares es provocarles un sentimiento de culpa. Así consiguen que no dejen de ocuparse de ellos a cada momento—dijo Ervin.

—¿Así que siente usted culpa?—sonrió la doctora Bíró.

—No estoy dispuesto a tener sentimientos de culpa.

—¿Habría motivos para ello?

—Uno siempre tiene motivos para todo.

Los tobillos de la doctora Bíró y de Ervin se tocaron casualmente bajo la mesa. Ambos apartaron los pies enseguida, como si hubieran de temer un castigo en ese lugar, pero no dejaron de mirarse.

Esa noche, la doctora Bíró volvió a coger los apuntes sin título de la

madre de Ervin y el parte facultativo. Al comienzo de este último le llamó la atención un pasaje al que antes no había atribuido ninguna importancia: «La paciente ha rechazado cortésmente las acusaciones relacionadas con los antecedentes de su internamiento. Según ella, o bien se creará lo que diga, en cuyo caso se trataría de un asunto policial—y ella no quiere perjudicar a nadie—o no se creará lo que diga y se considerará una fantasía y entonces la tratarán con electrochoques. Por eso juzga más prudente callar». Finalmente, después de muchas preguntas, se avino a hablar sobre la Máquina. Todo ello significaba que siempre ponderaba lo que podía decir y lo que no, incluso lo que podría ocasionarles problemas a sus médicos. Por tanto, no era posible saber qué había callado ni si aquello que decía no estaba destinado a influir, a través de sus médicos, en quienes mediante éstos recibieran sus apuntes. Si se partía de la base de que no estaba loca, las palabras arriba citadas sólo podían tener por objeto hacerse la interesante ante la policía. Se trataba de un juego peligroso, pero en un sistema loco ¿cómo podía comunicar sus mensajes a los líderes sino haciéndose pasar por loca?

La doctora Bíró no tenía ni idea de qué decir a Ervin sobre su madre, de cómo llevar a cabo la tarea que le encomendara el señor Grönwald. En otro pasaje de los apuntes podía leerse que la madre de Ervin vivía sola y que llevaba mucho tiempo sin ver a su marido. No era de extrañar que no mencionara a su hijo. ¿Qué sentido tenía traer ahora a colación esa historia olvidada y exponérsela a Ervin? ¿Qué podía entender él de todo ello? Sólo se enredarían más los hilos que lo tenían atado.

La doctora Bíró canceló el encuentro del día siguiente aduciendo una gestión inesperada e inaplazable que había de realizar. Llamó por teléfono desde la calle, se oía el ruido del tráfico. Sin embargo, sugirió encontrarse a la noche siguiente. Invitó a Ervin a un concierto y le propuso cenar antes en su casa. Ervin le encareció que fuese una cena ligera y sencilla, que por el amor de Dios no se le ocurriera pasar mucho tiempo en la cocina por él. Que no se preocupara, le respondió la doctora Bíró, porque de todos modos no podría hacerlo, pues había de realizar gestiones relacionadas con uno de sus pacientes.

Concretamente, un empleado ferroviario había hallado esa mañana el cadáver de un paciente de la doctora Bíró junto a las vías, cerca del zoológico. Lo había arrollado un tren. El cuerpo casi había estallado a causa

del golpe. Su identidad sólo se pudo establecer gracias a su documento todo ensangrentado. Y en el bolsillo de atrás del pantalón encontraron el teléfono de la doctora Bíró. Por la tarde la llamó un comandante de la policía rogándole que acudiera cuanto antes a comisaría. Ésa fue la gestión inaplazable por la cual hubo de cancelar la cita.

No hubo testigos de la muerte. De los datos del tráfico ferroviario de ese día se pudo deducir qué tren había atropellado al hombre de unos cuarenta años de edad, pero el maquinista citado a declarar no recordaba cómo había aparecido delante, es más, ni siquiera había percibido con claridad el arrollamiento. Eso explicaba que no detuviera el convoy a pesar de las normas del reglamento de servicio. Preguntaron a la doctora Bíró por su paciente. ¿Consideraba imaginable que se suicidara? Sí. Por desgracia, era lo más imaginable en su caso. Había estado en tratamiento por una grave depresión y ya había intentado suicidarse varias veces. De ser así, ¿por qué no lo había comunicado la doctora Bíró? ¿Qué debería haber comunicado? ¿Y a quién? Antes del cierre del centro, tanto ella como sus colegas habían informado en todos los foros que muchísimas personas en estado mental grave, necesitadas de tratamiento y de atención permanentes, irían a parar a la calle. Se les dijo entonces que ya no tendrían que ocuparse de ellas y que nadie quedaría excluido de la atención sanitaria.

—Vale—dijo el comandante lanzando un suspiro—. Al final, nosotros sólo nos topamos con estas personas cuando ya se han convertido en carne picada. Gracias por haber venido. Confío en que no tengamos que llamarla más veces en las próximas semanas.

Al día siguiente, la doctora Bíró intentó ponerse en contacto con otro paciente. Lo suponía en muy mal estado. Después de cinco intentos logró finalmente hablar con su esposa. «No se preocupe, doctora. Z. se encuentra bien—dijo—, trabaja una o dos horas diarias, sale a pasear por las tardes, es él quien va a buscar a los niños a la escuela». «¿Le queda suficiente medicación?». «Sí». La doctora Bíró le encareció que la llamara tan pronto como observara alguna recaída. Y ella, si se lo permitía, iría llamando regularmente. Si bien la esposa de Z. se mostró tranquilizadora, notó algo falso en su voz, de manera que tuvo un mal presentimiento.

Por la tarde ya lamentaba haber invitado a Ervin. Había de preparar incluso la cena. Tampoco habría hecho daño pasar el aspirador, aunque lo más

probable era que lo dejara para otro día. Además, tenía que estar presentable esa noche, al fin y al cabo iban a un concierto. Vaya locura. Vamos a ver primero qué hay en el congelador. Nada. ¿O sí? ¿Esto qué será? Pechuga de pollo, a buen seguro. Si lo fuera, estaría salvada. Una colega le había enseñado una buena receta. Pechuga de pollo al curry, con patatas, zanahorias y salsa. De guarnición, arroz con pasas al que se le da forma con una taza, acompañado de cacahuètes, plátano en rodajas, coco rayado, ketchup y, aparte, un poco de pasas negras. Por lo visto, lo que había sacado del congelador era, en efecto, pollo. Por tanto, de la tienda de la esquina no necesitaba más que zanahorias, cacahuètes, plátano, coco rayado y pasas. Había de pelar las patatas y las zanahorias, cortarlas en trozos al igual que la carne y meterlo todo en la cacerola, añadirle el curry, la sal, la pimienta, agregarle agua y dejarlo cocinar a fuego lento.

A las cinco y media, la doctora Bíró ya había terminado en la cocina. Para convertirse ella misma en un objeto atractivo o al menos de buen ver le quedaba menos de un cuarto de hora. Teniendo esto en cuenta, el resultado no estaba nada mal. Pensó que si, en serio, se cuidara un poco, si durmiera algo más y usara un tinte de mejor calidad para el pelo y quizá alguna sombra de ojos especial, un azul claro o un sugerente verde esmeralda, un color aún por decidir, tendría a pesar de los cuarenta años cumplidos un aspecto bastante agradable en el mundo de las apariencias.

—Ahora que lo pienso, lo he invitado al concierto sin preguntarle siquiera si le gusta la música clásica—dijo la doctora Bíró volviéndose hacia Ervin después de haberle ofrecido un asiento en la cocina, a la mesa redonda cubierta con un mantel de color burdeos y con servilletas blancas.

Entretanto, Ervin, mostrando satisfacción en el rostro, cogió con el tenedor otro bocado, mezcla de arroz con pasas y carne de pollo con coco y cacahuètes.

—Tampoco me preguntó si me gustaba el curry o si me apetecía una comida tan variopinta. Y ya ve usted que me encanta.

Ervin sirvió vino tinto a los dos.

—¡A su salud!

La doctora Bíró asintió.

—A su salud.

—¿Verdad que no me hará esperar más y me contará qué relación tenía

usted con mi padre? ¿Por qué me dejó él un mensaje pidiéndome que me pusiera en contacto con usted?

—Se lo contaré. Pero no ahora.

—Si esto sigue así, tendré que volver a Estocolmo sin enterarme de nada.

—No se preocupe. No he olvidado el motivo de su viaje. Pero mire usted, en media hora hemos de salir para el concierto. Y tendremos que ir en taxi. ¿No querrá que lleguemos tarde?

En el taxi, Ervin se sentó junto al conductor. Se había subido al coche torpemente, le había costado introducir la pierna, el abrigo se le había quedado arrugado bajo las nalgas. Por mucho que se removiera en el asiento, no conseguía arreglarlo. Vale, quedará así. La doctora Bíró se dio cuenta del problema y se sonrió. ¿Qué pensará el conductor sobre ellos? ¿Creerá que son marido y mujer? ¡Vaya, qué tipo más antipático! La radio crujía fuertemente, el vehículo estaba sucio y era estrecho. La doctora Bíró dio la dirección. A la Academia de Música, por favor. ¿Adónde? A la Academia de Música. Pues no será un viaje muy largo. Pues esta vez no. Si hubieran tenido un poco más de tiempo, habrían ido en tranvía. La doctora Bíró se inclinó hacia delante. Ervin sintió su aliento en la nuca, su fragancia le acarició el cuello. En dos días la habré olvidado, pensó. Hemos sido creados para la soledad y para la incredulidad. Lo demás es engaño, debilidad, pereza anímica.

Hacía frío en la sala de conciertos. Estaban sentados en el lado izquierdo de la cuarta fila, desde donde veían bien al pianista. Las notas parecían descender por unas rocas. Las ramas de los pinos al pie de las rocas apenas podían con el peso del húmedo aire. Nubes grises y espesas surcaban el cielo. Cada uno de los gestos del pianista parecía lento y pesado; aun así, las notas emergían veloces de las yemas de sus dedos. Al principio, la doctora Bíró tenía la sensación de que el bosque gris zumbaba bajo sus pies y la niebla formada por las notas absorbía las formas, pero aun así se hacían visibles enormes angulosidades que luego volvían a desaparecer. No sólo con los oídos, sino con todo el cuerpo buscaba ella algo que había perdido hacía tiempo, pero no lo encontraba. Entretanto, Ervin lo percibía todo como pequeño y cercano, como si le bastaran pocos pasos para recorrer cuanto se extendía a sus pies. Sus codos se tocaron, sus caderas estaban muy próximas. El asiento negro de Ervin rechinó suavemente. Sin embargo, a veces es tan imposible alcanzar un punto cercano como uno lejano. La doctora Bíró

entrecerró los ojos, la fuente del sonido se alejó de pronto, y ella misma se sentía tan diminuta como una estrella fugaz. No obstante, esa sensación sólo duró unos momentos, porque luego se enderezó serena y tranquila en su asiento. Las sombras chinescas de las notas se pasearon ante ella, la rodeaba el vacío. Ervin observaba de reojo lo que le estaba ocurriendo a la doctora Bíró. Como si conociera desde hacía mucho tiempo ese rostro, no sintió miedo.

Cuando salieron de la Academia de Música, ya reinaba la oscuridad en el exterior. Ervin se ajustó el abrigo. Las farolas y las ventanas proyectaban una tenue luz amarilla sobre la acera. El tranvía traqueteaba por el bulevar, los coches no aminoraban la marcha al llegar al cruce. Rostros pálidos y desgastados de adultos y de niños venían hacia ellos. No era posible discernir su edad, hasta en las caras de los niños la destrucción era intemporal. Ni a esa hora tardía conseguía la ciudad un bullicio intimidante. Un instinto oscuro debería haberse liberado en los hombres para que pudieran escapar de allí, pero era como si un sueño paralizador se hubiera apoderado de ellos, de modo que no sentían ningún dolor ni físico ni psíquico y en medio de los sufrimientos más terribles lograban mantenerse indiferentes.

Mientras caminaban por el bulevar, Ervin sintió perturbadoramente cerca a esa mujer. ¿Cómo era posible que conociera cada uno de sus gestos, los movimientos de sus rodillas, de sus hombros, su cuello, su cintura como en su día los de Karin? Sus pasos sonaban a música. La doctora Bíró, en cambio, olvidaba a veces durante largo rato, minutos incluso, que un hombre iba a su lado. Encendió un cigarrillo, inhaló el humo. Sus palabras no iban dirigidas a él, como tampoco a ella misma. Se llenó con esa agradable sensación de vacío que sentía cuando aferraba la mano de su abuela, la persona a la que más había querido en el mundo, que le brindaba la paz más maravillosa cuando dormía a su lado o la abrazaba y cuya muerte nunca logró superar.

—Las alegrías de la vida están alimentadas por dioses bárbaros, sin rostro. La oscuridad que nos envuelve, el viento que nos refresca, la ciudad cuyas calles recorro. Son cosas sin fin, inabarcables, como el aire en el que inconscientemente vivo mi vida. La vida no tiene orilla y es un rumor continuo como el del océano. Es la sensación que tengo ahora que estamos paseando por aquí. Qué extraño. En otro momento diría que odio esta ciudad. ¿Qué puede gustarme en ella? Sus habitantes no dejan de quejarse: del frío y del

calor, de la lluvia y del polvo, de los precios, de los ruidos, se quejan de los políticos a los que votan y sobre todo, unos de otros. Y tienen todos los motivos para ello. No les gusta la vida que llevan aquí. A mí tampoco. Yo sería una hedonista feroz que, si pudiera, procuraría no toparme en ningún momento con el mal. Disfrutaría de lo oscuro, de la luz, del aire, de la tierra. Contemplaría las plantas. Daría vueltas. Y recogería lo impersonal, la satisfacción. Sin embargo, mire adonde mire, la misma mirada maligna se posa en mí. Aquí me he criado. Eso no tiene remedio. No aguantaría en ninguna otra parte. Si no pudiera andar por estas calles, si no pudiera ver estos muros que se desmoronan y estas caras que se desmoronan, me vendría abajo y ni siquiera sabría bajo qué peso. Y quizá incluso se me necesite aquí, aunque pensarlo sea imperdonable. Pero mañana o a lo sumo pasado mañana me llamarán para que vaya a ver a una persona que corre un grave peligro. A una persona desconocida, ya que al fin y al cabo resulta desconocida. E iré y no podré hacer nada.

Mientras hablaba, los delicados dedos de la doctora Bíró revoloteaban como en la tarde anterior en el café. El cigarrillo les imprimía un carácter especial a sus gestos. Ervin escuchaba con atención, sus sentidos se habían agudizado. Su divorcio había tenido una consecuencia positiva: había dejado de fumar. Respiró hondo, y en el agradable clima vespertino le dio la sensación de que la ciudad, con los oscuros edificios del bulevar, los traqueteantes tranvías, con sus deseos, temores y pulsiones respiraba igual a su alrededor. La doctora Bíró bajó la mano y calló. Dieron unos pasos en silencio. Suficientes para que afloraran las palabras en Ervin, pero fue también como si sólo las escuchase él.

—Hay un cuadro que representa a Jesucristo con sus discípulos en Emaús. Es oscuro, muestra una noche nubosa como ésta. Por eso tal vez me haya venido a la mente. Aunque puede que sea por otra razón, que ahora no descubro. El horizonte es una línea roja, delgada, ininterrumpida. Por lo demás, sombras de color pardo predominan en el cuadro. Procedente de algún sitio, una tenue luz se filtra en la calle. Alguien desconocido se acerca a los discípulos. Llega hasta ellos. Es lo que muestra el cuadro. Su mirada es tranquila; la de los discípulos, aterrada. Algo inconcebible les ocurre. No se han topado con un fantasma. Alguien a quien han querido y que ha muerto se encuentra ante ellos, tal como era antes. De repente no saben dónde están, no

saben qué pensar, qué decir. Saben que el cuerpo no puede ser el que era. Aun así, es el mismo. Emite calor, ocupa un espacio. Uno de ellos se dispone a tocarlo. Sin embargo, no sabe si no se disolverá en ese momento, si no tocará sólo aire. Ya no lo mueve la fe ciega de antes, lo cual lo tranquiliza. Por lo visto, está recobrando la normalidad. Después de tres años de delirio se han deshecho por fin las visiones, y ésta tal vez sea la última. No es posible que quien ha muerto se encuentre ante él. Es como si intentara regresar desde un país lejano, lo cual tampoco resulta tan fácil. Nunca ha creído que lo fuera, pero sabrá olvidar lo que quiere olvidar.

Con el agradable tiempo vespertino, la doctora Bíró también parecía haber olvidado lo que acababa de decir sobre los rostros que se desmoronaban y la vergüenza. Oía el tamborileo, el traqueteo y el zumbido de la ciudad que se le antojaba una máquina cubierta de hollín y le dieron ganas de cogerse del brazo de Ervin. Con gran esfuerzo, hasta podía imaginar a ambos paseando juntos, no ahora, sino hacía cien años, ni en ese lugar, sino en Viena, por ejemplo. Ella habría sido una joven doctora, porque doctoras las había ya entonces, y Ervin podría elegir lo que quería ser, un magnate poderoso, aunque un tanto cansado de vivir, o un conde joven y mujeriego, ambos casados, o a lo mejor un candidato a abogado, judío, soltero, proclive a las enfermedades pulmonares. Confiaba en que eligiera al conde mujeriego.

Se volvieron el uno hacia el otro, y una sonrisa recorrió sus rostros. Se acercaban a la calle en que vivía la doctora Bíró.

—Lo invito a un té. ¿Quiere subir?

—Gracias. Además, me debe usted algo.

—No lo he olvidado.

La doctora Bíró apartó la mirada. Hacía un momento le había dado la sensación de que al hombre se le abría el cráneo, de ver allí la sedimentación de viejos sentimientos y pensamientos, y no le habría costado imaginarse en el lugar de Karin.

—Hoy me lo tendrá que contar todo, porque mañana ya me voy a Estocolmo.

—¿Mañana ya? Confiaba en que se quedara uno o dos días más.

—Pues no, me voy mañana.

Después de entrar en la vivienda, la doctora Bíró se adelantó y encendió la luz. La mesa estaba puesta en la sala, sendas tazas los esperaban sobre los

manteles individuales y, además, una bandeja con pastas.

—Vaya, nos estaban esperando.

—Tome asiento, que prepararé el té. Entretanto, sírvase alguna pasta.

Ervin se quedó solo. Miró alrededor. Constató que la habitación necesitaba ya otra mano de pintura. A la vieja lámpara colgante de hierro forjado le faltaban dos bombillas. Parecía una pieza heredada de los abuelos. Junto a la ventana, un sillón amplio y desgastado y, al lado, una lámpara y una mesita. Estanterías de libros en torno, pero sin fotografías ni objetos. Fuera todavía había algo de luz, pero dentro todos los objetos parecían vistos a través de una sutilísima cortina gris. Le habría gustado coger alguna de esas pastas blancas, pero no quería mover nada de su sitio.

—Está usted aquí sentado como si no estuviera.

De repente, Ervin volvió en sí.

—Me he distraído mirando.

La doctora Bíró sirvió el té en las tazas, pero seguía sin sentarse.

—¿Y ha encontrado algo interesante?

—Todo es interesante.

—Así que nada. Lástima. Me habría alegrado que encontrara algo.

La doctora Bíró se sentó, cerca de Ervin.

—Tome, aquí tiene el té.

Le acercó la taza a Ervin, quien enseguida la cogió y tomó un sorbo, pero estaba tan caliente que se quemó la lengua. La doctora Bíró lo vio y se rio para sus adentros.

—¡Hábleme de su esposa!

—¿De mi esposa? ¿Qué quiere que le cuente?

—Lo que se le ocurra.

—Preferiría no pensar en ella ahora.

Ervin se apartó y se enderezó un poco, pues se le antojaba haberse encorvado demasiado hacía unos momentos, de forma inconsciente.

—Se lo pido en serio.

—¿Qué quiere que le diga? La echo de menos.

La doctora acercó la bandeja con las pastas a Ervin, cogió una y sonrió a ese hombre sentado a su lado, para darle ánimo.

—No quiero hacerle preguntas desagradables.

—No son desagradables. Hubo un tiempo en que alguien se despertaba a mi lado, me decía que tenía hambre y me pedía que le trajera algo rico y le preparara un café.

—¿Y?

—Yo lo preparaba.

—Eso es bonito. —La doctora Bíró se quedó pensando.

—Me gustaría que me dijera por fin para qué hemos tenido que encontrarnos.

A Ervin le ardía la lengua todavía. Quizá un poco menos que antes, pero aun así le dolía. No sabía cómo lograría acabarse el té. Tendría que esperar a que se enfriara del todo.

—Pues sí. Ha llegado el momento. Mañana se marcha usted.

La doctora Bíró se levantó, se dirigió a la otra habitación y volvió con una carpeta en la mano.

—Esta carpeta me la dio su padre unos días antes de su muerte.

—¿Lo conocía usted hacía tiempo?

—Antes no lo conocía. Me llamó por teléfono. Consiguió mi número a través de una conocida común. Me pidió que le consiguiera esto y lo otro. Documentos.

—¿Documentos?

—Relacionados con usted.

—¿Lo dice en broma? ¿Aquí en Hungría?

—En Budapest.

El día anterior, la doctora Bíró había considerado la posibilidad de no mostrar a Ervin todo lo que estaba en su poder. Por ejemplo, la copia de la carta dirigida a Karin con las anotaciones del señor Grönewald. Dijeran lo que dijeran las anotaciones, ¿qué significaría para él el hecho de que Karin entregara esa carta al señor Grönewald? Tampoco tenía sentido, por supuesto, darle a Ervin la confesión de su madre. Estaba en húngaro, había que traducirla. Aunque existiera una persona que comprendiera aún a la madre de Ervin, no las palabras, sino a ella misma, aunque existiera todavía alguien que no la viera como una loca, sino que le diera la posibilidad de ser verdadero testigo de su propia oscura historia, darle esa posibilidad en otra lengua era desde luego un disparate: en una lengua que nunca se había visto obligada a

contar o a testimoniar ni remotamente cosas parecidas a las que esa mujer había vivido y había intentado explicar. Era un absurdo, una estupidez. ¿No resultaba más correcto admitir que una generación después los saberes y experiencias de una vida podían volverse del todo incomprensibles y que así acababan callando también aquellos a quienes las palabras dichas les significaban la vida? ¿Por qué no bastaba que Ervin supiera que había nacido en Budapest y que por algún motivo su madre lo había enviado en 1956 a Austria? Cualquier detalle añadido ya era de mal gusto. Como si una mano emergiera de pronto de una fosa común mal tapada. Habían pasado años, décadas, el tiempo de dos generaciones. Había que dejar en paz las fosas comunes, volver a enterrar esa mano que emergía. Sin embargo, en este caso era tan imposible hacerlo como abrir la fosa de forma digna y correcta. Ervin debería haberse largado mientras todavía se encontraba a gusto. Pero ¿quién era ella para retirarle el derecho a saberlo todo o incluso a comprender algo? Pobre muchacho, no sabía lo que le esperaba.

—Tome, en esta carpeta está todo. Es suya.

Una vena empezó a latir con fuerza en el hombro izquierdo de Ervin.

—¿Qué es esto? ¿Qué contiene? ¿Cómo que es mío? ¿Cómo que aquí está todo?

—¡Échele un vistazo!

Ervin se quedó mirando a la doctora Bíró como si, después de contar un chiste muy malo, esperara que se riera. Indeciso, abrió la carpeta. La primera hoja era una declaración de la Cruz Roja: Comité International de la Croix Rouge. Vio en la declaración un nombre, escrito a mano en un sitio marcado con puntos en el texto impreso. Ervin Stiller. Una letra estudiada, de bonita caligrafía. ¿De quién era ese nombre? El texto estaba en francés, las líneas se difuminaban ante sus ojos.

—No tiene sentido examinarlo todo aquí.

Siguió hojeando. Encontró el nombre también en otros lugares. Stiller. ¿Qué significaba? No podía ser un apellido. Documentos incomprensibles uno tras otro. En húngaro, en sueco. Lenguas que en ese momento le resultaban igualmente incomprensibles. Se hallaba en la peña del tiempo, desde donde éste fluía en dos direcciones: dos formas del absurdo. En ese momento, pertenecía a un mundo en el que nada tenía fronteras ni materia, en el que todo estaba a punto de desaparecer de forma tan imprevisible como

incomprensible. Vio la carta que había escrito a Karin y vio en ella la letra de su padre. Y la letra volvió a él en ese instante, en esa inconcebible angostura del tiempo, como si viniera de un lugar oscuro e inalcanzable, desde donde una serie de sueños repetitivos y temores indecibles se enfilaban hacia su persona.

Ante su mirada, sólo una frase cobró sentido: «Personalidad débil, carente de un centro de gravedad. Poco fiable. Puede ocurrirle cualquier cosa, así como lo contrario. Cuando actúa, lo hace sin un verdadero objetivo al que se aferre a pesar de las dificultades». Le vino a la memoria la voz de su padre, la oyó a través de la escritura. Y vio ante sí a Karin que se acuclillaba, rodeaba las piernas con los brazos y esperaba a que su padre comenzara a contar una historia que a él lo cubría de oscuridad y vergüenza.

—Tenía que dárselo a usted. Pero creo que lo mejor será que lo quemé todo.

Después de la carta a Karin venían unas fotos. En una de ellas debía de tener entre seis y siete años. Era verano, a buen seguro se tomó en el curso de una excursión familiar. Él no recordaba nada de ella. Estaba sentado en un banco, con una camiseta de manga corta a rayas y una gorra. ¿Dónde podía estar? ¿En la cubierta de un barco de recreo? El sol le daba de soslayo a los ojos. No prestaba atención a quienes estaban sentados a su lado, ni a quienes se encontraban detrás. Lo rodeaba gente extraña, que miraba a todas partes. La fotografía se tomó de forma espontánea, no se le avisó que mirara a la cámara. Un niño tímido, callado. Con el que debería haberse identificado en ese momento. ¿Pero quién era él? Ni siquiera tenía un nombre de verdad.

En otra foto aparecía solo. Con el brazo estirado, el dedo índice señalando a alguien o algo. El pelo cortado al rape, la piel bronceada. Se reía. En el fondo, el ramaje revuelto de un arbusto. La persona a la que señalaba o a la que llamaba tal vez comprendía lo que quería, pero eso quedaba ya como un secreto entre los dos, no se desprendía de la imagen.

—¡Déjelo! No tiene ningún sentido.

—Me conmueve que se preocupe tanto por mí, pero debería haberlo pensado antes.

—Tuve que cumplir lo que me pedía su padre.

—Tuvo que cumplirlo.

Ambos callaron.

—Le contaré una historia. El último día de mi padre.

Ervin apartó la carpeta sobre la oscura mesa y miró a la doctora Bíró como quien no estaba muy seguro de lo que acababa de oír momentos antes.

—Mi padre llevaba un tiempo ya sin poder levantarse de la cama. Refunfuñaba, se impacientaba. Quería curarse cuanto antes para volver a su tienda. Yo fui una hija tardía, él casi había cumplido los cincuenta cuando nació. Era mucho mayor que los padres de mis compañeros de clase. Un ser mitad real, mitad imaginado, de leyenda. Con una lupa encajada en la cuenca del ojo había pasado toda la vida reparando relojes. Su tienda estaba llena de toda clase de relojes, relojes de pared con cadena, relojes de cuco, relojes de pulsera. Había también relojes digitales, pero él sólo se ocupaba de los que tenían un mecanismo. A los que no hay que darles cuerda, hija mía, no son relojes. Desde que enfermó, nadie en la tienda les dio cuerda a los relojes, no se lo permitía ni siquiera a mi madre. Tumbado en la cama, con la barba puntiaguda revuelta, tenía la nariz más alargada, la cara hundida, los ojos infinitamente cansados. Ya le habían amputado una de las piernas. Le llevé el almuerzo y un diario y luego, por la tarde, su café de siempre con un panecillo. A las seis o un poco después me ordenó que le diera su reloj de bolsillo, un viejo Omega, su navaja y una lupa. Le ayudé a incorporarse. Tanteando buscó el interruptor de la lámpara de lectura, encendió la luz, abrió la tapa del reloj y se puso a trabajar en el mecanismo aunque no tenía ningún problema. Ni siquiera probó el café. Al cabo de una hora volvió a llamarme. Extenuado, yacía con la cabeza apoyada en la almohada, con el rostro gris. Seguía con el reloj en la mano, con la lupa ante el ojo, la navaja le había caído sobre la manta. Le pregunté qué quería. «Nada», respondió. «Pero me has llamado». «Sólo para que estés aquí». «¿Te encuentras mal? ¿Quieres que llame al médico?». «¿Para qué?», respondió. Nos quedamos largo rato a la luz de la lámpara, y yo me sentía cada vez más avergonzada. Veía su ojo a través de la lupa. Lejano, muy claro, muy pequeño.

—¿Y qué pasó con los relojes? Quiero decir, después...

—¿Con los relojes? ¿Desea saber qué ocurrió con los relojes?

Ervin asintió con la cabeza y se rio.

—Pues sí, por lo visto, es eso lo que deseo saber.

—Pues nada. Alguien asumió la gestión de la tienda y se quedó por tanto con los relojes. Con todos. Con el olor de la madera, con los cantos de los

cucos y con los tictacs. Hasta con las herramientas: las pinzas, las lupas, todo. La tienda funcionó durante un tiempo, la fui a ver. A los relojes les daban cuerda todos los días. Después cerró. El nuevo propietario no volvió a subir la persiana. Los relojes se pararon allá dentro. Un letrero decía que se vendía. Puede que todavía siga en venta.

A Ervin le dieron ganas de tocar la mano de la mujer. A lo mejor era posible franquear las fronteras a pesar de todo. Luego pensó que ésa sería exactamente la siguiente escena en una película. Cogería la mano de la mujer, ella alzaría la vista, la cámara se acercaría a sus rostros, los mantendría largo rato en primer plano y aceptando de pronto el plan que les había trazado el destino, obedeciendo a lo inevitable, se besarían. La música se expandiría y subiría su volumen. Se instalaría entre ellos la falsedad y la mentira. Existen desde luego también besos verdaderos en el cine. Una vez, en un aeropuerto, vio bajo el techo metálico de una sala de espera para viajeros en tránsito el célebre beso de Ingrid Bergman y Humphrey Bogart, cada matiz de los dos rostros de instante a instante. Las imágenes mostraban confianza y despedida, una gran cercanía, quizá incluso una identidad, que aun así venía de dos mundos distintos, vivía en dos mundos distintos. Décadas más tarde, Ingrid Bergman manifestó a un periodista que el beso fue de verdad. «Besé a Humphrey, pero nunca lo conocí».

La doctora Bíró le preguntó si quería más té, aunque se había enfriado un poco.

—No, gracias, ya he tomado bastante.

Durante unos segundos, ambos callaron.

—Creo que es hora de irme. Mi avión sale mañana a primera hora.

—¿Ya se va? ¿Con lo mucho que todavía queda por hablar? ¡No se marche!

—No puedo. He aprendido que es preferible detenerse en las fronteras. — Ervin se levantó—. ¿Sabe?, ahora tengo la sensación de que debería volver a aprender a andar, por fin solo. —Volvió a mirar alrededor en el piso—. Es agradable este lugar. Lo digo en serio.

La doctora Bíró seguía sentada.

—Si necesita ayuda para la traducción o si desea alguna explicación, aunque no creo que existan explicaciones... O simplemente si... Llámeme usted tranquilamente.

—Gracias, a lo mejor la llamo.

La doctora Bíró se levantó para acompañar a Ervin hasta la puerta.

—¡No deje esto aquí!—dijo señalando la carpeta.

—Gracias. Casi la olvidaba. ¿Ve usted? Si empiezo así, mucho me temo que no tendré muchas posibilidades.

Mientras Ervin se inclinaba para coger la carpeta, rozó por torpeza la cadera de la doctora Bíró.

—Perdón.

—No ha sido nada.

Ervin sonrió. Le habría gustado quedarse un rato más, observar las luces oscuras, entrecortadas en el rostro de la doctora Bíró.

# **AGRADECIMIENTOS**

Por la ayuda para la escritura de esta novela estoy agradecido a Melinda Kovai, que me ha permitido utilizar los resultados de sus investigaciones.

## NOTA DEL TRADUCTOR

En los apuntes de Anna Stiller aparecen los nombres de varios políticos que desempeñaron un papel destacado en la historia de Hungría en el período de la revolución de 1956 en la etapa anterior, así como en la inmediatamente posterior. Mátyás Rákosi fue el secretario general del Partido Comunista húngaro entre 1945 y 1956, primer ministro entre 1952 y 1953 y principal representante del estalinismo en Hungría. Otros políticos importantes de ese régimen estalinista fueron Ernő Gerő, lugarteniente de Rákosi y ministro del Interior entre 1953 y 1954 y Mihály Farkas, ministro de Defensa entre 1948 y 1953. Todos ellos tuvieron, junto con János Kádár, un importante papel en el simulacro de juicio contra László Rajk. Éste, ministro del Interior comunista y creador de la tristemente célebre Autoridad de Protección del Estado, es decir, de la policía secreta del régimen que seguiría funcionando hasta 1956, fue detenido en 1949 como posible rival de Rákosi, acusado con cargos falsos (entre ellos el de intentar restaurar el capitalismo) y ejecutado finalmente en octubre de ese mismo año. Los apuntes de Anna Stiller mencionan asimismo a László Piros, ministro del Interior durante unos años.

En la revolución de 1956, fue el político comunista Imre Nagy quien asumió el liderazgo del levantamiento, fue nombrado presidente del consejo de ministros, pero luego, tras la derrota de la revolución, acabó detenido por las nuevas autoridades y ejecutado en 1958. La figura que emergió como decisiva tras la intervención de las tropas soviéticas fue János Kádár, primer ministro entre 1956 y 1958 y luego entre 1961 y 1965, quien dirigió el Partido Comunista (entonces ya llamado Partido Socialista Obrero Húngaro) hasta su muerte en 1989.

Agradezco la traducción de los pasajes de la «novela rusa» a Marta Rebón.

# NOTAS

<sup>1</sup> Karin me trajo la carta de Ervin. Dijo que no la quería guardar en su casa porque la obligaba a responder, cosa que no podía permitirse de ninguna manera. Y sólo podía dármela a mí, a nadie más. Por otra parte, me incumbía, dijo, aunque como me conocía sabía que la carta no me importaría ni por un instante.

<sup>2</sup> Heredó de mí esa costumbre. Siempre he escrito apuntes en los libros que leía. Consideraba mi territorio soberano los márgenes de las hojas.

<sup>3</sup> Quien no confía en el mundo, quien no está, por tanto, suficientemente abierto a los demás, carece de sinceridad. No miente, pero no es sincero. Algo oculta. Se oculta a sí mismo ante los otros. Ervin siempre fue así. Ya en su infancia. Nunca supe cómo iban sus cosas. Nunca supe qué estaba pensando. Miraba y callaba. Miraba, callaba, y sus ojos tampoco decían nada. Los ojos de las personas hablan, pero los suyos no. A veces, sin embargo, me daba la sensación de que me partía en dos.

<sup>4</sup> Personalidad débil, carente de un centro de gravedad. Poco fiable. Puede ocurrirle cualquier cosa, así como lo contrario. Cuando actúa, lo hace sin un verdadero objetivo al que se aferre a pesar de las dificultades.

<sup>5</sup> El retraimiento de Ervin, su auto reclusión era en realidad una suprema muestra de violencia. Obligaba a los otros, si algo de buena voluntad tenían, a tratar de demostrarle que, efectivamente, se merecía todo lo bueno que le habían preparado. Con lo cual acababan negándose a sí mismos, pues en tal situación ya sólo se trataba de Ervin, sólo él podía mostrarse, por mucho que insistiera en que lo único que quería era desaparecer y nada le resultaba más

odioso que oír hablar sobre su propia persona. Quien daba algo a Ervin siempre acababa teniendo la sensación de que más bien le debía algo. Eso era lo que sentía también Karin. Es tan desvalido el pobre. El pobre no tiene nada. Era su forma de conseguir por la fuerza y sin ninguna conciencia de culpa que se le prestase una atención plena, se le mostrase la máxima comprensión. Y Karin tardó mucho en darse cuenta de que Ervin, así, la forzaba a renunciar a ser ella misma. Cuando se percató de ello, ya era tarde, ya nada podía hacer.

<sup>6</sup> Sentimientos infantiles, imaginación infantil. Da la impresión de que Ervin era realmente incapaz de organizar su vida como un adulto, mucho menos incluso de lo que yo pensaba.

<sup>7</sup> En su infancia se desesperaba cada vez que había de pasar un domingo de manera distinta a la habitual. Se levantaba a media mañana, desayunaba, almorzábamos tarde, hasta entonces jugaba, estudiaba o leía, y después del almuerzo continuaba lo que había empezado antes y sólo volvía a aparecer al anochecer. Cuando le pedíamos algo, sólo lo hacía horas más tarde. Cuando había que hacer una visita, o venían invitados, o nosotros ideábamos alguna excursión, una salida al teatro o algo por el estilo, siempre reaccionaba como si cometiéramos un alevoso atentado contra su persona. La única excepción eran los museos. Allí iba sin chistar.

<sup>8</sup> Ocultarse es el deseo de quien tiene algo que ocultar. Pero ¿qué oculta Ervin en esta carta? ¿Y ante quién? ¿A quién quiere despistar, a Karin o a sí mismo?

<sup>9</sup> Vaya, otra vez andándose con rodeos. En esto, nuestro Ervin era insuperable. Pero Karin lo caló. Caló su cobardía. Ervin se buscó un trabajo muy por debajo de sus capacidades. Lo esencial era no correr ningún riesgo.

<sup>10</sup> Parece que lo ha leído en algún sitio. Aunque era muy capaz de presentar una experiencia vivida en la realidad como algo que había leído. De alguna manera, siempre se secaba en sus manos, la vida.

<sup>11</sup> Bueno, esto es típico. Habla de ser por fin valiente. De cortar las amarras. ¡Algo es algo! Pero enseguida se descubre que no son más que palabras. Que no tiene agallas para hacerlo. Que necesita un apoyo. Que hay que cogerlo de la mano y darle ánimos. Es decir, enseguida aparece la excusa para el fracaso. Es culpa de Karin, por supuesto. Por supuesto.

<sup>12</sup> Las eternas exageraciones del miedo.

<sup>13</sup> La ambigüedad—pienso en Ervin—significa indeterminación.

<sup>14</sup> Desde luego, habría sido lo mejor. Ambos se habrían ahorrado muchos tristes malentendidos.

<sup>15</sup> Recuerdo su llegada. Fui a buscarlos al aeropuerto. ¿Parecían felices? ¿Se equivocaban mis ojos o ellos fingían? ¿O creían también ellos ser felices? ¿O lo eran realmente, y sólo la memoria de Ervin destroza incluso lo bueno?

<sup>16</sup> Realmente, Karin tenía un gusto exquisito y una habilidad increíble para crear un ambiente hogareño. Lo que ella tocaba se volvía bello.

<sup>17</sup> En aquella época, a Ervin le encantaba hablar sobre su tesina. A mí me daba la impresión de que la escribía contra mí. El tema era la biografía de Karl Grünwald. Su profesor no entendía—ni podía entender—por qué quería alguien en Estocolmo dedicarse a investigar sobre un coleccionista vienés. Sólo veía el parecido de los apellidos. «Si los nombres son tan importantes para usted—le dijo en una ocasión—¿por qué no escribe sobre Matthias Grünewald, cuya biografía posee bastantes zonas oscuras?». Ervin, sin embargo, insistió en Karl Grünwald. ¿Quién era ese hombre? El amigo más próximo de Egon Schiele. Durante la Primera Guerra Mundial, Grünwald, que era teniente, le procuró trabajos y alimentos a su amigo. Proyectó la creación de una galería para después de la guerra, pero, poco antes de terminar ésta, el 31 de octubre de 1918, la gripe española se llevó a Schiele. No obstante, Grünwald consiguió evitar que Schönberg muriera durante la hambruna que se desató en ese tiempo. Después de la guerra, Grünwald se hizo comerciante en objetos de arte. También su padre había sido comerciante, pero sólo dedicado a la compra y venta de muebles. Karl Grünwald comenzó a comerciar con los cuadros de su amigo Schiele. Después compró obras de Hodler y de Klimt, así como de impresionistas franceses y de maestros antiguos. Abrió una galería en la Singerstrasse; su esposa, una tienda de cortinas, donde también trabajaban su hijo y sus tres hijas. En mayo de 1938, dos meses después de que Hitler entrara en Viena, a Grünwald ya no le cupo la menor duda de que había de liquidar su negocio. Por entonces ya había pasado por interrogatorios y toda clase de situaciones molestas. Su mujer y él se habían separado hacía un tiempo, pero quería salvarla también a ella y sobre todo a sus hijos. El 10 de septiembre de 1938 logró huir a París, pero sus bienes fueron confiscados por el Reich alemán. Le quedaron algunas pinturas y dibujos, que depositó en Estrasburgo. Por entonces utilizaba el nombre de Charles Grunwald. Logró sacar del país también a su esposa y a su hija Lena, a las que colocó en casa

de unos parientes en Aix-en-Provence. Un gendarme, sin embargo, encontró el escondite, y las dos acabaron deportadas a Auschwitz, donde fueron asesinadas. Grünwald, a su vez, huyó a Casablanca antes de la ocupación de París, donde gracias a la intervención de Arnold Schönberg consiguió con grandes dificultades un visado para Estados Unidos. En 1949 se publicó en Viena su novela *Gemelos*, en la que rendía homenaje a su hija Lena y a su esposa, ambas asesinadas. Después de la guerra intentó recuperar su colección. Se enteró por las autoridades de que los cuadros, entre ellos *Sol de otoño* de Schiele y *El beso* de Klimt, así como su retrato realizado por Schiele, habían sido subastados en Estrasburgo en 1942. Charles Grunwald, fallecido en noviembre de 1964, no dejó de buscar sus cuadros hasta su muerte. Su hijo Frederic encontró el retrato de su padre en 1970. Sin embargo, no logró recuperarlo. Hoy puede verse en Nagoya. El cuadro de Klimt fue adquirido en 1956 a un precio muy bajo por el Musée d'Art Moderne et Contemporain de Estrasburgo. En 1999 un tribunal exigió al museo su devolución. No obstante, es posible que el cuadro devuelto sólo fuera una copia. Frederic Grunwald murió en 2004. *Sol de otoño* apareció finalmente en 2005 y llegó a manos de la casa de subastas Christie's a través de un abogado francés. El cuadro fue devuelto a los herederos de Karl Grünwald y subastado por Christie's el 6 de junio de 2006 a un precio récord de 17,3 millones de euros. La identidad del comprador se ha mantenido en secreto.

<sup>18</sup> Soy todo oídos.

<sup>19</sup> ¡Si hubiera aprendido a conducir! Podría haber reemplazado a Karin al volante. Pero él ni siquiera conoce las señales de tráfico. Demasiado perezoso para eso. Se convenció a sí mismo de que no era la persona adecuada para conducir un coche: le daría pánico y causaría un accidente. Estupidez. ¿Por qué iba a darle pánico? Sea como fuere, así le resultaba todo más fácil.

<sup>20</sup> ¿Y qué habría sido de Teresa y de mí? ¿Habría sido ese niño muy distinto de Ervin? De alguna manera no puedo imaginar que hubiera nacido una niña. ¿Y habríamos sido nosotros diferentes? Qué estúpidas son estas preguntas. Ervin no es ni fruto mío ni de Teresa y aun así es nuestro hijo. Ha dado continuidad a nuestra historia. No puedo negarlo por mucho que ahora lo desee. ¡Qué feliz debe de ser el padre al que alegra mirar a su hijo!

<sup>21</sup> Al leer esto, me desternillé de risa y no podía parar de reír.

<sup>22</sup> Precisamente esto le ocurrió a Ervin a los doce años de edad. En

septiembre le quitaron el apéndice, y cuando volvió a la escuela, el director le encargó recitar el himno al final de la celebración del día de Gustavo Adolfo. Empezó bien. Dijo: «Te saludo, país más ameno sobre la tierra, | saludo tu sol, tu cielo, tus verdes prados». Allí se atascó. Al principio todo el mundo creyó que se trataba de una pausa que formaba parte de la declamación, pero Teresa y yo sabíamos que había un problema. Le susurré: «Reinas sobre los recuerdos de grandes días del pasado». No continuaré, porque fue terrible. Le aplaudieron para consolarlo. Ervin bajó del estrado llorando, mientras Teresa y yo nos moríamos de vergüenza. Esa misma noche, Ervin empezó a tener fiebre alta, enfermó de neumonía.

<sup>23</sup> Sabe perfectamente cuál fue el motivo. Ervin nunca se olvida de nada. Sin embargo, ha considerado conveniente callarlo. ¿Por qué? ¿Cuál fue ese motivo?

<sup>24</sup> Es imposible que esto ocurriera. Estoy absolutamente seguro de que nunca escuchó algo así de nadie. Lo mantuvimos en el más riguroso de los secretos. En el más riguroso. Si hubiera sucedido, me habría enterado. Ervin siempre tendió a mentir y a fantasear. Inventaba las cosas más inconcebibles. Cuánto sufrimiento nos causó por ello. Una vez nos mintió diciendo que había recibido una distinción en la escuela por sus buenos resultados en los estudios. Sólo él. Cuando le preguntamos dónde estaba esa distinción, respondió que la directora no se la había dado, se la había quedado en su despacho y sólo se la entregaría a final de curso para que la trajera a casa. Al principio le creímos, quién no quiere creer que su hijo sobresale por encima de los demás. Luego, sin embargo, comenzamos a sospechar. Fui a ver a la directora. Fue terrible. Volví destrozado.

<sup>25</sup> Formula mal la pregunta. El ser humano ni es un museo ni el saco de un anticuario. No reúne sus recuerdos como objetos peculiares. Simplemente no puede hacer otra cosa. Posee una facultad que funciona, lo quiera él o no. Habría que preguntar, por tanto, de qué nos sirven los recuerdos lejanos. Y eso tiene una respuesta. Varias respuestas. Por ejemplo, porque, si nos preguntan quiénes somos, empezamos a contar alguna historia. El tiempo en sí no existe para nosotros, tenemos que transformarlo en relatos para crearnos a nosotros mismos. Y da la impresión de que nunca acabamos. Para alimentarlos, sin embargo, se necesitan los recuerdos y la imaginación. Imaginamos, recordamos. Por desgracia, Teresa y yo nos olvidamos de imaginar una

infancia para Ervin. Carecíamos de los objetos para ello. Y yo necesito objetos para imaginar, para recordar. Tan pronto como existe un objeto, todo funciona. Sin objetos, en cambio, no. He imaginado toda suerte de historias para todo el mundo, menos para él. Lo he dejado fuera. Era demasiado cercano.

<sup>26</sup> La mesa la recibimos del padre de Teresa. Era la dote de mi esposa. Y otros objetos, ropa de cama, cubertería de plata. Entretanto, la ropa de cama se desflecó y la cubertería pasó a otras manos. Sólo quedó la mesa. Yo me aferraba a ella. El hermano de Teresa no lo entendía. Él podía negar a su padre, pero nosotros no. Sólo nos enteramos del asunto mucho más tarde, cuando ya llevábamos años conviviendo con la mesa y después de haber comido durante mucho tiempo con esos cubiertos de plata. Teresa no conocía su procedencia ni sabía qué tenía que ver su padre con el *Finanzamt*. Al fin y al cabo, éste no era ni la Wehrmacht ni las SS. Allí se jubiló su padre en los años setenta. Cuando me enteré, lo primero que quise hacer fue tirarlo todo a la basura. Estaba tan furioso por haber sido involucrados sin nuestro conocimiento y sin nuestro consentimiento que estaba dispuesto a destrozarse la mesa con mis propias manos. Luego me serené y tomé otra decisión. Yo mismo empecé a coleccionar objetos. Para guardar sus historias. Para inventarles historias. Teresa nunca me dio su aprobación, pero sé que, aunque refunfuñaba, en el fondo de su alma estaba de acuerdo conmigo.

<sup>27</sup> Conocí a una mujer húngara en Estocolmo. Se llamaba Susanne Wagner. Nacida en 1938 en Budapest, llegó en 1956 a Estocolmo, donde terminó el bachillerato. Después fue profesora de física y matemáticas. Al llegar a Suecia no conocía a nadie, y ese mismo año 1956 se casó con un hombre húngaro sobre el que muchos sabían que había sido espía de la Gestapo y que entonces trabajaba para los rusos. Susanne contaba que la abuela de su marido era judía, pero que la madre había lanzado vivas a Hitler en más de una ocasión y sin ningún motivo y ella la había escuchado con sus propios oídos. Al cabo de cuatro años se separaron, no tenían hijos. En 1963, ella volvió a casarse. Pasó a llamarse Suzanne Torgny Stigson. En 1999, su marido llamó por teléfono para comunicarme que Suzanne se había suicidado. Yo había hablado con ella dos meses antes, y no daba la impresión de querer cometer suicidio. Algunos decían saber que la había matado su marido. Hizo averiguaciones por si su esposa había dejado testamento. En efecto, lo había dejado. Lo redactó en

1997, lo confirmó en 1999, pero no dijo nada a nadie porque su padre había muerto en extrañas circunstancias. El testamento favorecía a un sobrino que vivía en Hungría. Poseía una fortuna enorme que el padre de Susanne había hecho al llegar a Suecia. Objetos de oro, joyas y dinero que invirtió en toda clase de acciones, sobretodo de Ericsson. Aun así, la fortuna se la quedó el marido, Bjarne Torgny Stigson. Es otra historia. He pensado que podría contarla aquí. ¿No da igual que haya ocurrido, que haya ocurrido así, o que sea una loca fantasía? Según mi experiencia, quien no ha podido convivir tranquilamente con estas historias no tarda en enloquecer con las historias que no pueden acabar. ¡Habría que saber olvidar! Habría que quemar los recuerdos del mal. Habría que quemarlos en todos nosotros. Si no logramos perdonarnos esos recuerdos, la condena se cumple: nos vuelven enfermos y malvados, no nos dejan ser buenos.

<sup>28</sup> Cuando lo leí por primera vez, creí que se refería a sí mismo. ¡Pero eso es imposible! Es como cuando uno baja por una escalera, cree que queda un escalón y cae de bruces. Avanzando en la lectura me di cuenta de que en este caso hablaba como padre. Suerte que no lo es.

<sup>29</sup> ¡Así no se puede hablar! Tenemos que dejar espacio para lo que no sabemos. Esto, así, es inhumano. Me duele el alma por ti.